

Crímenes de temporada

Crímenes sobre la nieve

RELATOS DE CRIMEN Y
MISTERIO

Regina
Sabio

Regina Sabio

CRÍMENES SOBRE LA NIEVE

Querido lector:

Crímenes sobre la nieve es el primer volumen de una serie de cuatro libros de relatos de crimen y misterio, Crímenes de temporada.

En este primer libro encontrarás seis relatos de misterio ambientados en la época más fría del año, que aúnan historias de asesinos fríos y calculadores con otro tipo de misterios más *cozy*.

Espero que los disfrutes tanto como yo lo he hecho escribiéndolos.

Que tengas una feliz lectura.

Regina Sabio.

Índice

Tabla de contenido

Anónimos

Las cartas

Las opciones

El video

El chantajista

Acantilado

De viaje

El acantilado

Accidente o asesinato

Sábana Blanca

Liberada

Habitación 11

El secuestro

Lápices de colores

Luces de Navidad

Catarsis

A salvo

Carajillo de coñac

La cabaña de la alameda

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Anónimos

Regina Sabio

Las cartas

Carmela sostenía la carta con sus manos temblorosas. Se había levantado aquel día con el miedo en el cuerpo y ahora entendía que estaba bien fundado. Era lunes, y los últimos tres lunes había ocurrido lo mismo. Hacía tiempo que no recibían correspondencia, desde que todas las facturas estaban digitalizadas, por eso quien fuese que le escribiese, dejaba las cartas por debajo de la puerta. Eso era incluso más inquietante, pues una cosa era que alguien supiera tu dirección y otra muy distinta que se hubiera tomado la molestia de presentarse en tu casa. Era curioso que, sin conocer al remite, ya sabía lo que contenía. La letra impersonal e impresa en ordenador era exactamente igual a las anteriores. El corazón bombeaba con fuerza y sus manos se volvieron torpes mientras abría el sobre sin cuidado y sacaba el papel acusador. El sonido de la cisterna aceleró más su pulso. Hizo una bola con la carta mientras miraba aterrada al fondo del pasillo. Domingo estaba levantado y era cuestión de minutos que se encontrara con ella en la cocina, para desayunar e irse a trabajar. Debería esperar a que él se fuera para leer con cuidado la misiva. Y tendría que disimular lo mejor que pudiera hasta entonces. Arrugada como estaba, la metió en el bolsillo y la escondió justo a tiempo, segundos antes de que Domingo asomara por la puerta.

—Buenos días, cariño —dijo en tono adormilado. Ni siquiera la miró, solo se acercó a la cafetera y se sirvió el líquido caliente en una taza.

—Buenos días —se obligó a sonreír para añadir a sus palabras un tono de normalidad que no le salió muy bien. Por suerte para ella, Domingo estaba tan adormecido que no notó el matiz. Carmela miró por la ventana. A aquellas horas aún estaba oscuro y escuchaba el repiqueteo de la lluvia en el cristal.

—Deberías llevarte el chubasquero —se dirigió a la habitación para cogerlo. Agradeció tener una excusa para ausentarse de la cocina y darse tiempo para relajarse. Regresó segundos después con él.

—Gracias, cariño —dijo él con una sonrisa. Bebió el último trago y se lo quitó de las manos mientras le daba un beso en la mejilla—. Hoy pasaré bastante tiempo entre las dos naves de la fábrica y un paraguas me entorpecería.

Ella le devolvió el beso.

—Hasta luego.

Salió de casa y la dejó sola. Carmela sintió una punzada de culpabilidad. Durante los diez años que llevaban casados, habían pasado por todo tipo de etapas. De hecho, hacía unos tres años que la situación llegó a ser tan insoportable que Carmela se sorprendió encontrando la atención y el cariño que le faltaba en otros brazos. No lo había planeado, ni lo buscaba, simplemente pasó. Lo más irónico era que había conocido a Ignacio a través de Domingo. Ambos trabajaban en la misma fábrica. Domingo era el encargado de la cadena de producción e Ignacio uno de los encargados de personal, así que trabajaban de forma muy estrecha. Ni siquiera sabe cómo empezó. Las últimas semanas había pensado mucho en eso, desde que empezaron a llegar los

anónimos. Sacó el último, que seguía arrugado en su bolsillo, y lo extendió con las palmas de la mano sobre la mesa.

«No esperaré más. Quiero 5000 euros o se lo contaré todo a su marido. Tiene una semana».

Se tapó la boca para ahogar un grito. Unos instantes después, con manos temblorosas, cogió su teléfono y mandó un mensaje a Ignacio.

«Tenemos que hablar. Es urgente». Se quedó un rato con los ojos clavados en la pantalla, esperando la respuesta, hasta que cayó en la cuenta de que en el trabajo no les dejaban tener el teléfono operativo, así que tendría que esperar a que lo viera. La nota arrugada parecía reírse de ella, así que la cogió con rabia y la dobló. La metió en un bolso que apenas usaba y que guardaba en lo más recóndito de su armario, junto a las otras tres cartas acusadoras. Un poco más tranquila, volvió a la mesa del comedor. Miró el teléfono, no había noticias de Ignacio.

Ignacio vendría, lo sabía. Siempre que lo había llamado, lo había dejado todo para venir a verla y ahora no sería diferente. Cuando la norma en casa con Domingo eran las discusiones y las recriminaciones, el apoyo que Ignacio le brindaba la reconfortó. Conoció a Ignacio gracias a Domingo. Los dos eran amigos, no demasiado íntimos, pero llevaban muchos años trabajando juntos en la empresa. Domingo como encargado de producción e Ignacio como encargado de personal, así que su relación laboral era bastante estrecha. La primera vez que Carmela habló con Ignacio fue una mañana que llamó a casa para preguntar por Domingo, el cual aún no había ocupado su puesto ese día y, al parecer, el llegar tarde se había hecho la norma. Era la primera noticia que tenía Carmela, que veía a su esposo marchar cada mañana a la misma hora de siempre. Entonces fue cuando supo que Domingo desayunaba cada día con una trabajadora de la planta, a la cual despidieron por impuntual. Con Domingo no llegó la sangre al río. Era un empleado fijo de mucho tiempo que, además, echaba más horas extras que el resto y muchas no las cobraba. Así que lo dejaron pasar con un aviso. Pero claro, esas cosas son más fáciles de perdonar para un jefe que para una esposa. Y a pesar de que Domingo juró y perjuró que lo único que habían hecho era desayunar juntos, Carmela le había perdido la confianza. Y empezó a cuestionar todas las horas extras que echaba después de su jornada. Suponía que se veía con ella, porque... ¿Qué relación empieza y acaba con cuatro desayunos? ¿Quién era capaz de poner en peligro su empleo solo por desayunar con un compañero? ¡Eso no había quien se lo tragara! Y para Carmela fue un problema que cada vez fue a más.

Ahora lo recuerda. Empezó a intimar con Ignacio cuando la desconfianza se hizo tan fuerte que llegó al punto de llamar al trabajo a horas aleatorias, inventando cualquier excusa para cerciorarse de que Domingo estaba donde decía estar. Claro, la mayoría de las veces Domingo ni se enteraba de aquellas llamadas. Llegó a ser algo entre ella e Ignacio. No sabe exactamente cuándo cambió la dinámica y ella dejó de hacer las llamadas para recibirlas. Pero había descubierto en Ignacio un carácter alegre y despreocupado que la aliviaba de las cargas. Un día se sorprendió esperando con nerviosismo a que Ignacio llegara a casa a por ella para salir, mientras Domingo cumplía con su trabajo extracontractual. Y le daba igual a qué hora llegase. La ansiedad, la inseguridad y la rabia estaban desapareciendo, dando lugar a una indiferencia mucho más sana para su salud.

Se preguntaba muy a menudo qué hubiese pasado si no llegaba a arreglar las cosas con Domingo. Ignacio era divertido, pero eso no era lo que ella buscaba para formar una familia. El carácter metódico, prudente y formal de Domingo le daban estabilidad. Con el incidente de la compañera, llegó a poner todas aquellas virtudes en duda, pero desde que la dejó, volvió a ser

todas aquellas cosas. Carmela no tenía dudas de ello, la había dejado por completo. Ya ni hacía horas extras. Cumplía con su horario a rajatabla. No llegaba a casa ni un minuto después de lo necesario, y a pesar de que hacía un tiempo tuvieron problemas fuertes, ahora se llevaban muy bien. Domingo no era el hombre más romántico del mundo, pero el último año y medio se esforzaba por ser dulce y atento en su forma de tratarla. No sabía a qué achacar aquel cambio tan asombroso. Quizá la fulana le dio calabazas y empezó a apreciar lo que tenía en casa. El caso es que al volver a recibir las atenciones de su marido y el cambio en sus hábitos, se replanteó qué estaba haciendo con Ignacio y cómo había llegado a aquel punto, y se distanció de él. Lo evitaba, al principio, pero luego no tuvo más remedio que afrontar la dolorosa conversación de la ruptura. No sabía muy bien las pretensiones que se había formado Ignacio sobre su relación, pero tenía claro que ella no tenía ninguna en absoluto. No se había planteado a dónde la llevaría el camino que estaba recorriendo y simplemente lo dejó. Y que tampoco fue capaz de romper cara a cara, se sabía cobarde. Si bien estaba convencida de que quería arreglar su matrimonio, no se veía capaz de resistirse a los encantos de Ignacio. Su perfume y su mirada eran embriagadoras, y la sonrisa pícaro de labios finos, solo de un lado del rostro donde aparecía aquel irresistible hoyuelo... Solo pensarlo se ruborizaba. Quizá había sido un error llamarlo. Pero ya estaba hecho.

Una notificación avisó a Carmela de que tenía un mensaje. Miró el teléfono con prisa. Era de Ignacio. Vendría enseguida. El corazón le dio un vuelco. Se miró la ropa, seguía con el pijama, la bata y las zapatillas de casa. De un salto se puso en pie y se dirigió al armario para elegir la ropa que se pondría. A los pocos minutos se sorprendió arreglándose como cuando iban a salir juntos. Se quitó el lápiz de labios rojo que se había puesto de forma instintiva y se puso otro de color rosa claro. Se quedó mirando en el espejo sin decidir si darse la enhorabuena o reprenderse. Estaba muy bonita. Verse así le daba confianza y valor, pero también sabía que podía llevar a Ignacio a engaño sobre el motivo para hacerlo venir. Dio la espalda al espejo y se fue a la cocina. Cogió la taza de café que, esperando a que se decidiera, se había quedado helada y la calentó en el microondas.

Se sentó a esperar en la mesa de la cocina. La lluvia continuaba impasible, el sol había salido ya, aunque solo se intuía detrás de las nubes negras. La claridad era suficiente para ver los objetos de la calle y el viento soplaba con fuerza. Se había aliado con la lluvia para arrancar a los árboles las pocas hojas que les quedaban. Abrazó la taza con las manos y se obligó a pensar en otra cosa que no fuera la inminente llegada de Ignacio. Lo mejor sería dejar de pensar en él, en cómo empezó todo y por qué. Lo importante ahora era saber quién la chantajeaba y qué quería conseguir con ello. Al parecer, unas vacaciones por todo lo alto, porque si bien 5000 euros no era una cantidad nada despreciable, tampoco daba para mucho. Y, ¿cómo sabía el chantajista que tenía el dinero para pagar? Al morir, sus padres la habían dejado muy bien posicionada, pero ese era un detalle que pocas personas conocían. Lo más lógico es que quien fuese, no supiera que ella tenía dinero propio. Pero eso era más locura aún, pues si pretendía que sacara tal cantidad de dinero de una cuenta conjunta sin que su marido se enterase, estaba muy equivocado. Las cuentas conjuntas las llevaba Domingo férreamente administradas. Y eso se cargaba el sentido de pagar un chantaje, si por pagarlo, precisamente, se iba a enterar su marido de todo. Aunque quizá era eso lo que quería el chantajista, que Domingo lo supiera todo. ¿Sería aquella joven compañera de trabajo que, despedido porque él la dejó, pretendía abrirle los ojos sobre su adorada Carmela? Aunque eso implicaba suponer que él la había dejado a ella, cuando todo parecía lo contrario. Y, ¿quién más querría obligarla a decirle la verdad a Domingo, salvo el propio Domingo? También podría ser su queridísima madre, o alguna de sus hermanas. Pero parecían encantadas de que volvieran a llevarse bien. ¿Eran tan buenas fingiendo?

Se levantó para dejar la taza vacía en el fregadero mientras desechaba todas aquellas hipótesis. Lo más sencillo era que quien fuera solo quisiera el dinero, y le daba igual lo que ella tuviera que inventar para que Domingo se enterase.

Sonó el timbre de la puerta y se sobresaltó. Sabía que era Ignacio, pero un presentimiento le recorrió la espalda en forma de escalofrío. ¿Y si era el chantajista? Sabía que Domingo estaba ausente y ella se encontraba sola en casa. Aguzó el oído con la esperanza de que algún sonido delatase a la persona que aguardaba tras la puerta, pero solo oyó el repiqueteo de la lluvia. Volvió a sonar el timbre. Sacudió sus miedos y se convenció de que era Ignacio quien estaba allí, a la intemperie, esperando a que le abriera la puerta; acudiendo a su llamada. Pero esa certeza le dio más miedo todavía. Ella lo había llamado, pero era la primera vez que lo vería después de tanto tiempo. No confiaba en sí misma, temía lanzarse a sus brazos nada más verlo.

Golpeó a la puerta con impaciencia y volvió a sonar el timbre. La voz de Ignacio sonó desde el exterior.

—¡Carmela, abre! ¡Que me estoy empapando!

Carmela salió de su estupor y corrió a abrir la puerta. Ignacio entró con prisa, cerró el paraguas y se atusó el pelo, revuelto por el viento. Carmela cerró la puerta mientras Ignacio se quitaba el abrigo, empapado por el bajo. Llevaba un traje gris claro que le quedaba como un guante. Estaba más guapo de lo que lo recordaba. Colocó el paraguas en el paragüero de la entrada con expresión de fastidio, pero la mudó en una sonrisa triste cuando cruzó sus ojos con Carmela.

—Hola —dijo.

—Ignacio. Gracias por venir.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Un año y cinco meses —concretó ella con un timbre de dolor en la voz que se esforzó por ocultar.

Ignacio dio un paso hacia ella, pero Carmela lo esquivó y se dirigió a la cocina. Él la siguió.

—¿No merezco un saludo, siquiera? Como amigo. —Carmela sintió una punzada en el corazón. Ella había terminado su relación con él, sin importar las veces que él intentó convencerla de que la quería y de que hablaran del tema. Y después de todo, cuando le había pedido su ayuda, él había acudido sin preguntas ni reproches. Al menos eso se lo debía, un saludo amistoso. Se acercó a él y le dio dos besos en las mejillas. Ignacio aprovechó la cercanía para abrazarla por la cintura. Ella aspiró su perfume y se sintió perdida, o salía entonces de aquellos brazos, o no lo haría jamás. Intentó separarse, pero no pudo. Ignacio la tenía atrapada—. Estás preciosa.

—Ignacio, por favor. —Lo miró a los ojos—. Así no se comportan los amigos.

—Algunos sí —replicó con una sonrisa traviesa en los labios.

—Los míos no. No te he llamado para esto. —Consiguió separarse de él y se alejó al mueble para sacar dos tazas—. ¿Quieres un café?

—Claro —aceptó y se sentó a la mesa—. Y, ¿qué necesitas de este amigo? ¿Sabes? Me sorprendieron tus mensajes de hace unas semanas. Me parecieron una excusa mala para verme, aunque ahora, al ver lo nerviosa que estás, me estoy preocupando.

—¡Son esas dichosas cartas! —dijo dando un portazo al mueble. De repente, toda la rabia salió a borbotones en un llanto irrefrenable. Ignacio se levantó y la abrazó para consolarla.

—¡Eh, tranquila! —le acarició el pelo mientras ella llenaba de rimel la solapa de su precioso traje—. No sabía que esto te estaba afectando tanto, si no lo hubiera tomado en serio antes. Anda, siéntate. —La llevó hasta la silla—. Yo prepararé el café. Tú, mientras, cuéntamelo todo.

Las opciones

Después de un rato, Carmela estaba con la taza de café que le había servido Ignacio en las manos y la mirada fija en un punto de la calle donde el canalón de un edificio formaba una cascada con el agua de lluvia.

—¿Estás mejor? —preguntó Ignacio. Ella giró la cabeza hacia él y le dedicó una sonrisa.

—Sí, gracias. Y siento mucho el numerito.

—Tienes que estar bajo mucha presión. No te había visto así ni en tus peores días con Domingo.

Él hablaba con naturalidad de todo aquello, y tenía derecho. Lo había vivido en sus propias carnes. Es más, Carmela lo había hecho partícipe. Y, sin embargo, ahora le parecía fuera de lugar, un descaro que no le agradaba. Bajó la mirada y se centró en los anónimos.

—¿Recuerdas el primer mensaje que te mandé hace unas semanas? Acababa de llegar la primera carta. No sabía qué hacer.

—¿Quién las envía?

—Son anónimas.

Ignacio arqueó las cejas.

—¿La gente de verdad hace esas cosas? Pensaba que eso solo pasaba en las películas.

Carmela relajó la expresión. La perplejidad de Ignacio le hizo gracia.

—Pues parece que sí, que hay gente que hace esas cosas. Y por desgracia, me ha tocado a mí.

—¿Y qué dice Domingo de todo esto?

—No lo sabe. Y no puede enterarse.

—¿Por qué?

—Porque me están haciendo chantaje con lo nuestro.

—¿Tú y yo? —volvió a arquear las cejas—. Pero, si hace más de un año que lo dejamos.

—Lo sé. Y eso es lo que más me extraña. ¿Por qué ahora?

—Dices que te hacen chantaje, ¿no? —ella asintió—. Pues, quizá lo sabían antes, pero no les ha importado hasta que han necesitado pasta y lo han visto como un buen negocio.

—Sí, es posible.

Carmela se recostó sobre el respaldo de la silla mientras consideraba la opción. Parecía bastante probable.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó él.

—No lo sé. —Ignacio soltó una risita irónica que a Carmela le molestó bastante—. ¡Qué! —le espetó.

—Que serías la primera mujer en el mundo que no sabe qué hacer ante una crisis.

Ella se tomó unos segundos para pensarlo y tuvo que estar de acuerdo. Terminó por reírse a

carcajadas. Por eso era por lo que le gustaba Ignacio. Conseguía sacarla de quicio con su pasotismo, pero también conseguía relajarla en momentos como aquel. Lo echaba de menos. Entonces se sintió en terreno peligroso y desvió la mirada a la ventana.

—He barajado diferentes opciones.

—Lo sabía. Y, ¿bien?

—La primera es pagar.

—Vale. Y cuando lo hagas, ¿qué?

—Supongo que confiaré en que el chantajista sea buena persona y considere que el trato está cerrado. Pero no soy tan tonta —se volvió a mirarlo de nuevo—. Si piden dinero una vez, pedirán otra, y otra, y otra. Si pago, pagaré toda la vida.

Ignacio asintió.

—Estoy de acuerdo. ¿Y si acudes a la policía? No tiene por qué enterarse Domingo.

—Esa es otra opción. Pero, ¿qué puede hacer la policía? No han amenazado contra mi vida. Tienen miles de casos importantes. Para cuando quieran atender el mío, el chantajista ya habrá actuado, en un sentido o en otro. Me ha dado una semana para pagarle.

—Gana tiempo.

—¿Cómo? No puedo comunicarme con él. No sé quién es.

—Eso es cierto. —Ignacio se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Y si descubres por ti misma al autor de los anónimos? Con eso podrías hacer una denuncia más firme, o incluso asustarlo con la amenaza para que deje de extorsionarte.

—Y, ¿cómo haría eso? No sabría ni cómo empezar.

—Bueno... —pensó Ignacio—. Ya sé. ¿Las cartas tienen sello? Podríamos intentar averiguar desde dónde las mandan.

—No. Las dejan aquí. Ni siquiera las echan al buzón, sino que las meten por debajo de la puerta. Domingo ha estado a punto de encontrar alguna.

—¡Eso es aún mejor!

—¿Cómo va a ser mejor, Ignacio? ¡Que un loco viene hasta la misma puerta de mi casa para asustarme!

—Porque podemos pillarlo cuando venga a dejar la próxima carta, querida —posó su mano con cariño sobre la de ella para tranquilizarla. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al contacto con su piel cálida. Retiró la mano con cuidado.

—Es una buena idea. Si quiere que le pague el dinero, tendrá que darme instrucciones. Y volverá para dárme las. Pero, si me paso la noche en vela esperando por el chantajista, Domingo puede sospechar. ¿Qué le digo?

—Cariño, en eso no pienso ayudarte. —Ignacio se encogió de hombros. Fingía que no estaba molesto, pero no le salía muy bien—. Si por mí fuera, yo mismo se lo diría a Domingo.

—No quiero estropear nada. Ahora estamos como nunca.

—Bueno, aquello pasó cuando él andaba con Claudia. Así que él no podría reprocharte nada.

—Aun así. ¿Para qué causarle ese dolor?

Ignacio se levantó.

—Es cierto. ¡Protejamos al Santo Domingo, que fue el que nos empujó a los brazos!

El sarcasmo era el mecanismo de defensa de Ignacio y Carmela se sintió culpable. ¿Estaba protegiendo a quien no se lo merecía? Porque lo que Ignacio acababa de decir era cierto. Todo. Se levantó y se acercó a él.

—Ignacio, perdóname. Sé que estoy siendo tremendamente egoísta al pedirte que me ayudes con esto. Al fin y al cabo es mi problema. Sobre todo sabiendo lo difícil que tiene que ser para ti verte en medio. Sé que tú preferirías que Domingo supiera lo que pasó entre nosotros para no sentir que le ocultas algo cada día cuando lo ves en el trabajo. Sois amigos.

—Fuimos amigos —dijo con tono serio—, hasta que tú y yo empezamos a vernos. Entonces se rompió la amistad.

—¡Cuánto daño te he hecho! Lo siento mucho.

—Todo tiene arreglo —dijo Ignacio, abrazándola por la cintura de nuevo.

—Esto no —dijo ella, apartándole las manos.

—¡Te equivocas! ¿No te das cuenta de que si vuelves conmigo y dejas a Domingo todos los problemas se terminarían? Tú y yo seríamos felices y el chantaje no tendría sentido.

Carmela se quedó pensando. Tenía razón. Eso solucionaría todos sus problemas. Ignacio era un gran hombre. Le aportaba muchas cosas que Domingo no podría darle jamás, porque no estaban en su carácter. Y si lo hubiese conocido antes que a él, probablemente serían muy felices juntos. Pero la realidad era que amaba a Domingo, con todos sus defectos. Era un buen hombre, que había cometido errores, como ella. Y su error más difícil de arreglar lo tenía delante. Porque involucraba los sentimientos de otra persona que también luchaba por su felicidad.

—Tienes razón. Eso resolvería el problema del chantajista, de tus sentimientos y de mi atracción por ti. Pero no es lo que quiero. —Ignacio apartó la mirada y Carmela le volteó la cara con cariño para obligarlo a mirarla. Quería mirarlo a los ojos cuando le dijera las siguientes palabras—. Ignacio, quiero que rehagas tu vida con una persona que pueda corresponderte, porque te lo mereces. Y yo no puedo hacerlo, porque amo a Domingo. —Sintió que la cercanía le quemaba y se alejó unos pasos—. Aunque no lo creas, para mí también es difícil. Pero no quiero contárselo a Domingo. Todo antes que eso.

—¿Hasta pagar los cinco mil euros que te piden? —preguntó Ignacio, notablemente dolido. Carmela sintió una punzada en el corazón. Asintió con un rictus en el rostro.

—Si no me quedase más remedio, sí.

El video

—Está bien. —Ignacio relajó los hombros, se metió las manos en los bolsillos y volvió a sentarse —. Si es lo que quieres, te ayudaré a desenmascarar al chantajista.

Carmela lo miraba con cautela. No podía estar segura de que su resignación fuese sincera, pero poco más podía hacer. Ella lo había llamado. Él estaba allí para ayudarla a ponerle cara y nombre al anónimo y ya no podía echarse atrás.

—Y, ¿qué has pensado? ¿Cómo vamos a hacerlo? —Preparó dos tazas más de café y rellenó el azucarero e integró el azúcar con una cucharilla—. Aquí tienes. Ponte el azúcar que gustes.

Se sentó frente a él con la taza caliente entre las manos y observó cómo añadía tres cucharadas al café. Esperó a que él diera buena cuenta de la suya.

—Para dejarla por debajo de la puerta ha tenido que llegar hasta el felpudo. ¿No tendréis por casualidad cámaras de seguridad en la entrada?

—Claro que no. De ser así, ya las habría mirado yo. Que no te quepa duda. —Le dedicó una mirada irritada—. Y estoy segura de que quien sea, ya lo sabía.

—Es posible... —Convino—. Pero este es un barrio de gente de bien. ¿No hay ningún vecino cercano que tenga cámaras de seguridad?

—¡Es una idea brillante! —Carmela se incorporó y lo miró con el ceño fruncido. No adivinaba cómo no se le había ocurrido antes—. La vecina de al lado, Felicia, tiene cámaras en la entrada y en una de ellas sale nuestro porche. Voy a llamarla.

Cogió su número de teléfono y llamó a Felicia. Le contó una historia a grandes rasgos. Por supuesto, nada que incluyera a un chantajista y unos anónimos. Algo como que alguien les había dejado un regalo en la puerta, pero la nota se había emborronado por la lluvia y no sabían a quién pertenecía. Si podía hacerle el favor de mirar la cámara que abarcaba la puerta de su casa para identificar al benefactor. Anoche no estaba y esta mañana lo encontró a las siete y media. Quizá por eso no llamó a la puerta, por ser tan tarde. No podía precisar más. Y sí, esperaba su llamada. Agradeció el favor y se despidieron.

Estaba hecho. Era cuestión de tiempo que supiera quién era.

—Bueno —dijo Ignacio, levantándose—. Creo que ya no puedo serte de más utilidad. Dentro de poco sabrás quién es y yo debo ir a trabajar.

—Claro.

Se dirigió a la entrada y se puso el abrigo.

—Cuando sepas quién es, llámame. Si quieres, puedo acompañarte a poner la denuncia.

Carmela explotó.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con la farsa?

—¿Qué farsa? —Se restregó los ojos con las manos.

—¿Crees que soy estúpida? Antes me preguntaste si sería capaz de todo para impedir que Domingo se enterase de lo nuestro.

—Sí, ¿y qué? No entiendo...

—¡Hasta pagar los cinco mil euros! Yo jamás te dije la cifra que me pedían. ¿Cómo podías saberlo? A no ser que fueras el chantajista. —Ignacio perdió el color de la cara cuando comprendió lo que Carmela le estaba diciendo. Se empezó a sentir muy cansado y con visión borrosa.

—Carmela, ¿qué me has dado?

—Solo unas cápsulas para dormir, las mezclé con el azúcar. No quería que te fueras hasta comprobar lo que ya sé. Lo que más me sorprende es que me hayas dado la pista que me lleva hasta ti. El video de la vecina. A no ser que sepas que no voy a poder reconocer a nadie en ese video y no va a servir para nada. Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Pretendes presionarme hasta el límite para que le cuente a Domingo lo nuestro. Te encantaría que me dejara para poder estar conmigo. Y si eso no funcionaba, al menos te llevarías unos miles de compensación por el agravio, ¿no?

—No. Estás equivocada. —Se tambaleó hasta el sofá de la sala y se desplomó sobre él. Las palabras salían pastosas de su boca adormecida—. Sí, sabía que no podrías reconocer a nadie en ese video, pero ahí está la clave. Eso es lo que...

—¿Qué? —Ignacio cabeceó y luchó por mantener los ojos abiertos sin éxito—. ¿Qué quieres decir?

Pero Ignacio ya no dijo nada más. Cayó en un sueño profundo.

Durante unos instantes, Carmela intentó espabilar a Ignacio para que le explicara eso de que la clave estaba en esa cámara de video, pero no hubo suerte. Frustrada, comprobó cuánto café quedaba en la taza. Por suerte, más de la mitad. Pero tendría que dejarlo dormir un buen rato antes de intentar despertarlo de nuevo.

Pensándolo bien, tampoco tenía tanta prisa. Habría dicho cualquier cosa para librarse de la culpa. ¡Cómo había sido tan tonta! Ignacio nunca había aceptado la separación. Intentó hacerla cambiar de opinión mil veces antes de abandonar. Pero, ¿por qué no actuó entonces? Habría sido muy fácil para él presionarla entonces con contárselo a Domingo, o incluso, decírselo él mismo. De hecho, durante todo el tiempo desde que lo habían dejado, trabajaba codo a codo con Domingo. Había tenido infinidad de oportunidades de contárselo él mismo.

Entonces le vinieron a la cabeza las propias palabras de Ignacio esa misma mañana: Quizá el chantajista lo sabía antes, pero no le ha importado hasta que ha necesitado pasta y lo ha visto como un buen negocio.

¿Era eso lo que había pasado? ¿Estaba pasando por un mal momento y necesitaba el dinero? Pero podía habérselo pedido a alguien. Ignacio no tenía un orgullo que le impidiera hacer algo así. Y conocía a amigos suyos que tampoco habrían tenido problema en prestárselo. No podía ser solo la necesidad de dinero, tenía que haberlo impulsado algo más. ¿La venganza? ¿Le guardaba tanto rencor que necesitaba torturarla con anónimos y chantajes?

Se sentó frente a él y lo observó dormir, indefenso, vulnerable. Y una mezcla de sentimientos la invadieron. Seguía siendo aquel hombre irresistible y carismático. En cuanto había entrado por la puerta, se había comportado con ella como siempre. Su mirada no había mostrado rencor, sino añoranza. Sus expresiones no habían demostrado inquietud sino impaciencia. Se había estado

controlando, pero no de ira, sino de deseo. Toda ella le decía que no podía ser cierto. Pero mencionar la cifra sin que ella se la hubiese dicho era prácticamente una confesión. Cuanto más lo miraba, más extraño le parecía. Y entonces, después de un rato, llegó a percibirlo como un gran desconocido, un monstruo del que no sabía qué esperar.

Una oleada de terror la invadió. ¿Debería llamar ahora a la policía? En realidad, ¿qué pruebas tenía de que Ignacio era el chantajista? Sin pruebas ni una confesión, sería muy difícil demostrar nada. Pero el video debería de servir. Aunque él se hubiera asegurado de que no se le viera la cara, la policía tenía sus métodos, ¿no? Podrían identificarlo de otras maneras. La ropa, la altura, la complexión. Se le ocurrió incluso que podían rastrear su móvil para saber en qué ubicación se encontraba en el momento de dejar las cartas. Y gracias a la cámara de su vecina tendrían la hora exacta. Así que la clave estaba en las grabaciones de aquella cámara. Su vecina le había prometido llamarla cuando encontrara algo. Tendría que esperar.

El tiempo no parecía correr, ni dentro de la casa, ni fuera. El cielo estaba tan oscuro que la poca claridad que había era exactamente la misma que cuando amaneció. El viento había parado, pero la lluvia persistía. Seguía mirando por la ventana cuando vio una figura bajo un paraguas corriendo hacia su puerta. Acto seguido, sonó el timbre. Había reconocido a su vecina, así que se apresuró a abrir.

—Felicia, pasa.

Felicia entró y sacó un puerto USB del bolso.

—He estado mirando el video un rato, pero esta mañana no ha venido nadie. Ha tenido que ser durante la noche. Ahora tengo que salir, por eso he pensado que mejor te daba la grabación y ya la miras tú tranquilamente.

—Eres un sol, Felicia. Gracias. Siento las molestias.

—No te preocupes —dijo mientras abría el paraguas de nuevo.

—Te devolveré el pendrive.

—Sin prisa —casi gritó a través del ruido de la lluvia, mientras se alejaba.

Cerró la puerta, cogió su ordenador portátil y se sentó frente a Ignacio.

—Ahora veremos quién ríe el último.

Tomó como referencia la hora en que Domingo se marchó a trabajar y empezó a retroceder desde ahí con cuidado. Nada entre las siete y las seis. Nada entre las 6 y las 5. Nada entre las 5 y las 4. Nada entre las 4 y las 3. Nada entre las 3 y las 2. Nada entre las 2 y las 1. Paró un momento. Se restregó los ojos y fue a la cocina a buscar agua. Para descansar la vista, miró por la ventana, buscando un punto lejano. Se centró en la cascada de agua que bajaba por el canalón. Se sentía frustrada por no haber encontrado nada. Pero tenía mucho más sentido que lo dejara a última hora de la noche del día anterior que en mitad de la noche. Así que debía estar cerca. Con ánimos renovados, volvió al ordenador. Ignacio había hecho un ruidito y se había acomodado en el sofá. Parecía que el sueño era más normal ahora. Quizá en un rato, cuando encontrara lo que buscaba y llamara a la policía, podría despertarlo.

Nada entre la 1 y las 12. Nada entre las 12 y las 11. Nada entre las 11 y las 10. Entre las 10 y las 9, Carmela sacó la basura. Lo siguiente que se vio fue a Domingo llegar del trabajo a las ocho y

media.

Simplemente no podía ser. Algo se había saltado. ¿Había dejado el video correr mientras había estado en la cocina y se había perdido algo? Sacó un coletero del bolsillo y se recogió el pelo. Más como un acto de concentración que otra cosa. Como el que quita la música del coche para aparcar. Puso de nuevo el video desde el principio. El resultado fue el mismo. Nada. Nadie llegó a casa después que Domingo. La siguiente persona que pasó por aquella puerta fue Carmela para tirar la basura y nada más hasta que Domingo se fue al trabajo.

Aquello no podía ser. Sencillamente. Alguien había manipulado la grabación, porque la carta estaba allí, y alguien debió dejarla. ¿Felicía podría...? Había tardado mucho en darle la grabación y no había visto más que media hora de video. ¿Habría empleado ese tiempo en trucar la grabación? Se pasó las manos por la cara, frustrada, y miró de nuevo el video con detalle, para intentar encontrar el corte.

Al rato desistió. Eran muchas horas de video. Miró a Ignacio. Algo no encajaba. Parecía como si aquel hombre fuese un completo desconocido para ella. ¿Se había aliado con su vecina para aquello? ¿Cómo sabía que no encontraría nada en la grabación? ¿Qué podía esperar de él cuando despertase?

El miedo recorrió su cuerpo. Ahora temía que despertara y la viera allí, indefensa. Pensó en atarlo, pero en aquella casa no había una sola cuerda. Así que fue a la cocina y cogió un cuchillo. Le aterraba la idea de usarlo, pero le aterraba más la idea de verse indefensa frente a Ignacio. Si se le pasaba el efecto de las pastillas, estaba perdida. Quizá era mejor enfrentarlo mientras tuviera el cerebro embotado. Cogió un vaso de agua fría y se lo tiró a la cara. Ignacio reaccionó.

Se incorporó y soltó un taco por el susto. Parecía mareado y desorientado. Miró alrededor y luego posó sus ojos en Carmela. Pareció querer preguntar algo, hasta que vio el cuchillo y se asustó.

—Carmela, ¿qué está pasando?

—Ni te muevas. —Puso el teléfono delante de ella, en la mesa de centro, entre los sofás. En la pantalla se veía el número 112. Si me haces algo, llamaré a emergencias antes de que lo hagas. Y no permitiré que me hagas daño. —Empuñó fuerte el cuchillo.

—No es necesario nada de esto. Nunca te haría daño.

—Ojalá pudiera creerte. Me chantajeas, me acechas. Borrás las pruebas. Estás tan convencido de que saldrás de rositas que me animas a ir a la policía. Lo que todavía no adivino es por qué. Si necesitabas dinero, podías habérmelo pedido y te lo habría dado. O, ¿es que esto es una especie de venganza por dejarte?

—No es nada de eso.

—Pues explícate.

—No. —Se cruzó de brazos—. Llama a la policía si quieres. Les explicaré a ellos todo lo que sea necesario. Pero no a ti. Así no.

—¿Por qué? Te estoy dando la oportunidad de ser sincero.

—Siempre he sido sincero y no me has creído. Y la verdad es tan surrealista que no la habrías creído de mis labios antes y no lo harás ahora si te la cuento bajo amenaza. Pensarás que te estoy

soltando una trola para salir de esta.

—Está bien. —Se levantó, cogió el teléfono y fue a la cocina a dejar el cuchillo sin quitarle ojo. Volvió y se sentó frente a él—. Ya no hay cuchillo, pero el teléfono lo tendré cerca, si no te importa.

—¿Tengo que darte las gracias? Te recuerdo que estoy aquí porque tú me llamaste. Y que sigo aquí porque me drogaste. Nunca he querido hacerte daño. Hasta que no entiendas eso, no pienso decirte nada más.

Carmela sintió una punzada en el corazón. La situación tenía todas sus alertas activadas, pero cuando lo miraba, en su fuero interno, sabía que decía la verdad. Que podía confiar en él.

Se levantó de la mesa. No podía seguir frente a él, aguantándole la mirada. Le dolía. Empezó a temblar y a sollozar. Se cruzó de brazos, como si aquel gesto la protegiera del miedo y del frío que sentía. Había dejado el teléfono encima de la mesa e Ignacio lo cogió. Cuando Carmela se dio cuenta, se escuchaban los tonos de llamada por el altavoz. Se dio la vuelta y vio a Ignacio realizando una llamada. Adivinó una pregunta en los ojos de Carmela y se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio. Alguien contestó al otro lado:

—Fábrica de Malika Zahara, le atiende Claudia. ¿En qué puedo ayudarle?

Había dicho Claudia. ¿Ese no era el nombre de aquella trabajadora con la que Domingo...? No podía ser la misma porque la habían despedido.

—Claudia, soy Ignacio. Los asuntos familiares me están ocupando más tiempo del que pensaba. Voy a tomarme el día completo de asuntos propios.

—Está bien. No te preocupes. Espero que se solucione todo pronto. Que cuando no estás se te echa de menos.

—Gracias, Claudia. Yo también espero que se quede todo solucionado hoy. Hasta mañana.

Ignacio le extendió el móvil, pero ella no hizo ademán de cogerlo.

—Esa chica, Claudia. ¿Es nueva? —preguntó. Él negó con la cabeza.

—Ya la conoces, de hecho. Antes estaba en la planta, pero la despidieron por impuntual. Luego, su encargado habló a favor de ella en la empresa y la contrataron de nuevo, pero en otra sección. Como tenía experiencia en administración, la trajeron a mi departamento.

El chantajista

Carmela se había sentado frente a Ignacio de nuevo. El miedo se había esfumado y ahora estaba perpleja, incrédula y se sintió perdida.

—¿Cuándo pasó eso?

—Volvió solo un mes después de que la despidieran. Creía que ya lo sabías.

—No. Domingo olvidó decírmelo muy convenientemente. Y tú tampoco me dijiste que trabajaba en tu sección.

—No me pareció importante en ese momento.

—¿Y te parece relevante ahora?

—Sí. Porque creo que tiene mucho que ver con lo que está pasando.

—Explícame cómo, porque yo no lo veo.

Ignacio suspiró y se apoyó sobre sus rodillas para no quedarse dormido.

—Está bien. Quiero que sepas que yo no sé nada seguro, solo he atado cabos. ¿De acuerdo? —Carmela asintió—. Hace unas semanas, cuando Domingo volvió de las vacaciones.

—¿Qué vacaciones? —le interrumpió—. Domingo no se ha cogido vacaciones desde el verano pasado.

—Hace dos semanas pidió cinco días de vacaciones. Y volvió como nuevo. En ese momento no lo asocié, pero coincidió con unas vacaciones, algo más largas, que se tomó Claudia porque tenía un viaje programado. Nos enseñó fotos de Mikonos a todos, por eso no lo asocié. Pero supongo que, si coincidieron en el tiempo y tú no tenías conocimiento de esas vacaciones, al menos, esos cinco días que se tomó Domingo, los pasaron juntos. —Carmela cambió la expresión de su rostro.

—No. No, no, no. ¿Me estás diciendo que vuelven a estar juntos?

—Te estoy diciendo, cariño, que quizá nunca la dejó.

Carmela se levantó como un resorte y dio vueltas por la habitación.

—No. Eso no puede ser. Estamos mejor que nunca. ¿Estás diciéndome esto para que odie a Domingo?

—Tú misma has comprobado que ella sigue en la empresa. Te aseguro que si hubiera una forma menos dolorosa de abrirte los ojos, lo haría. O si pudiera hacer que volvieras a quererme tanto que volviera a darte igual lo que Domingo haga.

A Carmela se le hizo un nudo en la garganta. Cuando pudo hablar, dijo:

—Anda, termina. ¿Qué pasó después de esas vacaciones?

—Llegó muy contento. Más de lo normal. Cuando le pregunté a qué se debía, me dijo que estaba a punto de conseguir cinco mil euros extra de un negocio redondo que pensaba gastarse en cenas y alcohol.

—Un negocio redondo...

—Tú ya habías recibido las dos primeras cartas. Pero no fue hasta esta mañana, aquí contigo, que até los cabos y supuse que eran esos cinco mil euros los que te pedían.

—Entonces sabías lo que vería en las cámaras de video.

—Sí, sospecho que sería ella quien las dejara. Una mujer, no un hombre.

—Pues te equivocaste.

—¿Qué? ¿Fue un hombre quien las dejó?

—No. No sale nadie en el video. Han manipulado las cámaras para ocultarlo.

—Eso no puede ser. ¿Crees que Domingo puede haber comprado a la vecina para ayudarlos?

—No lo sé.

—Déjame ver ese video.

Carmela abrió el portátil y lo puso. Después de analizarlo con cuidado, llegaron a la conclusión de que no estaba trucado. Había pasado lo que allí se veía. Y debían encontrar una explicación para aquello.

—¿Te importa si me preparo otro café? —preguntó Ignacio dirigiéndose a la cocina—. Esta vez sin azúcar. Necesito estar despierto.

—Lo siento —dijo Carmela con un hilo de voz.

—¿Por qué no me enseñas los anónimos? Quizá saquemos algo más de ellos.

Cuando Carmela apareció con las cuatro cartas, Ignacio ya bebía de la taza caliente, y esperaba sentado a la mesa. Las extendió frente a él. Ignacio apartó el café y cogió una de ellas. La examinó de cerca y se fijó en las letras recortadas y pegadas con cuidado.

—Reconozco estas letras.

—¿En serio?

—Sí. Son las que utilizamos en los carteles de la fábrica. Se reponen cada cierto tiempo cuando hay cambios en los productos. Parece que han encontrado una forma original de reciclarlos.

Ignacio dibujó una sonrisa y Carmela sintió esa mezcla de exasperación y simpatía que era tan natural con él. Se alegraba de que volviera a ser el mismo.

—¿Crees que es el propio Domingo quien deja los anónimos? —preguntó Carmela.

—Tiene sentido. Nada más fácil para él que levantarse en mitad de la noche, con la excusa de ir al baño o beber agua, y dejar la carta frente a la puerta de la calle. Eso explicaría por qué no se ve a nadie dejar nada. El chantajista estaba ya dentro de la casa.

La verdad le cayó a Carmela como un jarro de agua fría. Y cedió al llanto. Ignacio se acercó a consolarla.

—No merece la pena que llores por él. No lo mereció la primera vez, y tampoco ahora.

—No entiendo nada —dijo entre sollozos—. ¿Por qué hace esto? Si quiere estar con ella, ¿por qué no divorciarnos? Pero hacerme creer que lo habían dejado y luego extorsionarme para. —De pronto entendió algo. Se separó de Ignacio, alarmada—. ¡Sabe lo nuestro! ¿Desde cuándo lo

sabe?

Ignacio pareció pensarlo.

—Puede que desde el principio. Quizá por eso cambió y te hizo creer que la había dejado, para no perderte.

—¿Para no perderme? ¡Si él está con ella!

—Bueno, para no perder tu dinero, entonces.

—Sí, eso tiene más sentido. Por eso estaba tan seguro de que se saldría con la suya. Con los dos primeros anónimos no fui capaz de confesarle la verdad y eso lo llevó a creer que pagaría por el silencio. ¿Iba a seguir chantajeándome hasta sacarme el último céntimo y entonces me dejaría?

—Eso no puedo saberlo. —Cogió su cara entre las manos—. Y, ¿ahora? ¿Qué piensas hacer? ¿Lo enfrentarás? ¿Irás a la policía?

Carmela miró a los anónimos. Luego lo miró a él.

—¿Sabes qué? Creo que lo más fácil sería que te quedaras a comer y le dijéramos juntos dónde puede meterse esos papeles. Si tú quieres.

Ignacio sonrió y la besó. Ella se abandonó al olor y la calidez reconfortante de aquel beso y supo que ya no saldría nunca más de aquellos brazos.

Acantilado

De viaje

“Aviso: Las autoridades alertan de las malas condiciones de las carreteras debido al temporal. Se prevén lluvias y granizo para este fin de semana”.

—Pues qué fastidio —dijo Tania—. A la porra la excursión al nacimiento del río y cualquier cosa que no sea quedarnos en la cabaña.

—Ya —concordó María desalentada—. Espero que el finde no sea un rollo.

—A mí lo que más me preocupa es quedarnos allí atrapados y que no podamos volver —sentenció Pedro, sin quitar la vista de la carretera. Seguía cuidadosamente al coche de Lucas, su guía, que no le generaba mucha confianza. No lo conocía mucho, la verdad, pero se le antojaba el típico chaval rebelde, sobrado de sí mismo, que pensaba que a sus diecisiete años ya venía de vuelta de la vida. Y tenía solo dos años menos que él. No así Pedro. Él era muy consciente de que la vida les podía dar la vuelta como un calcetín cuando le diera la gana y su actitud distaba mucho de ser desafiante. Estaba lloviendo fuera, y el contraste entre el frío del ambiente y la calidez del habitáculo estaba formando una pátina de vaho en el parabrisas. Encendió la calefacción y activó la salida hacia las lunas. El vapor remitió poco a poco.

—Con esa actitud, probablemente —dijo Ana con el ceño fruncido—. Yo no sé vosotros, pero quiero pasármelo bien, que me he gastado todos los ahorros en este fin de semana. Si no podemos salir hay un montón de cosas que podemos hacer en la cabaña.

—Sí, como jugar al *Candy Crush* —dijo María—, que hay un nivel que no me paso ni a la de tres.

Tania se rio.

—Yo me he traído mi libro de pasatiempos por si acaso.

—¿Pasatiempos? —dijo María perpleja—. ¿Quién eres? ¿Mi abuela?

—¿Qué pasa? —se sorprendió Tania—. Están guay. Mi madre los lleva siempre a la playa y me he aficionado.

—¡Madre mía! Nada de móviles ni juegos en solitario. Hemos venido para estar juntos y si jugamos a algo será con el resto. He traído cartas y otros juegos de mesa por si acaso, pero no va a hacer falta porque vamos a hacer todas las actividades que teníamos preparadas —dijo esto Ana volviéndose sobre sí misma y mirándolas con determinación, como desafiando al clima. Luego se giró hacia Pedro—. Y el domingo por la tarde estaremos de vuelta en casa. Porque el lunes viene mi prima de Francia y pienso verla.

Pedro la miró de reojo y sonrió. Le hizo un saludo militar con una pizca de sorna. Se oyó un murmullo sordo de risas contenidas en los asientos traseros y Ana se arrebujo en su asiento con los labios fruncidos. Aquello acabó con la conversación por el momento y dio paso a un silencio incómodo que Pedro rompió cambiando la emisora y poniendo música alegre. Después apretó la mano de su novia dulcemente hasta que esta le devolvió el apretón y relajó la expresión de su rostro. Tuvo que soltar la mano de ella y poner los cinco sentidos en la conducción, porque el coche de Lucas comenzó a zigzaguear por la carretera.

—¿Pero qué...?

—¡Alberto, tío! ¿Pero a ti qué te pasa? —gritó Lucas, apartándose un globo de la cara—. Que nos vamos a matar, imbécil.

Alberto cogió el globo y lo puso entre sus piernas. Un color rojo casi fluorescente le cubrió la cara.

—Perdona tío. Se me ha escapado.

—¡Ah! Pues nada. Si se te ha escapado es otra cosa... —dijo con sarcasmo—. Si nos estampamos con la roca o nos despeñamos por ahí, será porque el control del coche se me escapó, como a ti el globo, ¡anormal!

—Ya te he dicho que lo siento, ¿vale? —dijo. Estaba profundamente arrepentido y avergonzado. Arrepentido porque era consciente del riesgo que había provocado y que podía haber tenido consecuencias fatales si no era porque su amigo era un magnífico conductor y cuidaba el coche como si fuera su bebé. Antes del viaje había revisado neumáticos, frenos... Era por ese motivo que se sentía tan seguro con él al volante y había actuado despreocupadamente. Pero estaba avergonzado porque una vez más sus payasadas lo dejaban en mal lugar. Y esta vez, delante de Natalia. Ella iba sentada en el asiento de atrás y no había dicho nada hasta ese momento. Después de unos instantes, rompió el incómodo silencio con una risita tímida.

—A mí no me hace gracia —bramó Lucas.

—Perdón —se apresuró a explicar—. Es que me hacéis mucha gracia vosotros dos. Sois tan distintos que a veces me pregunto cómo habéis llegado a ser tan buenos amigos.

—No somos amigos —dijo Lucas—. Es que este es un pesado que se pega a mí como una lapa y no hay manera de quitármelo de encima. —Dijo aquello con un tono duro, como el que grita una verdad que hace tiempo que tiene ganas de escupir. Pero nada más terminar se dio cuenta del daño que podía haber provocado. Alberto era su amigo. El único que a base de insistencia se había abierto un lugar en su vida. Era un buen tío—. Anda, saca el estuche de los CD y pon algo de música, copiloto.

Alberto sonrió. Sabía que aquella era su forma de hacer las paces. Le dio el globo a Natalia y escogió un disco de música que relajó el ambiente. Cantaban alegremente mientras pasaban una neblina entre las montañas. Al salir de ella, la lluvia se quedó en un leve chispeo. Los cúmulos de nubes grises con un filo nevado de blanco enmarcaban el paisaje. Una capa de vegetación que la luz atenuada del día hacía parecer una capa de musgo, cubría el suelo. Y sobre ella, una casita de piedra y madera, de cuya chimenea salía humo, los atraía como un imán. Habían llegado a su destino.

La propietaria los esperaba con la chimenea encendida. Una vez estuvieron todos al calor del hogar, con las maletas y enseres, resguardados de la llovizna, les dio las llaves, les explicó dónde estaba todo lo necesario y les dijo dónde dejar las llaves al salir. Con esto, la mujer se fue, dejando a los chicos comiéndose las brasas del fuego para secar sus ropas húmedas.

María se acercó a la ventana.

—Creo que está dejando de llover.

—Si mañana está despejado podríamos ir a ver el nacimiento del río —dijo Natalia.

—Sí, claro, para embarrarnos hasta las orejas —bufó Tania.

—¿Y qué si nos embarramos? —dijo Alberto, que vio cómo la expresión de Natalia se ensombrecía—. Lo mismo alguien se cae y nos echamos unas risas.

Natalia sonrió y miró a la lengua de las llamas.

—Pues ve a por leña al bosque, que con lo torpe que eres seguro que te resbalas y nos pegamos las risas ahorrándonos el paseo —dijo Lucas, dejándose caer en el sofá. Ya se le había pasado el cabreo, pero meterse con Alberto era tan sencillo que no podía evitarlo. Además, Alberto no era de tomarse esos comentarios muy a pecho.

—¿Alguien más tiene hambre? —dijo María, cogiendo una nevera portátil y dirigiéndose a la cocina.

Todos la secundaron y Alberto, Tania y Natalia la acompañaron a la cocina. Ana y Pedro se acaramelaron en el sofá, y Lucas, que para aquel pasteleo romántico de parejas era bastante diabético, se levantó.

—Me voy a fumar fuera —dijo, y salió de la habitación dejándolos solos.

Después de cenar, se repartieron las habitaciones. Solo había dos.

Pedro quería dormir con Ana, pero al resto, incluida Ana, no les pareció justo que ellos ocuparan una habitación, mientras que los demás tenían que apilarse en otra.

—Para un fin de semana que salgo quiero estar con mi novia, no dormir con el olor de pies de este —dijo Pedro enfadado, señalando a Lucas.

—Pues si querías intimidad, haber ido a un hotel con ella a solas —contestó Lucas ofendido. Y entonces se le ocurrió una pulla que soltó sin pensarlo—. ¿O es que ella no quería? Deberías preguntarte por qué tu novia prefiere pasar el fin de semana con nosotros.

Añadió a la última palabra una mirada maliciosa que Luis interpretó correctamente y, sintiendo cómo la rabia lo recorría de arriba abajo, le lanzó un puñetazo a la mandíbula.

Los siguientes segundos fueron un caos. Alberto intentó separarlos, pero lo único que consiguió fue llevarse la mitad de los golpes. Ana suplicó a Pedro que parara, Natalia tiró de Lucas, mientras María y Tania miraban petrificadas.

Cuando los ánimos se calmaron, Ana tomó la palabra.

—Hay dos habitaciones. En una los chicos, en otra las chicas. Es lo justo. Vosotros tres en la cama de matrimonio y nosotras en la de las dos camas pequeñas. Y se acabó la discusión. Estamos cansados. Vamos a dormir y mañana vamos a dejar de decir tonterías, a llevarnos bien y a pasar un fin de semana divertido y agradable.

Nadie más dijo nada, a excepción de Pedro, que no podía dejar pasar la ofensa.

—Sí, pero tú lejos de este tío.

Ana soltó todo el aire en un suspiro. No iba a permitir escenas de celos, pero tampoco iba a echar más leña al fuego en ese momento. Tendría una conversación seria con Pedro en otro momento. Sin embargo, Lucas le siguió el juego.

—No te preocupes, Ana no me interesa en ese sentido. Prefiero a Nat —y echó su brazo alrededor del cuello de la chica. Una chispa de picardía afloró a sus ojos, pero esta vez Ana tiró del brazo de Pedro y los separó un poco más.

Alberto se interpuso entre los dos.

—¡Eh, tíos, se acabó! ¿Os vais a llevar bien?, porque no pienso ser vuestro saco de boxeo. Decídmelo ahora para llevarme una manta al sofá.

Sin mediar palabra, Pedro se zafó de Ana y entró en la habitación. Lucas fue al baño, seguido de Natalia, para lavarse la sangre que le salía de la boca. María siguió a Ana a la habitación de las chicas, para calmarla, y Alberto y Tania quedaron en el pasillo. El silencio tenso continuó unos segundos hasta que Tania lo rompió.

—Siento que te haya pillado en medio. ¿Estás bien? —el joven suspiró y se apoyó en la pared—. Lucas es estopa y Pedro un mechero que provocó esta situación, pero Lucas no debió entrar al trapo. Me preocupa que el fin de semana se convierta en un infierno —hizo una pequeña pausa, mientras escogía las palabras para expresar su preocupación— porque mira cómo ha acabado Lucas por una tontería y no quisiera...

—No te preocupes —la cortó Alberto—. Haré todo lo que pueda por calmar los ánimos.

—Pero es que... —quiso explicarse.

—Cuidaré de Lucas —sentenció poniéndole una mano sobre el hombro—, te lo prometo.

Y dicho esto entró en la habitación con Pedro mientras rezaba para que no se mataran esa noche, porque él sería un daño colateral. Menudo marrón.

Tania, que lo vio marcharse consternada, se quedó sentada en la escalera sin saber muy bien qué hacer. El fin de semana acababa de empezar y ya era un asco. El ambiente era tenso y belicoso, más propio para una tragedia que para lo que ella había imaginado. Sus expectativas de dicha y diversión empezaron a irse al traste con el clima, pero con aquella pelea, el pronóstico había empeorado de golpe. Miró con resignación la puerta de su habitación y, después de un largo suspiro, se puso en pie y entró.

El acantilado

Natalia despertó al amanecer. Tenía un reloj biológico que no le permitía dormir ante el primer ápice de claridad. Dormía con Tania, porque, para cuando entró por la noche, Ana ya se había quedado dormida, abrazada a María. Se levantó con cuidado y fue a la cocina. Miró por la ventana. Vio el cielo despejado y sonrió. El clima iba a ser su aliado. Conocía demasiado bien a Lucas como para saber que si aquellos dos se quedaban encerrados en la cabaña acabarían a mamporros. Recordó la promesa que le hizo su amigo mientras le curaba las heridas. Sabía que pondría de su parte para cumplirla, pero mejor sería facilitarle las cosas. Se preparó un cacao calentito para entrar en calor y empezó a preparar bocadillos. Habría excursión, que para eso habían venido.

Como había previsto Natalia, todos pusieron de su parte y accedieron a la excursión. Unos de buena gana, otros resignados. Lucas parecía ir por libre, pero haría lo que se decidiera en mayoría y Pedro no volvió a abrir la boca, si no era para hablar con Ana.

La previsión de Tania también resultó acertada. El terreno, empapado por la lluvia y la humedad de la niebla, se había convertido en un barrizal por el que andar se convertía en una hazaña más que un paseo. Pero con los esfuerzos de Alberto, la situación pasó de ser estresante a divertida.

Llegaron a un riachuelo provocado por las lluvias que cortaba el camino.

—¿Y no hay otra forma de seguir? —Ana se acercó a Lucas, que llevaba el mapa de la ruta.

—Según esto no. Hay que saltar —contestó.

—¿Y este otro camino? —dijo Alberto, que, al ver la cara de Miura de Pedro, se había puesto entre los dos—. Parece un atajo.

—No nos vamos a salir de la ruta —sentenció Lucas—. Hay que saltarlo. No es tan complicado.

Dicho esto se guardó el mapa y saltó el primero. Se resbaló, pero pudo recuperar el equilibrio y animó al resto a seguirlo. Pedro lo siguió, luego Ana, María y Tania. Natalia se sentía muy cansada y no creía que su salto le permitiera llegar al otro lado, así que se quedó en el otro lado sin saber qué hacer. Alberto la acompañaba.

—No te preocupes, Nati. He visto el otro camino, si quieres podemos ir juntos y nos encontraremos con ellos más adelante.

Natalia pareció pensárselo.

—Ni hablar —dijo Lucas—. Nadie va a separarse del grupo. Venga Nat, tú puedes —la animó.

Alberto se mordió el labio inferior.

—Lo que tú prefieras. Si quieres saltar, estoy seguro de que puedes hacerlo, pero si no quieres arriesgarte, te acompaño por el otro camino.

—¡Venga ya! Si hemos saltado todos —dijo Tania.

—Claro, Nati, tú puedes —la animó Ana.

Natalia miró a Alberto y le sonrió.

—¿Juntos? —Le extendió la mano. Alberto sonrió y asintió estrechándole la suya.

—Juntos. Uno, dos, ¡tres!

Al llegar al otro lado, Natalia había pisado en parte el agua y su cuerpo pareció echarse hacia atrás. Alberto ya había pisado el otro lado y tiró de ella para que no cayera, pero el tirón fue tan fuerte que ambos perdieron el equilibrio. Natalia acabó en el barro y Alberto resbaló hasta

quedar sentado en el suelo con los pies dentro del agua.

Ambos se miraron y rieron a gusto.

—Menuda ayuda —dijo Lucas tomando la mano de Alberto y la de Natalia. Una vez en pie, siguieron el camino todos juntos; pero Lucas no soltó la mano de Natalia.

Para cuando llegaron al final del camino, el sol brillaba en el cielo. Tenía ese brillo cegador del sol de invierno, tan cercano a la tierra, tan límpido, que intensificaba el azul del cielo, el verde de la vegetación y casi dañaba la vista.

El acantilado era impresionante.

En el mirador había bancos de madera que los jóvenes usaron para tomar el tentempié. Atacaron la bolsa de los bocadillos como hienas que no habían visto la carroña en semanas. Todos menos Lucas, que se encendió un cigarro de espaldas a ellos, disfrutando de las vistas.

Disfrutaron de ellos en silencio, hasta que María abrió el suyo. Vacío. Un bocadillo de pan con... pan.

Con mucha hambre y poca paciencia increpó a Natalia.

—¡Eh, Nati! ¿De qué se supone que es el mío? —preguntó elevando las dos mitades del pan para que lo viera bien. Natalia se quedó ojiplática y los demás se rieron, algunos a costa de atragantarse—. A mí no me hace gracia, que tengo hambre.

—Cómete el mío —dijo Lucas, que seguía fumando.

—Lo siento María, no sé como se me ha pasado ese —se excusó Natalia.

—¿Y tú qué? —dijo María a Lucas, ignorando a Natalia—. No quiero dejarte sin bocadillo.

—Por eso no te preocupes —respondió el aludido.

—La que debería quedarse el bocata de pan es Natalia, que lo ha preparado —dijo Tania entre risas.

—Claro, María. Toma el mío —dijo Natalia, avergonzada.

—No, Nati. Bastante que los has preparado para todos. Un descuido lo tiene cualquiera. Cómete el mío. Aún no lo he empezado —dijo Alberto.

—¿Y por qué vas a quedarte tú sin comer por su descuido? —dijo Tania.

—No. Insisto. —Natalia se había levantado y le cambiaba a María el pan por su bocadillo sin darle tiempo a rechistar. María lo comió con gusto. Alberto se fijó en Natalia. A pesar de que había resuelto la situación, le había dejado un sabor agri dulce. Se la veía triste. Antes de que pudiera reaccionar, Lucas había sostenido una conversación con Natalia a base de gestos y miradas. Él le insistía en que cogiera su bocadillo, ella se negaba. Al final, la discusión quedó en tablas, porque Natalia cogió la mitad del bocadillo y le guardó el resto.

Después de comer, siguieron la senda de regreso. Bordeaba el acantilado por un terreno pedregoso que les dio descanso del barro y les ayudaba a avanzar más tranquilos. Se levantó un viento helado y unos cirros difuminados empezaron a cubrir el cielo y a apagar levemente al sol.

Presagiando que la tarde iba a torcerse, se dieron prisa por llegar a la cabaña. Llegaron a un claro en el que un lago de aguas cristalinas se abría camino de repente.

—Tenemos que venir en verano —dijo María.

—¡Sí! Nos bañaríamos y lo disfrutaríamos más —secundó Tania—. ¿Verdad, Alberto?

El joven estaba a su lado, pero no le prestaba atención. Observaba a Natalia, que se había quedado mirando la profundidad del lago con una expresión entre melancólica y llena de paz.

—¿Verdad? —repitió Tania, para llamar su atención.

—¡Claro! —contestó el aludido—. Pero no es necesario esperar, podemos bañarnos ahora.

Dicho esto, abrazó a Natalia e hizo ademán de lanzarla al lago. La chica, que no se esperaba aquello, lanzó un grito y Alberto la soltó entre risas.

—Tranquila, es una broma —dijo.

—¡Qué tonto! —contestó ella entre risas de alivio y le dio un empujoncito.

—Venga, a dejarse de tonterías y a seguir, que el cielo se está cerrando —dijo Pedro y se acercó a Lucas—. ¿Cuánto falta para llegar a la cabaña?

Ambos miraron el mapa.

—No más de diez minutos —contestó.

Y todos se pusieron en marcha, esta vez sin parar, hasta que llegaron a la cabaña. Para cuando cruzaban la puerta, la lluvia apretaba.

El ambiente había mejorado mucho. Pedro y Lucas empezaban a tolerarse, para sorpresa y alivio de Ana y Natalia. Después de la cena, que también preparó Natalia por sus dotes culinarias, echaron unas risas jugando al Party en una partida eterna, que finalizó con el equipo de las chicas vencedor. Se fueron a la cama, todos menos Lucas. Se quedó sentado en la alfombra, mirando las brasas y allí se quedó dormido.

Un ruido lo despertó. No sabía qué hora era ni qué lo había despertado, pues en el silencio de la noche, todo parecía en calma, a excepción del viento que golpeaba las ramas de un árbol contra el cristal de la ventana, junto con la lluvia. El fuego se había apagado y solo quedaban las brasas, que ya no calentaban.

Tenía frío y necesitaba un cigarrillo. No quería entrar a la habitación, por no despertar a nadie, así que decidió salir al coche, donde tenía un abrigo y podría fumar con la calefacción puesta.

Llevaba dos caladas cuando vio movimiento en la parte delantera de la cabaña. Aguzó la vista y distinguió a Natalia, arrebujada en su plumón camino al sendero. No le extrañó. Sabía que a veces se escapaba de casa por la noche para estar sola; la veía, unas veces desde su ventana, otras se encontraban en el refugio adonde iban. Vecinos de toda la vida, compañeros de desgracias. Ambos vivían en hogares rotos, disfuncionales, y habían aprendido a cuidar el uno del otro. A veces ella necesitaba su espacio, como él mismo. Así que cerró los ojos y la dejó ir.

Pocos minutos después escuchó la puerta cerrarse. No vio a nadie, hasta que un rato después, la figura de Alberto se escabullía por el lateral de la cabaña. Nada más pasó hasta que se oyó un estruendo de petardo en la parte trasera, que se mezcló con los gritos de las chicas y de Pedro, que era un caguica. Lucas sonrió pensando en Alberto y sus bromas. Las luces se encendieron. Se escuchó un murmullo de reproches desde la casa y las risotadas de Alberto. Entró y fue a su habitación. Al cabo de unos minutos, todo quedó en paz.

La mañana siguiente los chicos se despertaron y bajaron al salón. Esperaban el desayuno que de seguro Natalia había preparado, pero se encontraron la cocina vacía y todo en silencio.

—Es culpa de este —dijo Pedro señalando a Alberto con la cabeza— con sus bromitas. Seguro que después de la traca les costó dormir y no han podido levantarse.

—Sí, claro —un bostezo lo obligó a hacer una pausa—. Ahora la culpa es mía. Lo que pasa es que te escuece que no te dijera nada y te despertara a ti también.

—Por cierto, ¿dónde estabas tú? —preguntó Pedro a Lucas, al recordarse solo en la habitación cuando empezaron las detonaciones. Pero Lucas no respondió. Estaba ocupado mandando un mensaje de WhatsApp a su amiga. Porque a pesar de que la explicación de la falta de sueño pudiera sonar plausible, Lucas sabía que no era normal en Nat.

El mensaje aparecía como recibido, pero no leído. Así que hizo una llamada que no obtuvo respuesta.

Con el corazón a mil por hora, los dedos volaban sobre el teléfono.

—Tío, ¿qué te pasa? —preguntó Alberto al ver que el color había huido del rostro de su amigo.

—Tengo un mal presentimiento —dijo con pánico mal disimulado en la voz—. Algo le ha pasado a Nat.

Activó el dispositivo de seguimiento que habían instalado en sus móviles como medida de emergencia y salió de la cabaña corriendo.

—¿Qué pasa, Lucas? —dijo Pedro, yendo tras él.

—Está en el acantilado.

En el mirador no había nadie. Alberto encontró el teléfono de la chica debajo de uno de los bancos, lo cual alertó más a Lucas.

—Eh, tío —dijo Pedro—. La vamos a encontrar, ¿vale? Seguro que se le cayó el móvil y está asustada y perdida, pero bien. Venga, Alberto, vamos a buscarla al bosque.

Se separaron, gritando a voces su nombre. Pero Lucas no se movió del mirador. Tenía una corazonada. Saltó la valla de seguridad y se asomó al abismo. El viento lo zarandeaba en todas direcciones mientras se aferraba a la madera vieja que lo separaba de una muerte segura. Se arrepintió de no haber traído sus herramientas de escalada, pero ya no importaba. Porque la figura del plumón blanco de Natalia apareció ante sus ojos, con manchas carmesí, estampado en la roca.

Estaba muerta.

Accidente o asesinato

La guardia civil llegó en tiempo récord, aunque a los jóvenes les pareció una eternidad. Cuando entraron en la cabaña, encontraron al grupo de amigos en la sala, al rededor de la chimenea, llorando en silencio.

Después de mucha insistencia y paciencia, al teniente le quedó claro que no sabían nada o no les daba la gana de decirlo. Supuso que una mezcla de ambas cosas. Porque si aquello no había sido un accidente, al menos el asesino sabía qué pasó.

Dos de sus compañeros se quedaron con los jóvenes mientras él se acercó a inspeccionar el cadáver. Después de informar de la dificultad de acceso, apostó allí a otro de sus hombres y volvió a la cabaña.

Interrogó a todos y cada uno de los jóvenes. Salvo un par de chicas que lo único que hicieron fue llorar con más intensidad a cada pregunta, el resto le dio información bastante útil. Mandó a las magdalenas a tomarse una valeriana mientras intercambiaba pareceres con otro de sus compañeros.

—¿Qué opinas?

—Yo descartaría el accidente, señor.

—¿Por qué?

—Bueno... —echó un vistazo a sus notas—. Algunos de los chicos coinciden en que la joven tuvo reparos en cruzar un simple charco. No creo que su osadía aumentara en tan poco tiempo como para que se aventurase a andar por el filo de un acantilado.

—Buen punto —dijo el teniente, mesándose la barba—. A no ser que alguien de confianza la incitara.

—¿Quizá el chico con el que cruzó el charco de la mano?

El teniente lo pensó. Todos coincidían en que el tío buscaba su compañía. Si le dio la confianza para cruzar el riachuelo, pudo haberla convencido de pasear juntos de la mano por el acantilado.

—Tráelo de nuevo —dijo. Y el compañero salió de la habitación en busca del chaval.

Alberto entró cabizbajo, con una sombra que cubría su rostro de una tristeza indescriptible. Tenía los ojos rojos por el llanto que, de momento, había cesado. La lluvia suave sobre los cristales era un reflejo del río de lágrimas que el joven llevaba por dentro.

—Hola, Alberto —dijo el teniente—. Siéntate. —El chico se veía contrariado mientras obedecía—. ¿Cómo era tu relación con Natalia?

El joven se encogió de hombros.

—Buena. Éramos amigos.

—¿Solo amigos?

—Sí.

—Pero tú la acosabas un poquito, según tengo entendido. ¿No? No la dejabas respirar.

—Hombre, dicho así... Solo quería que me hiciera caso.

—Por eso te convertiste en, palabras literales de una de tus amigas, «un baboso que se la quiso llevar por otro camino» cuando hacíais senderismo.

—¡No es lo que piensa, se lo juro! —El joven extendió las manos sobre la mesa, suplicante.

El teniente apoyó la espalda en el asiento, con expresión relajada.

—Pues explícamelo.

—Solo buscaba tiempo a solas con ella para hablar. —El hombre lo miró escéptico—. Escuche, me gustaba Natalia y... bueno, intentaba animarla. Tenía pinta de estar triste... —dijo.

—Animarla —repitió—. ¿Con bromitas?

Ya se lo decían, que ser tan payaso le pasaría factura. Se pellizcó el entrecejo. La falta de sueño y la tensión le estaban provocando una migraña.

—Eran eso, bromas. Hice como que la lanzaba al lago. Era una forma de abrazarla... Y, bueno, de sacarle unas risas.

—¿Y no intentaste esa «bromita» en el acantilado?

—No.

—¿Estás seguro? Uno de tus amigos salió a fumar y os vio salir con pocos minutos de diferencia.

—Oiga, sé lo que parece, ¿vale? Pero eso no pasó. Salí de noche para poner petardos en las ventanas de las chicas. Quería darles un susto. No me alejé de la cabaña y no vi a Nati. Si lo hubiese hecho quizá ahora...

El joven se tapó la cara con la mano para que no lo viera llorar.

La lluvia apretaba y el teniente dirigió la mirada a la ventana con preocupación. Si el helicóptero no llegaba pronto, las pruebas que hubiera al rededor y en el cuerpo se perderían.

En esto pensaba cuando escuchó el rugido de las aspas del helicóptero acercándose a la zona. Llenó los pulmones de aire y lo soltó, dejando salir en aquel suspiro toda la preocupación. Volvió a mirar al chico. No debía tener más de 15 años, y su experiencia le decía que era sincero.

Uno de sus compañeros llamó a la puerta y entró sin esperar contestación.

—Teniente, una de las jóvenes encontró esto en su mesita esta mañana.

Extendió al teniente una bolsa de pruebas donde había una pequeña nota. Después de leerla, se dirigió al chico de nuevo.

—Puedes irte, chaval.

—¿Me cree, entonces? —Lo miró estupefacto.

—Creo que eres un tonto inmaduro —dijo con mirada firme—, pero no un asesino. Ya puedes respirar, sé que no empujaste a tu amiga.

—¿Puedo irme ya?

—Por favor —dijo el teniente, señalando la puerta con la palma de la mano y expresión de hastío. Observó la nota mientras el joven huía con prisa, por si al teniente se le ocurría cambiar de opinión. Una vez se cerró la puerta tras él, pidió a su amigo que le contara qué chica era la que había encontrado la nota.

—Es Ana Belén Cisneros. ¿Quiere que la traiga?

—No. Hablemos primero con el aludido. —Agitó la nota—. A ver qué tiene que contarnos.

El joven entrelazaba las manos con un movimiento nervioso.

—No sé qué más quieren de mí. Oiga, ¿le importa que fume?

—Prefiero que no —contestó el teniente tajante. Tenía en las manos una nota dentro de una bolsita de plástico que su interlocutor dedujo que era una prueba—. ¿Cuántos cigarrillos necesitas para calmar tu conciencia, chaval?

—¿Mi conciencia? Mi conciencia está tranquila, tío. Yo no he hecho nada.

—¿Salías con Natalia?

—¿Qué? —Un rubor subió a su cara—. ¡No!

El poli suspiró impaciente.

—Pero te gustaba. Quedaste con ella anoche en el mirador del acantilado. ¿Qué pasó? ¿No quiso llegar más lejos y discutisteis?

Las manos del joven empezaron a sudar y se las restregó en los pantalones.

—¡No! —El rostro del policía se endureció y el joven bajó el tono—. Yo no quedé con ella, ¿vale? Era como mi hermana. La vi salir con prisa de la cabaña, sola. —El joven cerró los puños con fuerza, reconociéndose a sí mismo que si la hubiese seguido, probablemente ahora seguiría viva. Pero no tenía idea de con quién quedó, ni quién pudo saber que estaba fuera para inculparlo así. Al único que vio salir fue...—. ¿Les ha dicho eso Alberto? ¡Qué desgraciado! Seguro que fue él y me quiere cargar a mí el muerto. ¡Menudo amigo, don bromitas!

—Cálmate, chaval. Tu amigo Alberto no ha dicho nada, sino la propia Natalia.

El rostro del joven perdió el color.

—Eso no puede ser. No pudo decirle a nadie que había quedado conmigo porque no es así. ¡Tiene que creerme!

—¿Puedes demostrarlo, chaval? —dijo el poli mientras le mostraba al joven la nota.

La cogió con manos temblorosas y la leyó con estupor: «He quedado con Lucas en el mirador. Si no llego por la mañana, cúbreme. No quiero que Alberto me dé la brasa. ¡Te debo una!».

Miró con terror al poli.

—¡Esta nota es falsa! ¡Ni siquiera es la letra de Natalia!

El teniente se pasó ambas manos por el pelo y suspiró cansado. Lo último que había imaginado para aquel fin de semana era pasarlo rodeado de hormonas adolescentes y un asesino. Y si no se daba prisa y descubría pronto al culpable, tendría que pasar la noche en aquella casa perdida. La

lluvia se había convertido en un arrullo que en lugar de relajarlo lo ponía cada vez más nervioso. Si seguía cayendo a aquel ritmo, en un par de horas sería imposible salir. La carretera se convertiría en un enorme río.

Después de la obstinación del joven sobre la falsedad de la nota, no quedó más remedio que intentar demostrar quién la había escrito. Uno de sus hombres les había pedido a los chicos que, a fin de agilizar los trámites, escribieran en una hoja de papel sus datos personales y un breve relato firmado de los acontecimientos de la noche anterior.

Tenía ante sí los documentos con los datos personales, escritos de puño y letra de los jóvenes. Los habían comparado con la nota y la coincidencia era inequívoca. El asesino estaba entre ellos. Pero no el que él había sospechado.

La joven entró en la sala despacio y se sentó frente a él con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa? ¿Algún problema con mis datos? —preguntó asqueada.

—Ninguno, Tania. Solo quiero que me hables de tus amigos. —La joven se retrepó en la silla—. ¿Eras muy amiga de Natalia?

—No mucho —se encogió de hombros—. Su mejor amiga era Ana.

—Pero, ¿Cómo te llevabas con ella?

—Bueno, no hablábamos mucho.

—¿Por qué?

—Solíamos estar en desacuerdo bastante a menudo —dijo, con la misma pose defensiva— y no teníamos mucho en común.

El teniente tomó nota y la miró sin hacer ninguna observación, pero eso no hizo más que crispar más los nervios de Tania.

—¿Y los chicos? —dijo el Teniente.

—Nos llevamos bien.

—¿Con alguno en especial? ¿Lucas, tal vez?

—¡No! Lucas es majo. Hace deportes de riesgo y le encantan las alturas. Pero a mí eso no me va, prefiero los chicos que te hacen —calló.

El teniente suspiró y la miró con los ojos entornados.

—¿Reír? —La joven estaba pálida—. Alberto es divertido, ¿no?

—Sí, lo es.

—Pero tengo entendido que solo tenía ojos para Natalia. —Ella se encogió de hombros—. ¿Hablaste con ella sobre eso? ¿En el mirador, quizá? —Tania bajó la mirada en silencio—. ¡Oh, entiendo! A ella también le gustaba y no pensaba apartarse. Eso debió cabrearte. Entiendo que no dijeras nada antes. —La joven lo miró sorprendida—. ¿Viste a alguien más en el mirador?

—No, pero vi a Lucas al volver.

El inspector asintió complacido.

—Ahí tuviste la idea. Pusiste su nombre para desviar las sospechas de Alberto y dejaste la nota a Ana, su mejor amiga.

El policía puso sobre la mesa el documento que ella había rellenado con sus datos y la nota encontrada con caligrafía idéntica.

Ya no importaba lo que ella dijera. Tenían la prueba. Y la rabia la consumía por dentro. Deshacerse de Natalia no la había liberado, como ella supuso que lo haría. Y para Alberto seguía siendo invisible. No era justo.

—Los tenía a todos comiendo de su mano y la muy mosquita muerta no se daba cuenta.

De sus ojos brotaron dos ríos de lágrimas y ya no sintió nada más. Ni oyó al teniente mientras le leía sus derechos, ni el murmullo que se creó entre sus compañeros al descubrir la verdad. La joven seguía aletargada cuando el policía la esposó y la sacó de la cabaña. Años después solo recordaría de ese momento la mirada de horror y decepción de Alberto.

Sábana Blanca

¡Qué paz! Es el único momento del día en el que sonrío. Cuando, temprano en la mañana, mientras todos duermen, salgo a dar un paseo. Este bosque me gusta, sobre todo a estas horas en las que el sol sale, derritiendo la nieve alrededor, llenando el día de oportunidades y promesas. Aunque la primera vez que lo crucé, me aterró. Era de noche, e intentaba escapar a través de árboles y montañas, que era lo único que había a la vista.

Tengo ocho años, no sé dónde está esto, ni adónde ir. Tenía frío y sueño, así que volví. Pensé que, como no soy el único niño que hay aquí, podría pasar desapercibido. Pero me equivoqué. Pronto entendí para qué nos quiere. Me refiero al hombre que me trajo. Entendí su juego, porque, según mis padres y mis profesores, soy muy listo. Quizá más que los otros niños que hay aquí, sí. Están como dormidos y tristes. Creo que se han creído las mentiras que cuenta. Nos dice a todos lo mismo: Que nuestros padres no nos quieren, que ahora somos sus hijos, que él cuidará de nosotros y nos dará cariño. ¡No quiero su cariño! No se parece en nada al de mi papá. Él siempre me ayuda cuando me vienen malas ideas a la cabeza. Con él se me pasan rápido. Pero desde que estoy aquí, cada vez tengo más. Al principio me preocupé, y hasta me dormía llorando, arrepentido, las primeras noches, pero reconozco que me ha venido bien. Desde que me pilló clavando un alfiler a aquel escarabajo mientras miraba cómo se retorció, me tiene miedo. Puso una cara muy graciosa, de pánico. Así que, de vez en cuando, le dejo un regalito sobre la almohada. Hace días que no le dejo nada y está más relajado. Ayer me dijo que hoy me daría un baño, cuando hasta ahora ha dejado que me bañara solo. Pero, ¡de eso nada!, y sé cómo librarme. ¿Qué será hoy? Creo que esa rata que acaba de esconderse en el arbusto quedará bien destripada sobre su sábana blanca.

Estoy de vuelta en la casa. Bueno, más bien es una choza medio destartada en mitad del bosque que, desde fuera, en un día gris como hoy, tiene un aspecto bastante tétrico. Llevo la ropa llena de sangre, no había caído en que esto no es un insecto. Es lo único que me desagrada, que es bastante más sucio, y sinuoso. Además, he perdido bastante tiempo mientras esperaba a que dejara de chillar, porque no quería despertar a nadie. Después de entrar con sigilo, me cuelo en su habitación y poso con cuidado el cadáver abierto en canal, con la cabeza girada hacia él, y los ojos abiertos en una mueca grotesca que a mí me hace mucha gracia. Él sigue durmiendo. De pie, en la puerta, me quedo pensando si volverme a la cama para disimular o quedarme allí hasta que despierte para ver su cara. No serviría de nadairme porque sabrá sin duda que he sido yo. Y tiene que ser muy divertido. Ha tardado tanto en despertar que me he sentido tentado a irme, aburrido, varias veces. Todas ellas me ha detenido algún movimiento suyo. Y al fin despierta. Él y todo el mundo detrás. Hasta los animales del bosque se han despertado por culpa de su grito histérico, más parecido al de una niña que al de un hombre adulto. Me aguanto las ganas de reírme, que crecen cuando salta de la cama y repara en mí horrorizado. No había caído en que mi imagen debe dar bastante miedo. Aquí de pie, en la penumbra, con los ojos fijos en él y la ropa llena de sangre. Me mira como mi madre miró a nuestro gato el día que vino con su blanco hocico lleno de sangre, relamiéndose, después de dejar un pájaro muerto a sus pies como ofrenda. Nunca volvió a ver a Bigotes con los mismos ojos, hasta que se deshizo de él. Y ahora, esa misma mirada me dice muchas cosas. Por ejemplo, que hoy me bañaré solo, que era lo que yo quería, y que mis días aquí están contados, como los de Bigotes en casa.

Llevaba razón. A diferencia del resto de los niños, me ha dejado en el aseo a mi aire. El resto de la mañana ni siquiera me ha hecho caso. Ni a mí ni a los otros. Estamos jugando en la sala principal, la única en la que hay calefacción. Un radiador más antiguo que la colcha de mi abuela y tira más bien poco. Hay tres chicos, que se limitan a simular que yo no existo, y una chica. Es bonita. Tiene los ojos claros y el pelo castaño liso. Él le cepilla el pelo e insiste en que se lo deje suelto, pero en cuanto se da la vuelta ella se lo peina en una cola de caballo mientras le saca la lengua y me mira de soslayo. Se sonríe tímida en respuesta a mi sonrisa. Me ha hecho gracia la burla. «Me llamo Laura», me dice. «Yo, Roberto», contesto. Es la única que no se ha aterrorizado cuando lo de la rata. Se ha asustado, como todos, pero su mirada mostraba más bien sorpresa y respeto... quizá una pizca de tristeza. Eso me ha llamado la atención, me ha recordado a la expresión de mi papá cuando me pilló la primera vez. Pero ya no hablamos más, cada uno mira su dibujo y finge que está solo en cualquier otro lugar. Mientras, él nos vigila. Me observa con la mirada perdida y el ceño fruncido. Conozco esa mirada. Es la misma que pone mi padre cuando jugamos al ajedrez. ¿Está pensando qué hacer conmigo? Tengo la impresión de que he dado en el clavo, no me queda mucho tiempo allí. Y dudo mucho que sea tan bueno conmigo como mamá con Bigotes.

—Tengo una idea.

El susurro viene de Laura, que mira al hombre con un profundo odio. Eso me sorprende. Los demás niños lo miran con miedo. ¿Qué idea?, quiero preguntar. Pero ella me chista y me interrumpe.

—Luego —susurra de nuevo—. Nos vemos después de comer en el bosque, donde cogiste la rata.

Laura es una chica lista. Y creo que tiene pensamientos inquietantes, como yo. Pero no estoy seguro de si empezaron antes de llegar a este lugar o una vez aquí. Es un par de años mayor que yo y fue la primera en llegar a la choza.

Me esperó en el claro del bosque como había prometido. Enarcó los labios en una sonrisa traviesa. No necesité preguntarle qué hacíamos allí, estaba impaciente por contarlo.

—¿Qué da más miedo que una rata muerta? —preguntó.

Abrí la boca para contestar, pero en ese momento arrastró algo de detrás de un matorral para dejarlo a la vista. Era una jaula casera, hecha con red mosquitera y algunos palos. Dentro había cinco ratas vivas. Me fascinó que ella hubiera hecho eso sola y me alegré de que me interrumpiera, pues la respuesta que me vino a la cabeza la hubiera horrorizado. Su idea era más suave, pero eficaz. Claro, cinco ratas muertas dan más miedo que una. Saqué mi cuchillo del bolsillo trasero del pantalón y Laura abrió los ojos de par en par. Abrazó la jaula sin dejar de mirarme, ahora enfadada.

—¡No!

Entonces me explicó su plan. Y aquí estamos. Hace horas que ha caído la noche, pero no es sino hasta hace un rato que las luces de la casa se han apagado. Las ratas hacen algo de ruido, espero que no se despierte antes de tiempo, le quitaría toda la diversión al asunto. Laura, igual de sigilosa que Bigotes, gira el pomo y abre la puerta. Él duerme como un tronco. Yo llevo la jaula con los roedores y el corazón me late con fuerza por la emoción. Levanta la sábana blanca por una esquina del pie de la cama y dejo salir las ratas. Entre risas contenidas salimos de la habitación, cerramos la puerta y la atrancamos por fuera. Poco después empiezan los gritos.

El plan de Laura tuvo consecuencias. Después de oírle desesperado, dar golpes contra la puerta y

contra el suelo (supongo que los primeros tratando de huir y los segundos tratando de matar alguna rata), escuchamos abrirse la ventana y cesar los gritos. Al rato apareció frente a nosotros magullado por la caída desde el segundo piso sobre los matorrales y temblando, no sé si de rabia o de frío. Sin mediar palabra nos cogió por el pelo y nos arrastró por el pasillo.

—Si tanto os gustan las ratas, aquí seréis felices —dijo, y cerró.

Y aquí estamos. Encerrados en un sótano frío y oscuro, que huele a humedad y donde solo se oye el goteo incesante de alguna tubería en mal estado y ruido de roedores en algún rincón.

He tardado en acostumbrarme a la oscuridad, pero ahora veo claramente la silueta de Laura, acurrucada encima de una mesa, con las manos rodeando sus rodillas. Está sollozando. Veo algo moverse a su lado y ella pega un grito cuando se le sube encima de la zapatilla. Se sacude horrorizada y lanza al animal por el aire. Aterrizo sobre mi rodilla. La cojo, saco el cuchillo y con un movimiento rápido la rata deja de molestar. Laura sigue sacudiéndose.

—¿Dónde está? ¿La has visto? —pregunta con una voz chillona. Me siento tentado a decirle que la tiene detrás para seguir divirtiéndome, pero en lugar de eso me burlo de ella.

—¿No decías que ratas vivas mejor? —dije—. ¿A que ahora preferirías que esta estuviera muerta? —Ella llora—. Está muerta —le digo, aburrido de su lloriqueo. La creía más fuerte. Se levanta y me coge la mano a tientas.

—¿Dónde? —dice sin rastro de llanto y con voz firme—. Dámela.

Sin saber por qué, obedezco. Con el animal aún caliente entre sus manos, sube hasta el último peldaño y lo deja al lado de la puerta para que sea lo primero que él vea. Baja riendo y me contagia su risa. Ya no tiene miedo.

Finjo dormir, con el cuchillo en la mano, porque no me fío de Laura. Esos cambios bruscos de carácter me han dado mala espina. Pero ella duerme a pierna suelta. Me desperezo cuando oigo la puerta abrirse. Nuestro captor aparece al otro lado con una bandeja de desayuno que casi se le cae de las manos cuando mira al primer escalón. Pero es el único signo de perturbación. Creo que ya hemos quemado ese cartucho. Su voz deja entrever la rabia contenida cuando dice:

—Veo que ya os habéis preparado vosotros el desayuno. ¡Que aproveche! —Y se marcha después de mandar a la rata a mi lado de un puntapié. Me quedo unos segundos mirándola, pensando en el hambre que tengo, en el pan tostado cuyo aroma aún se aprecia en el aire y el vaso de leche, a buen seguro calentita, que soñaba con tomarme.

—¡Tú! —La miro con el ceño fruncido, aunque no puede apreciarlo bien en la oscuridad. El tono sí lo percibe—. ¿Alguna otra idea genial?

—Yo no tengo la culpa. Tengo tanta hambre como tú. Te recuerdo que el que nos ha encerrado aquí es él. Y, la verdad, lo prefiero a estar ahí arriba.

Lo sé. Sé lo que hace con ella y con los demás. Lo que hizo conmigo. Pero ese es otro tema. Si no le hubiese dejado «el regalo», ahora tendríamos la barriga llena. No hablamos más durante... no sé, horas, hasta que la puerta se abre de nuevo.

—Venga, a comer.

Subo, y un dolor punzante detrás de los ojos me obliga a cerrarlos por el torrente de luz de la primera planta. Lo seguimos en silencio hasta salón donde los demás niños aguardan sentados ante sus platos de pasta. Los dos que quedan están cubiertos con una tapa de aluminio que impide ver el interior.

—Adelante, sentaos —invita el secuestrador—. Tenéis que perdonarme, pero solo había macarrones para seis y somos siete. Así que uno de vosotros comerá otra cosa.

—¿Por qué están tapados? —pregunta Laura señalándolos.

—Así es más divertido —contesta con una sonrisa siniestra—. Verás, el plato diferente es una

sorpresa. Escoged y... a ver a quién le toca.

—Tres... —Deseo con todas mis fuerzas que la sorpresa desagradable se la lleve Laura—. Dos... —Porque, por su culpa, me he quedado sin desayuno y porque— Uno... —el incidente de las ratas más que asustarlo lo ha cabreado—. ¡Ya!

Destapamos. En el mío hay un plato de pasta, como en los de los demás, en el que rebosan los macarrones, el tomate lo ha visto de lejos y solo hay un par de rodajas de salchicha, en representación de la porción que daría algo de sabor. Veo todo esto de un breve vistazo, porque comprendo, a la vez que escucho los gritos a mi lado, que a Laura le ha tocado el plato malo. Una rata medio aturdida olisquea a su alrededor intentando ubicarse. Parece más asustada que Laura que, con los gritos, nos ha sobresaltado a todos. Patalea, histérica y los demás niños, contagiados por su reacción, saltan de sus sillas y se alejan de la mesa.

—Calma, calma —dice el secuestrador, que, por cierto, se llama Óscar, pero nosotros lo llamamos Oscuro—. Laura, ¿es que no te ha gustado? ¡Si te encantaba cuando correteaban bajo mi sábana! Ella no para de llorar, sus lágrimas salen como ríos de sus ojos, y me está empezando a sacar de quicio. Quiero cargarme al bicho para que pare de chillar, como hice en el sótano, pero antes de sacar el cuchillo me freno. No quiero que Oscuro me lo quite, así que me aguanto. Las carcajadas de satisfacción del hombre se mezclan con las de Laura, que torna su llanto en risa en un momento. Desde luego tiene dotes de actriz o está como una cabra. Coge la rata que ahora se mueve por el extremo de la mesa y la vuelve a encerrar en el plato.

—La carne te ha quedado poco hecha —dice entre risas. Oscuro tarda en reaccionar, y se obliga a sonreírle.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez —dice, se da la vuelta y se va sin probar bocado, con una mirada que me dice que ha sido mala idea aliarme con ella.

Es hora de volver a volar solo.

Abro los ojos y un fuerte pinchazo detrás de las cuencas me obligan a taparlos para frenar el raudal de sol que me está cegando. Deduzco de ello que la mañana está bastante avanzada. Nunca suelo dormir tanto. Un fuerte mareo me obliga a sentarme de nuevo en la cama. Noto la cabeza pesada, y todo pasa lento, como en el interior de una de esas bolas decorativas llenas de agua y nieve artificial. Me tumbo en la cama e intento recordar lo que pasó ayer. Laura y yo discutimos. Le dije que no quería seguir con sus juegos, que me iba mejor solo. Ella se enfadó y dijo que ambos estábamos consiguiendo lo que queríamos. Pero eso no era cierto. Yo quería asustarlo, no cabrearlo. Para ella era lo mismo. Decía que el resultado era que no se me acercaba. Que por eso yo soy el único que le caigo bien. Los otros, o intentan hacer como que todo esto no va con ellos, o intentan tener a Oscuro contento para que no les haga algo peor. Los odio, decía. Pero no estábamos solos, Nico espiaba tras la puerta. Cuando lo pillamos corrió y nosotros tras él. A partir de ahí estoy confuso. Todo se vuelve blanco en mi cabeza. Solo recuerdo la leche caliente con azúcar de la merienda cuyo sabor aún tengo en la boca. Salgo de la habitación y la casa está en silencio.

Demasiado silencio.

Camino despacio, aún mareado, por el pasillo, y llego al salón donde el panorama es bastante sombrío. Unos cuantos niños se sorben los mocos mientras intentan fingir que no están llorando. Laura me mira con una expresión extraña y Oscuro, sentado en su sofá, dirige una mirada pensativa hacia mí. No hay ninguna expresión en su rostro. Solo quizá determinación y... ¿Eso es rabia contenida? Se levanta y con una mano en mi espalda y en silencio, me dirige a una de las

habitaciones. Abre la puerta y me quedo de piedra en el umbral. La ventana está abierta y el viento helado entra a través de ella, balanceando la cortina y el cuerpo que pende de la lámpara. Me cuesta reconocerlo, porque está de espaldas, pero la brisa lo balancea y gira sobre sí mismo hasta mostrarnos su rostro. Es Nico.

¿Nico? Lo veo allí, colgando, y me parece una broma de las mías. Pero la lividez de su piel me recuerda que no lo es, y... ¿He sido yo? ¿Habré sido capaz? Me esfuerzo por recordar lo que hice ayer desde que Nico nos espió. Pero todo está borroso y me duele la cabeza. Oscuro me gira sin cuidado. Su agarre es tan fuerte que me duele el hombro del que me sujeta. Se agacha para estar a mi altura y clava sus ojos en los míos. Su voz es tranquila y firme cuando habla.

—Se acabaron los jueguecitos, ¿te enteras? Ni una rata más, ni viva ni muerta. Porque a ese juego yo también sé jugar, y no voy a darte ni una oportunidad más. ¿Lo has entendido?

Yo asiento sin decir nada. Sus facciones están tensas y el agarre de su mano es tan apretado que me encojo con una mueca de dolor. Se incorpora y, sin soltarme, volvemos al salón donde todos esperan justo como los dejamos, asustados y tristes.

—¿A alguno más le apetece jugar con fuego? —gritó Oscuro enfadado. Todos se encogieron y lloraron más fuerte. Laura lo miraba con una expresión seria, como de fastidio, que cambió a congoja cuando él la miró—. Más os vale, porque todos podéis ser el siguiente.

Las horas se me han hecho eternas. Oscuro se marchó y nos dejó encerrados en la cabaña, por si nos daba la tentación de traer algo del bosque. Ha dejado a Nico colgando, quizá como parte del castigo, o como recordatorio. Me siento extraño y Laura lo está también. Me mira de reojo cuando cree que no la veo y me evita. Los demás niños me temen, porque piensan que he sido yo el que se ha cargado a Nico. No los culpo, yo mismo me lo estoy planteando. Pero algo no me cuadra.

Intento reconstruir mis pasos. A ver, estábamos en la habitación de Laura cuando Nico nos espió. Él salió corriendo, ¿qué hice entonces? Todo sigue borroso... ¿Salí al pasillo? Ahora lo recuerdo. Laura y yo corrimos y le dimos alcance en la habitación de Oscuro. Nos encerramos con él dentro. ¿Qué le dijimos? No logro recordarlo. Soy bajito y débil. Si yo maté a Nico, Laura tuvo que ayudarme.

Jamás hubiera imaginado que cruzaría esa línea. Antes de llegar aquí ya casi había dejado de abrir ranas y ratones en canal. A pesar de la grata sensación, que no sabría explicar, y de la curiosidad que me provocaba, mi padre me había enseñado que no todas las sensaciones que nos hacen sentir bien son buenas. No son buenas si lastiman o privan a otros seres vivos de sus derechos. Al llegar aquí lo entendí mejor. Lo que hace feliz a Oscuro, nos lastima. Mi padre también me dijo que, cuando me envuelve la oscuridad, siempre puedo dar un paso hacia la luz. Pero aquí no hay luz a la que ir, así que recurro a esto para sacar la angustia y la rabia, y lo uso para alejar al secuestrador de mí. Sin embargo, lo de Nico es algo muy diferente. Si lo hice, debí tener un buen motivo.

El sabor amargo y el regusto de la leche siguen en mi boca. Entro en la habitación para ver si consigo recordar. Yo estaba junto a la cama con Nico, Laura cerró la puerta.

—Si abres la boca, te dejo sobre la sábana como a la rata.

Me giro y Laura está allí, apoyada en la puerta cerrada de la habitación. Sigilosa como un gato, ha entrado sin que me dé cuenta.

—¿Qué? —respondo sin entender muy bien lo que acaba de decir. Ella me mira con gesto inocente y esconde sus manos tras la espalda.

—Eso es lo que le dijiste a Nico ahí mismo. ¿No te acuerdas? —Niego con la cabeza—. Mentiroso. Si fue ayer. Sacaste tu navaja y casi se mea encima.

—¿Lo hicimos? —pregunto.

—¡Qué dices! —grita—. Yo jamás le haría daño a una mosca, y si lo hubieras hecho delante de mí, habría buscado ayuda. ¿Fue después de merendar?

—¿Después de merendar?

Ella asiente.

—Fue la última vez que te vi. Y a él. Nico prometió no abrir la boca y se marchó muy asustado.

Un fuerte dolor de cabeza me sobreviene por el esfuerzo de concentrarme. Recuerdo la cara de terror de Nico; cómo salió corriendo. Salía de la cocina con su merienda cuando nosotros entrábamos. Oscuro había preparado la leche caliente para todos. Laura cogió nuestros vasos y los llevó al salón, donde los tomamos.

Ahí se acaba todo. Algo que vi, me enciende una alarma. Oscuro miraba a Nico alejarse con una expresión que en ese momento no entendí, y luego me miró a mí con desconfianza. Y eso, junto al hecho de que él preparó la leche, hace que otra posibilidad me pase por la cabeza.

—¿Y si Oscuro mató a Nico para darme una lección?

Laura me mira en silencio. No sé si está pensando en que puede ser una opción, o si cree que le estoy soltando la excusa más tonta de la historia. Se separa de la puerta y frunce el ceño.

—¿Oscuro? —Parece sopesarlo, luego niega con la cabeza—. Ya nos dejó toda la noche en el sótano, y nos puso esa rata en la comida. ¿Por qué matar a Nico?

Parece lógico lo que dice, pero no me quito las palabras de Oscuro de la cabeza.

—¿Porque nos reímos de él, incluso durante el castigo? —Me vuelvo a encoger de un hombro.

—¡Ay, Roberto, no me asustes más! —Se frota las manos, ansiosa—. ¿Seguro que no fuiste tú? Mira que tú eres al que le gusta matar cosas.

Doy un enorme suspiro. La situación ya me cansa. Y me ha molestado su último comentario. Me remueve algo dentro, las palabras de mi padre de dar un paso hacia la luz, que no he cumplido. Y me molesta más aún porque lleva razón, lo disfruto. Siento que he dado un paso enorme hacia la oscuridad y no tengo remordimiento alguno, salvo por decepcionar a mi padre.

—Bueno —digo enfadado—, ¿te asusta que pueda haber sido Oscuro? No obstante, crees que fui yo y, ¿no te da miedo estar aquí conmigo?

Laura abre los ojos de par en par y sale de la habitación casi como había entrado, como un fantasma.

No hemos vuelto a hablar en toda la tarde y durante la cena todos hemos estado callados. Sigo en mis trece en que yo no he podido ser. Me niego.

Estoy tumbado en mi cama y el sueño no viene. Mejor, porque no me fío de quedarme dormido. Tengo la navaja en la mano, preparada por si me encuentro en peligro. Recuerdo las palabras de Laura. Soy yo al que le gusta matar cosas. Pero, ¿por qué ahorcarlo? Tendría que entretenerme en hacer jirones la sábana blanca y, ¿cómo lo subí a la lámpara? No. Habría necesitado ayuda... Entonces me doy cuenta. Ahora tengo claro que yo no he sido. Me imagino la imagen que habría resultado de haberlo hecho, mucho más impactante que la rata. Y veo frente a mí a alguien mirándome con lágrimas en los ojos.

—Rober, cariño, ¿qué has hecho? —mi padre se arrodilla para estar a mi altura. No soy capaz

de pronunciar palabra—. No vuelvas a hacerlo. Date la vuelta, aléjate de la oscuridad y ve hacia la luz.

—Yo no he sido —consigo decir. En ese momento abro los ojos y estoy sobre mi cama. He debido quedarme dormido. Escucho un llanto silencioso. Es Dani, mi compañero de cuarto. Debe estar asustado, es normal. No tiene una navaja, como yo, y es bastante más pequeño. —No tengas miedo, Dani —le digo. El niño se da la vuelta y me mira asustado—. No de mí.

—¿Es cierto lo que has dicho? ¿No has sido tú? —Se limpia los mocos y las lágrimas con la manga del pijama y espera mi respuesta. Debo haber dicho esas palabras en voz alta en mitad del sueño. —Sí, es cierto. Ratas vale, pero a Nico...

—¿Y si no has sido tú?

Esa es la pregunta. Si no he sido yo, ¿quién? No quiero decirle mis sospechas de que puede ser Oscuro, para no asustarlo más. Estoy pensando qué decir cuando escucho una puerta abrirse y unos pasos silenciosos por el pasillo. Le hago una seña a Dani para que guarde silencio y sigilosos nos acercamos a la puerta. Por una rendija vemos a Laura entrar a hurtadillas en la habitación de Oscuro.

—¡Está loca! —dice Dani—. ¿Por qué entra ahí?

Su voz suena aterrada. Le hago una seña para que se quede en la habitación y me acerco con sigilo. La puerta ha quedado cerrada, pero no encajada, de modo que la empujo con cuidado para ver lo que ocurre dentro. Laura está de pie frente a la cama de Oscuro. Él duerme. Ella lo observa en silencio, con una mano cerrada en un puño junto al pecho. Se gira, como para volver a salir, pero se arrepiente y vuelve frente a Oscuro. Él abre los ojos.

—¿Laura? —dice, mientras se incorpora—. ¿Eres tú?

—Perdón, yo... —dice ella y da un paso atrás.

—¿Qué pasa? ¿No puedes dormir?

Puedo apreciar el movimiento de cabeza de su silueta en la habitación oscura. Está negando.

—Tengo miedo.

—¿Tú? ¿Tienes miedo? —la pregunta parece sorprender a Oscuro tanto como a mí—. ¿De qué?

—De... Bueno, de Roberto... Es que... Nico... —rompe a sollozar. Por toda respuesta, Oscuro aparta la sábana blanca y palmea en el colchón invitándola a entrar. Y lo hace. Sin dudar, ni nada.

A partir de este momento solo oigo respiraciones agitadas. Me separo de la puerta con la sensación de que algo raro acaba de ocurrir y vuelvo sobre mis pasos. Dani sigue asomado a la puerta y me susurra cuando paso de largo. No le contesto, así que me sigue por el pasillo y entro a la habitación de Laura con Dani pegado a mí.

—¿Qué pasa? —susurra.

—No lo sé —digo con franqueza—. Pero lo pienso averiguar.

Me acerco a la mesita de noche de Laura y rebusco entre sus cosas. No hay nada importante, solo unas prendas de ropa y un par de muñequitos. Rebusco en su cama.

—Vámonos, ¿y si vuelve? —me apremia Dani.

—¡Shhhh! Ve a la puerta y vigila. Si vienen me avisas.

Sigo buscando entre las sábanas. Noto a Dani titubear unos segundos.

—Bueno, pero no tardes —dice y se va a la puerta a espiar. Estoy tanteando la almohada en este momento y me topo con algo duro. Meto la mano entre la funda y lo cojo. Es plano y rectangular. Al sacarlo, me doy cuenta de que es un documento. Miro hacia la puerta.

—¿Hay moros en la costa? —pregunto.

—No —contesta Dani.

—Ven, cierra la puerta. Mira.

Dani cierra con cuidado y se acerca a mí. Enciendo la lámpara de noche y leo. Es un documento de identidad. Ninguno de nosotros lo tenemos aún. Pero claro, Laura es un par de años mayor que yo. Quizá sus padres se lo hicieron. Leo la fecha de nacimiento y, si no fuese porque la luz de la lámpara es cálida, Dani se habría asustado al verme perder el color. Vuelvo a dejarlo donde estaba y sigo buscando.

—¿Qué era eso? —pregunta Dani.

—Es un DNI —digo, y sigo a lo mío. Y ahí está. Lo saco de debajo del colchón, pero tengo que tenderme en la cama, porque el cable del cargador está conectado al enchufe que hay por debajo. Es un teléfono móvil. Está en silencio, pero encendido. Me lo quedo mirando un momento y lo vuelvo a esconder.

—¿Has encontrado algo más? —pregunta Dani.

—No, no hay nada más.

—Pues entonces vámonos —dice, apago la luz y volvemos a la habitación.

No le he dicho a Dani que era un móvil porque habría querido usarlo en aquel momento, pero algo podría salir mal y yo acabo de decidir que saldré de esta cabaña mañana. Giro mi cuchillo en la mano mientras pienso en lo que ha pasado. No paro de darle vueltas a la cabeza sobre cómo lo habrá hecho, pero el documento de identidad de Laura tiene que ser falso, porque la fecha de nacimiento es doce años antes que la mía. Y, ¿de dónde ha sacado un teléfono móvil? Si se lo dieron sus padres, ¿por qué no lo ha utilizado ya para pedir ayuda? Aquí no hay mucha cobertura, es cierto. Entonces otra idea se me viene a la cabeza, una locura, pero... todo es una locura, así que, ¡qué más da! Lo he decidido. Tengo un plan.

—Lo siento, papá —susurro—, tengo que dar otro paso hacia la oscuridad antes de ir hacia la luz.

El amanecer está cerca y Laura aún está en la habitación de Oscuro. La última vez que los espíe, dormían, y sentí tal rabia que he pasado las últimas horas rumiando y preparando mi plan. En silencio, para no despertarlos. Tengo que decir que los demás se han mostrado muy colaboradores. Ni un grito, ni un lloro. Todos calladitos. Pero mi golpe de efecto funcionará si con el último se despiertan. Un sobresalto, medio dormidos, hará que mi obra tenga el efecto que quiero. Tengo a Dani frente a mí. Me mira con horror. Entiendo que mi aspecto debe resultar terrorífico, sobre todo con la leve claridad de un sol aún dormido, que solo alcanza para distinguir la silueta, las manchas, y el reflejo metálico de mi navaja. Reconozco que he dejado salir toda mi rabia, pero si quiero salir de esta casa, no puedo parar ahora. Levanto la navaja. Tres, dos, uno... ¡Ya! Bajo la navaja, Dani se gira un poco y la navaja se clava en el colchón, al tiempo que el chico grita con tantas ganas que despierta al bosque entero. El tiempo apremia, así que me muevo frenético para terminar antes de que irruman en la habitación. Dani intenta respirar, agitado, y se deja vencer en la cama. Y entonces la puerta se abre. La cara de Oscuro no tiene precio. Me mira a mí, luego a Dani, y vuelve a mí de nuevo. La expresión de horror es tan graciosa que casi me carcajeo, pero eso haría que el plan se viniera abajo, así que me contengo. Laura está tras él.

—¿Qué has hecho? —dice Oscuro con un hilo de voz. Lo ignoro y me dirijo a Laura.

—Ya solo quedamos tú y yo —le digo.

—¡Qué has hecho! —grita Oscuro, con voz temblorosa, y corre a las otras habitaciones a comprobar lo que teme que he hecho. Yo sigo a lo mío con Laura. Señalo a Dani.

—Esto es lo que yo hago. Así habría matado a Nico. No ahorcándolo. ¡Fuiste tú!

—¡No! —grita, con los ojos fuera de las órbitas—. Si no fuiste tú, tuvo que ser un suicidio. Oscuro está en el umbral de la puerta de nuevo.

—Estáis locos... —susurra. Estáis los dos como una cabra.

Está claro que él tampoco cree que fuera un suicidio y, después de ver mi obra, tiene claro que no fui yo. Parte de mi plan ya está cumplido. Oscuro sabe que Laura es una asesina. Pero tiene que saber más cosas. Y debo darme prisa, porque está amaneciendo y la oscuridad es mi aliada.

—¡Mentirosa! —grito. Saco del bolsillo su DNI y se lo lanzo—. Tu carné dice que tienes 21 años.

Oscuro se agacha y coge el documento. Laura no reacciona. No esperaba verse descubierta.

—¿Cómo es posible? —susurra Oscuro.

—Óscar... Déjame explicártelo —dice ella, temblorosa—. Yo, yo... Verás, mi hipófisis no produce suficiente hormona del crecimiento. —Oscuro la miró como si fuera un monstruo—. Siento haberte mentido, pero eres el único hombre que me ha mirado diferente. ¿Sabes lo difícil que me resulta encontrar novio? ¿Cómo se me queda mirando la gente? Hasta que descubrí que si me vestía como la niña que parecía, pasaba desapercibida. ¡Y qué sorpresa la mía cuando me invitaste a subir a tu coche! Todo habría sido maravilloso si solo hubiésemos estado nosotros dos.

Oscuro la escucha como si la viera por primera vez.

—¿En serio? ¿Te gusta Oscuro? —pregunto, incrédulo—. ¿Y por qué quisiste meterle ratas en la cama?

—¡Mi plan no era que me pillara, imbécil! —grita—. Quería salir de allí antes de que me viera y luego convencerlo de que había sido un plan confabulado entre todos los demás para que os largara.

—¿Querías que nos largara? ¿Por eso mataste a Nico, para asustarlo?

—¡Nico era un metomentodo! Nos espió aquella tarde e iba a contarle a Oscuro que tú y yo estábamos confabulados. Si después de lo de las ratas perdí su confianza, con el chivatazo de Nico, sería imposible recuperarla.

—Y mataste dos pájaros de un tiro. Te cargas al chivato y me echas a mí el marrón.

—Esto no puede estar pasando —dice Oscuro.

—Óscar, todavía podemos ser felices.

Laura le coge las manos entre las suyas y él las retira.

—¿Pero qué dices?

—¡Oh! ¡No te hagas el digno! Que aquí todos tenemos nuestras mierdas. Si yo miro hacia otro lado con que seas un pederasta, qué más te da lo que yo haya hecho. Podemos empezar de cero. Solo nos queda una piedra en el camino —dice, y me mira. Ha llegado el momento. No puedo permitir que los rayos del sol entren por la ventana. Así que grito con todas mis fuerzas lo que hace tanto tiempo que tengo ganas de gritar:

—¡Se acabó! —Laura y Oscuro guardan silencio y al cabo de un par de minutos se escucha una serie de explosiones en el piso de abajo.

Oscuro baja la escalera corriendo, entonces miro a Laura y le despliego mi mejor sonrisa.

—¿Qué has hecho? —me dice con los puños apretados.

—¿Yo? Estoy aquí contigo.

Laura entrecierra los ojos y desciende hasta la cocina, donde se originan el humo y la luz que llenan toda la casa.

En cuanto se pierde por la escalera, entro en la habitación de Oscuro, que es la única vía de escape que me queda por cerrar. Empapo la sábana blanca con la botella de whisky que robé de la cocina y le tiro una cerilla antes de volver a mi habitación y atrancar la puerta por dentro.

—¿Estás listo? —digo. Dani se ha levantado y se ha limpiado la carne picada y la salsa de tomate como ha podido. Aprieta el último nudo de la cuerda improvisada, hecha con jirones de sábana y, una vez atada al gancho que hace la función de percha en la pared, la lanza por la ventana.

—Sí, tu mochila ya está abajo. Vamos —contesta. Bajamos con más prisa que cuidado y, cuando llegamos al suelo, la prendemos de fuego también. Una vez fuera, corremos a través del bosque. Alejados una distancia suficiente, miramos tras los árboles, la tea en la que se ha convertido la casa. Creo ver un par de sombras huyendo de ella, pero no puedo estar seguro, porque solo han sido unos segundos. No sé cuánto tiempo llevamos parapetados tras los árboles, pero el sol ya ha salido. A aquellos a quienes el bosque les daba miedo, ahora sonríen. Cualquiera que nos viera, pensaría que venimos de una carnicería. Nos miramos y chocamos las manos.

—Genial, Rober. Hemos escapado. El plan ha funcionado —dice Dani.

—Sí. Yo la verdad, tenía mis dudas —dice otro.

—A mí me daba mucho miedo —confiesa el tercero—. Casi meto la pata. Los nervios me dan ganas de hacer pis y casi no me aguanto.

Están contentos, y yo también. Nos cambiamos de ropa, cada uno con la muda que llevamos en sendas mochilas, y nos limpiamos la piel con toallitas de bebé, pero el olor a carne picada y salsa de tomate no se me va de la nariz. Los cuatro cruzamos el bosque con ánimo, a pesar de la nieve y los malos recuerdos.

El móvil de Laura tiene cobertura por fin, así que marco el 112 y esperamos. Yo, en silencio. Los demás, comentando con alegría lo más emocionante que les ha pasado en la vida. Cómo bajaron a la cocina en silencio, una vez que Oscuro los vio «muertos». Cómo nos reunimos en plena noche para planear la huida. Cómo prepararon los petardos que Dani escondía en su mochila, y rociaron la cocina con todo el alcohol que encontraron, a excepción de la botella que yo me llevé para asegurar nuestro escape. Cómo se habían impacientado a la espera de que yo gritara «¡Se acabó!», para salir por la ventana y encender la cerilla que detonó los petardos y prendió el fuego. Luego, atrancaron la ventana por fuera. Eso al parecer les costó más, pero lo recuerdan entre risas.

Mientras hablan, yo miro a lo lejos, a la columna de humo que emerge en mitad del bosque. He tenido que retenerme mucho para no hacerle a Laura y Oscuro lo que se supone que le había hecho a los chicos. Si solo hubiera sido rabia, o venganza, probablemente lo hubiese hecho. Pero me preocupa la certeza de que habría disfrutado con ello. Así que me esfuerzo, como entonces, en recordar las palabras de mi padre y eso me da fuerza.

Acaba de llegar el equipo de rescate. Nos cuentan que nuestros padres vienen de camino. Dani y yo contamos la historia de Laura y el corazón me da un vuelco al pensar en los padres de Nico. Nos guardamos para nosotros la pantomima de las disecciones. Es un secreto entre los chicos y yo.

Tengo un nudo en la garganta cuando mis padres llegan y me abrazan. Ya estoy en casa y me siento extraño. Entro en mi habitación y miro mi cama. Veo con alivio mis sábanas de *Phineas* y *Ferb*. Mi padre, con quien no tengo secretos, me arroja y me da un beso, así que le cuento la historia completa, con pelos y señales. Me observa en silencio durante todo el relato. Su rostro está serio. No sé si preocupado o decepcionado. Termino de hablar y la habitación se queda en

silencio. Un silencio insoportable, un silencio que duele.

—Hijo —dice al fin—, estoy muy orgulloso de ti. Hiciste lo necesario para sobrevivir y supiste no sobrepasar los límites. Pero ya no tienes que hacerlo de nuevo. Ni con ratas ni con ningún otro animal. Si sientes el impulso, dímelo. Daremos juntos el paso hacia la luz. Asiento y me cuelgo del cuello de papá. Cierro los ojos y veo de nuevo la sábana blanca de Oscuro con la rata encima, segundos después, es el cuerpo de Oscuro el que está abierto en canal sobre ella. Abro los ojos de golpe.

—Papá. Por favor, te lo ruego. —Papá nota la turbación en mi voz y me tranquiliza—. No puedo ver las sábanas blancas. Tíralas todas.

Una vez mi padre me asegura que lo hará, dejo la luz encendida y duermo.

No más oscuridad.

Liberada

Habitación 11

Apretó el paso. El ambiente frío le cortaba la cara a cada paso que daba, pero llegaba tarde y no le quedaba de otra que correr. Faltaban pocos días para Navidad y las carreteras estaban abarrotadas. Bien porque la gente necesitaba hacer las últimas compras, o bien porque quería impregnarse del ambiente navideño paseando por las calles y los comercios. Las luces lo llenaban todo y hacían las horas de oscuridad menos tristes. Pero eso ahora era lo que menos ocupaba la mente de la doctora Samaniego. Le fastidiaban el tráfico excesivo y la dificultad para aparcar, pues le hacían más difícil cumplir con un horario. ¡Incluso dentro del parking de la propia clínica! Había tenido que dejar el coche en el extremo más lejano y ahora le tocaba correr para llegar puntual a su turno de trabajo.

La doctora Samaniego era una terapeuta reputada en el campo de la psiquiatría y trabajaba en una de las tres mejores clínicas del país. Su éxito radicaba en su tenacidad. Para ella era imprescindible que sus pacientes experimentaran mejoras con su tratamiento y tenía la necesidad de asegurar el éxito; si no, se lo tomaba como un fracaso personal. Era una forma de reafirmarse en su valía académica. Aunque ella sabía que a veces la medicina no es infalible. En ciertos pacientes, a los que su madre llamaba “casos perdidos”, no funcionaba ningún tratamiento. Quizá alguno mostraba ciertas mejorías, pero al paso del tiempo resultaban infructuosos. No obstante, saberlo y aceptarlo eran dos cosas diferentes. Y la doctora Samaniego se negaba a aceptarlo.

Entró en el edificio y se dirigió al despacho de dirección. Allí la esperaba su superior. Había recibido una llamada suya esa tarde y la había citado allí antes de empezar su turno. Acababan de ingresar a una joven a la que habían encontrado vagando por la calle descalza, desnutrida y en estado de shock. No le había dado más detalles que aquel, pero su voz había sonado nerviosa. Llamó a la puerta del despacho, acto seguido escuchó la voz del director dándole paso. Al entrar, un policía tenía vuelto su rostro hacia la puerta. Al verla se levantó.

—Oh, Elisabeth, pasa. —Su jefe le hizo un ademán para que ocupase la silla junto al policía. Este extendió su mano para saludarla.

—Inspector Samuel Morales.

La doctora Samaniego estrechó su mano y se presentó. Mientras tomaba asiento, su jefe la puso al día.

—Se trata de Olivia Valentine.

—¿La joven desaparecida?

Conocía bien ese nombre. Salía en todos los noticieros desde hacía 10 años. Las desapariciones en Malika Zahara no eran tan comunes. A decir verdad, la noticia había trastornado más a la doctora Samaniego de lo que le habría gustado admitir, por el hecho de que en su fuero interno siempre había creído que la joven ya estaba muerta.

—La hemos encontrado descalza, vestida solo con un pijama fino y completamente ida. Según los trabajadores de la cafetería, entró y se sentó frente al árbol de Navidad sin mediar palabra. Intentaron hablar con ella en vano, y una hora después, viendo que no se marchaba, nos llamaron. Hemos tenido que levantarla y hacerla subir al vehículo. Después de hacerle mil

preguntas, ha dicho su nombre. Pero no hemos sido capaces de sacarle nada más. Ni dónde ha estado, ni cómo ha escapado, nada. Se niega a pronunciar palabra. Aún nos cuesta creer que se trate de ella.

La doctora Samaniego se moría de ganas por ir a verla, pero necesitaba más detalles.

—Entonces, ¿no saben nada de su secuestro? ¿En qué lugar ha estado encerrada? ¿Qué condiciones tenía allí?

El inspector negó con la cabeza.

—Sus padres quieren verla. Les hemos dicho que podrán hacerlo en cuanto se le haga la evaluación psicológica. ¿Serán tan amables de llamarme?

Samaniego cogió la tarjeta que le extendía el inspector.

—Por supuesto —dijo Samaniego—. Y le ruego que, cuando sepan algo más sobre las condiciones en las que ha estado en cautiverio, nos las comuniquen. Es esencial que entendamos lo que ha estado pasando la joven para poder ayudarla.

—Cuenten con ello. —Se levantó de la silla—. Muy bien, tengo que marcharme, pero cualquier cosa que necesiten, no tienen más que llamar.

A Samaniego le surgió la necesidad de ir a verla. Debía hacerla hablar de nuevo. Estaba claro que podía hacerlo. No tendría claro, al menos hasta que la examinara, si era por la conmoción o si se trataba de mutismo selectivo. Pero si era la segunda opción, solo necesitaba encontrar la motivación adecuada.

Buscó a la jefa de enfermeras. Estaba organizando las cenas.

—Deme cinco minutos y soy toda suya.

—Está bien. No hay prisa. Si no le importa, quisiera darle yo la cena a Olivia Valentine.

La jefa de enfermeras la miró con curiosidad. Era una mujer mayor. Se notaba que llevaba en aquella clínica casi toda su vida. No le agradaban los doctores que buscaban los casos mediáticos, solo por el hecho de que si los “arreglaban” les supondría prestigio. Pero en aquel caso, suspiró y sonrió. Le dio la comida y le señaló una de las puertas.

—Habitación 11.

Se dio la vuelta y siguió con su trabajo. ¿Quién sabía? De todas maneras, la doctora Samaniego era la mejor.

La doctora Samaniego entró en la habitación con la comida. Se encontró en una habitación totalmente blanca y de paredes acolchadas. Estaba bien iluminada con luz fría, aunque una de las luces del techo parpadeaba. Nada más entrar, lo primero que pensó la doctora era que quizá aquella habitación no era la adecuada para aquella paciente. No se imaginaba lo que podía ser para la mente de una persona que había estado tantos años secuestrada y que había conseguido liberarse, volver a sentirse encerrada sin ningún contacto con el exterior. Lo primero que haría sería arreglar su cambio a una habitación con ventana. Algo que pareciera más una habitación y menos un zulo.

En una esquina estaba Olivia, sentada con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared, en gesto relajado. Tenía la cabeza alzada, con la vista fija en la luz parpadeante. Su rostro se veía sereno. La doctora se sentó frente a ella y destapó la comida. El olor atrajo la atención de la joven.

—Hola, Olivia. Me llamo Eli Samaniego y voy a ser tu doctora. Son las 9 y media de la noche

del lunes 23 de diciembre. Para cenar hay filete de merluza y verduras a la plancha. —Era una metodología que seguía con algunos de sus pacientes. No sabía si durante el cautiverio ella había tenido acceso a un calendario, o siquiera un simple reloj (algo que la ayudara a orientarse), y quería que se pudiera ubicar en el tiempo—. Espero que nos llevemos bien.

Puso el plato frente a ella. Olivia lo miró, su postura se tensó y se abalanzó sobre el pescado y las verduras como si no hubiese comido en días. Probablemente era así. La doctora guardó silencio mientras comía. Cuando acabó, el plato estaba tan limpio que jamás dirías que había llevado comida en él. A Samaniego le dio tanto sentimiento que, aunque no era lo común, le ofreció otro plato.

—La cocinera es muy buena, ¿verdad? —Olivia la miraba con interés—. Si quieres, puedes repetir. —Los ojos de Olivia brillaron, como los de un gato que mira una loncha de jamón York—. ¿Quieres?

Olivia asintió. Al principio, con timidez, luego con vehemencia. Samaniego sonrió y salió a pedir una ración extra. Cuando regresó, Olivia la esperaba sentada frente a la puerta, expectante. Ni saboreó el plato. Lo engulló como el primero. Luego, relajó la postura. Miró entonces a la luz parpadeante del techo, de nuevo.

—Habría que cambiar esa luz, ¿no crees? Me pone un poco nerviosa.

Olivia miró a la doctora y negó con la cabeza. Luego miró a la luz parpadeante y de nuevo clavó sus ojos en la doctora.

—¿Te gusta que parpadee? —Samaniego tomó nota mental. Eso debía significar algo—. ¿No quieres que cambien esa luz?

No hubo más interacción entre ellas; sin embargo, Olivia no apartaba la vista de la doctora. Había conseguido llamar su atención, no sabía cómo. Pero estaba claro que había algo en la doctora que le gustaba; de lo contrario, aquella conexión hubiera sido imposible.

Salió de la habitación con la sensación de haber dado un gran paso y fue a buscar a la enfermera jefe. Debían preparar su cambio de habitación. A Olivia no había que privarla de estímulos, sino estimularla. Esa noche la pasaría allí, pero mañana todo cambiaría.

El secuestro

Me llamo Olivia Valentine. Me lo repito cada día desde que me secuestraron. Debí de ser hace mucho tiempo, porque las caras de mis padres están muy difuminadas en mi recuerdo. Él se llama Óscar, el hombre que me secuestró. ¡Qué tonta fui! Debí cambiarme de acera cuando vi a ese coche circular tan despacio y parar a pocos metros por delante de mí. Debí correr al colegio, en lugar de andar. Mis padres debieron acompañarme. Se pudieron hacer tantas cosas de forma diferente... Se pudieron hacer tantas cosas bien.

Pero Óscar es todo lo que está mal en el mundo. Es oscuridad, es suciedad, es maldad, es hambre, es odio. De las primeras cosas que recuerdo al llegar a su piso, es la oscuridad. El piso tenía grandes ventanales con pórticos de madera que siempre estaban cerrados. Los había sellado para que no pudiera abrirlos. Toda la luz que vi, a partir de entonces, fue artificial. Y únicamente cuando él estaba en casa. Cuando salía, apagaba las luces y yo me quedaba en completa oscuridad. Era en esos momentos cuando me esforzaba por mirar a través de las tablas de madera del pórtico y podía ver ráfagas del mundo exterior. A veces pasaba alguna persona por la calle, o veía a un pájaro cruzar volando. Otras veces me entretenía contando los coches que subían o bajaban.

Intenté escapar de todas las maneras que se me ocurrieron. En una ocasión estuve gritando todo un día, y lo único que conseguí fue quedarme afónica. Recuerdo la sonrisa despiadada en su cara cuando vio que me había quedado sin voz y lloraba desconsolada al ver que él había llegado a casa y nadie había venido a rescatarme. Ese día le hizo gracia y no me castigó.

En otra ocasión, como aún tenía dañadas las cuerdas vocales, en cuanto me quedé sola y mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, busqué algo con lo que hacer ruido. Golpeé las baldosas del suelo, los azulejos de las paredes aledañas a otros apartamentos y estrellé todo lo que encontré a mi paso contra el techo. Todo lo que pude para llamar la atención de cualquier vecino. Pero tampoco funcionó. Tenía el piso insonorizado. Ese día, al llegar y ver el destrozo que había organizado, me dio la paliza más grande que me daría jamás. Fue horrible. Llegó un momento en que creí que iba a morir, pero me curé. Fue lento y doloroso. Me había roto varios huesos y, debo reconocer que me curó muy bien. Creo que ese día algo se rompió dentro de él. Porque, por un lado, intentaba hacerme la vida más liviana en aquel espacio. Me compraba juguetes y me dejaba jugar libremente mientras no me pasara de la raya que él me había trazado. Pero también me pegaba con más facilidad que al principio cuando se alteraba.

La segunda paliza llegó cuando un día lo esperé detrás de la puerta de la calle y, en cuanto la abrió, salí corriendo y chillando por el pasillo. No llegué muy lejos. Después de aquello me quitó los juguetes y volví al ostracismo. Sin juguetes y sin atención, si no era para regañarme o pegarme.

Pero todo esto no impidió que siguiera intentando escaparme. La siguiente vez, procuré que no pudiera perseguirme en mi huida. Así que cogí un cuchillo de la cocina y esperé detrás de la puerta, como la vez anterior. Cuando entró, le clavé el cuchillo en la pierna y eché a correr. Llamé a la primera puerta que encontré, pero no había nadie en casa. Así que, aunque tardó un poco más, al final, me pilló. Esa vez solo me dio un golpe; aun así, casi me mató. Me dio un revés y estrelló mi cabeza contra la pared. Perdí el conocimiento, no sé por cuánto tiempo. En esa ocasión también se produjo un punto de inflexión en nuestro trato. Para empezar, me retiró la palabra. Recuerdo los días siguientes, en que debido al golpe en la cabeza sufría mareos y a veces vomitaba. En una de esas ocasiones lo llamé, pero no respondió. Estaba en su habitación,

pero me ignoró. A los días se le pasó, pero entonces fui yo la que dejó de hablarle y, a partir de entonces, esa fue la norma. También dejó de alimentarme. Desde aquel momento, prácticamente he sobrevivido a base de los restos de lo que él comía y que tenía que rescatar de la basura.

Y esos fueron todos mis intentos por escapar. Al recuperarme del golpe en la cabeza, descubrí que todos los cuchillos, tenedores y utensilios de cocina, los había sustituido por otros de plástico. Se había deshecho también de todos mis juguetes, excepto de las muñecas de tela y unos libros de cuentos para bebés, de tela, también.

Yo seguía mirando por aquellas rendijas de la ventana cada día y me repetía mi nombre. Me llamo Olivia Valentine, y no sé qué edad tengo.

Veía pasar el tiempo por la ventana, pero no sé cuántos años han pasado.

Al salir al exterior, he sentido el viento en la cara por primera vez en mucho tiempo. Me ha sentado tan bien que no me ha importado que estuviera helado. Y no sé muy bien cómo he llegado a este lugar, pero no me disgusta. Ya no hay oscuridad, todo es blanco y bonito. No huele mal, como la casa de Óscar, sino que huele a limpio. Por primera vez en años he comido un plato decente, y no me molesta comer con cubiertos de plástico porque ya estoy acostumbrada a ellos. Hasta la luz parpadeante del techo me gusta. Me trae buenos recuerdos.

Lápices de colores

La mañana siguiente, la doctora Samaniego comprobó que todo estuviese listo para cambiar a Olivia Valentine de habitación. La había monitorizado durante la noche. Había dormido con la luz encendida, lo cual reafirmaba su creencia de que debió estar recluida en algún lugar oscuro. Entró en la habitación que habían preparado para ella. Tenía un gran ventanal que daba a la avenida principal. Se había esforzado por adecuarla para que pareciera el dormitorio de una vivienda común. Tenía ropa de cama de colores, un nórdico y cojines a juego. Había un escritorio con folios y lápices de colores, y algunos libros.

Antes de entrar a ver a su paciente, la enfermera la abordó en el pasillo.

—Doctora Samaniego, los padres de Olivia Valentine están aquí. Quieren hablar contigo.

—Está bien. Los atenderé en mi despacho.

Cuando tuvo delante a los señores Valentine, reconoció los rasgos de Olivia en ambos. Había heredado los ojos vivos y negros de su madre y la boca fina y alargada de su padre.

—Señores Valentine, buenos días.

La pareja entró al despacho y se sentó. Tenían una expresión cansada y ansiosa. La doctora apostaba a que no habían pegado ojo en toda la noche.

—¿Cómo está Olivia? ¿Podemos verla? —El tono de voz de la madre era de urgencia.

—Está tranquila. Ha pasado la noche bien. No ha dicho nada más desde que le dijo su nombre a la policía. Pero hay señales que indican que escucha, entiende y está consciente de lo que ocurre a su alrededor. Ayer se comunicó conmigo con movimientos de cabeza en respuesta a mis preguntas. Pero aún no sé cómo reaccionará en situaciones de carga emocional. Entiendo que tienen muchas ganas de verla y abrazarla, pero necesitamos tiempo. Ahora mismo me dirigía a verla. No se desesperen. Soy optimista. Dentro de poco, la tendrán con ustedes.

La señora Valentine se echó a llorar, desconsolada.

—¿Hay algo que podamos hacer por ella?

La doctora lo pensó un momento.

—Es posible. Hemos preparado una habitación para que se sienta más cómoda. Creo que le vendría bien algo de ropa.

Los ojos de la señora Valentine se abrieron como platos.

—¡Por supuesto! —A la señora Valentine le emocionó la idea. Luego se ruborizó y agachó la cabeza—. ¿Cómo está de grande? Quiero decir... no sabemos qué talla usa.

—Yo diría que la S.

Los ojos del padre se llenaron de lágrimas.

—¿Tan delgada está?

La doctora usó un tono de voz tranquilizador.

—Llegó bastante desnutrida. Pero nada que no se pueda arreglar. Le estamos dando bien de

comer.

La señora Valentine volvió a sollozar.

—Gracias, doctora. Traeremos la ropa enseguida. —El señor Valentine se levantó y ayudó a su esposa a hacer lo mismo. Ya en la puerta, se volvió para preguntar a la doctora algo más—. ¿Qué talla de calzado?

La doctora Samaniego lo consultó con la jefa de enfermeras.

—Un 38.

El señor Valentine asintió y abandonaron la consulta. La doctora Samaniego se dirigió a la habitación 11. Olivia estaba despierta.

—Buenos días, Olivia. ¿Qué tal has dormido? —No hubo respuesta. Olivia se incorporó en la cama y la miró—. Espero que hayas descansado bien. Tengo una sorpresa para ti, ¿me acompañas?

La doctora Samaniego se dirigió a la puerta y esperó a que Olivia se levantara y la siguiera. Avanzó despacio por el pasillo durante unos segundos y abrió la puerta.

—Espero que este lugar te guste más.

La doctora Samaniego entró primero y observó con interés la reacción de la joven. Sus ojos se posaron directamente sobre la ventana. Se acercó a ella y miró al exterior. Vio el bullicio y la vida de la calle durante unos minutos, hasta que la voz de la doctora la sacó de sus pensamientos.

—Olivia. —La joven giró la cabeza—. ¿Te gusta? —Hizo un ademán que abarcó la estancia y entonces Olivia reparó en ella. La cama le gustó. Se acercó y acarició uno de los cojines. Luego, fue hasta la mesa y cogió uno de los colores. Sobre una hoja en blanco, escribió: Me llamo Olivia Valentine.

—Miró a la doctora y esta le sonrió.

—Puedes escribir y dibujar lo que te apetezca.

Olivia se sentó a dibujar. La doctora Samaniego se sentó a su lado. Después de un rato, los trazos empezaron a tener sentido. Era la fachada de un bar que ella conocía. El letrero de la entrada, más bien. Y un árbol de Navidad en la ventana de la fachada. Lo cual le hizo suponer a la doctora que era una imagen reciente. Y el ángulo del dibujo parecía visto desde arriba.

—Olivia, dibujas muy bien. Ese bar, ¿lo veías desde el piso donde estabas? —apretó el agarre del lápiz de color y el trazo se volvió violento—. Tranquila, estás a salvo. Ya no puede hacerte daño.

—No me hará más daño —repitió ella. A la doctora le saltó el corazón cuando oyó su voz, pero reprimió la emoción.

—Eso es.

Olivia volvió a su silencio. La enfermera llegó con el desayuno.

—A ver, vamos a hacer espacio aquí para la comida —dijo la enfermera, apartando los lápices que estaban desparramados por el pupitre.

—Olivia, ¿puedo quedarme este dibujo? —dijo la doctora. Olivia, que ya se había empleado a fondo con la tostada de tomate y la tortilla, la miró y asintió con la cabeza.

—Gracias. Tengo que atender a otros pacientes, pero pasaré a verte dentro de un rato.

Le dedicó una sonrisa y salió por la puerta. Sacó la tarjeta del bolsillo y llamó al inspector Morales. Mientras, observaba atentamente el dibujo que sostenía en la otra mano.

—Inspector, soy la doctora Samaniego. Tengo algo que puede interesarle.

Luces de Navidad

Ha sido curioso volver a escribir. Había borrado esa parte de mi memoria. No había vuelto a ver una hoja de papel ni un lápiz desde hacía mucho tiempo. Casi desde el principio de mi secuestro, cuando pensaba que alguien podría ayudarme a escapar. Recuerdo vagamente escribir una nota de auxilio e intentar sacarla por cualquier rendija de las ventanas. Como no pude, la eché por debajo de la puerta. Y ahí quedó todo. Óscar la encontró, la rompió y se deshizo de todos los papeles y lápices o bolígrafos que había en el piso.

Esto no está mal. No sé quién me trajo a este hospital, pero se lo agradezco. Debí de parecer un esqueleto, al menos así me sentía yo. La comida me está sabiendo a gloria. Lo que no entiendo es que, si saben quién soy, ¿por qué no han venido mis padres a por mí? Quizá dejaron de buscarme hace tiempo. Lo más seguro es que me dieran por muerta. O que ellos estén muertos.

La doctora es muy buena, me ha traído a esta habitación tan bonita. Lo mejor es que no hace falta encender la luz para que haya claridad. Esa enorme ventana es lo que más me gusta de la habitación. Y la doctora tiene razón, ya no puede hacerme daño. He conseguido escapar para siempre. Aún me cuesta asimilarlo. ¿Quién me iba a decir hace unos días que hoy iba a comer frente a un gran ventanal?

Doy gracias a Dios porque aquella idea se me viniera a la cabeza. Estábamos en casa los dos. Él mirando su móvil, como siempre. Era su televisión. La del salón la había roto, en un arrebato, hacía tiempo. Fue otro de los castigos que jamás me levantó, ni siquiera después de estar durante años cumpliendo sus normas a rajatabla. También era cierto que pude hacerlo gracias a los medicamentos que me daba para mantenerme adormilada y aletargada, los cuales empezó a usar para evitar que lo mordiera y me resistiera durante los abusos. El caso es que, como decía, aquel día él veía algo en el teléfono móvil mientras yo miraba lo que podía entre las tablas de la ventana. El bar de enfrente había puesto la decoración navideña y me recordó que estaba terminando el año. Otro año allí metida.

Entonces me sentí tan frustrada y rabiosa como hacía tiempo no me había sentido. Me volvió el espíritu de inconformismo. Yo estaba allí, haciendo todo lo que él quería sin recibir nada a cambio. No era justo. Y a decir verdad, yo no había probado a pedirle nunca nada. Recordé aquella época en que él había intentado hacerme la vida allí más fácil y pensé: “¿por qué no intentarlo?” Me merecía una Navidad al menos. Sin darme cuenta, las palabras salieron de mi boca.

—Este año quiero luces de Navidad.

Fue tan extraño que dejó el teléfono móvil a un lado y me miró sorprendido. No solo por lo inesperado de la petición, sino porque yo llevaba años sin dirigirle la palabra. La frase era sencilla de entender, pero la situación fue tan extraña para él que solo se limitó a preguntar:

—¿Qué? —Esperó unos segundos, pero no lo repetí. Solo miraba a las luces que se filtraban por las rendijas de la ventana—. ¿Y para qué las quieres?

Nada podía ser fácil con él. Buscaría cualquier pretexto para negármelas y en ese momento yo no me sentía capaz de echar un pulso. Pero no pensaba renunciar a ellas. Las quería y las tendría; aun así, él no haría nada si no sacaba un provecho con ello. Entonces se me ocurrió una idea genial. Ofrecerle algo a cambio. No podía ser nada que él pudiera tomar cuando quisiera, debía

ser algo genuino que no pudiera tener si yo realmente no quería. Me giré para mirarlo.

—Cómpramelas y te haré dulces.

Pareció pensarlo un momento. Luego buscó algo en el teléfono, que más tarde supe que se trataba de la receta de unas galletas que le gustaban, y al rato se marchó de casa.

No estaba convencida al cien por cien de que accedería, hasta que después de un buen rato llegó con una bolsa de la compra. Eran los ingredientes de las galletas y un paquete de luces led. Mientras colocaba las luces alrededor de un perchero, me explicó la receta de las galletas que quería.

—Mañana, cuando llegues del trabajo, tendrás las galletas.

—Eso espero —sentenció. Después se centró de nuevo en su teléfono y yo me senté en el suelo, mirando las luces led de colores, mientras pensaba en los ingredientes de las galletas y buscaba la manera de que fuesen especiales.

Sin darme cuenta, mientras recordaba todo esto, he estado dibujando. El dibujo es horrible. Se trata de la sala de estar de Óscar. He dibujado el sofá donde se sienta, el perchero con las luces y la mesa con el plato de galletas. No es una escena que me guste, así que le doy la vuelta al folio y cojo otro.

La doctora Samaniego se fue hace bastante rato, así que tiene que estar a punto de volver. Voy a dibujar algo bonito para ella.

Catarsis

La mañana de la doctora Samaniego estaba siendo agotadora. El doble turno estaba empezando a pesarle, pero no quería irse a casa hasta cerciorarse de los avances con Olivia Valentine. Los padres de Olivia Valentine habían llevado ropa para su hija y habían decidido quedarse en la sala de recepción a la espera de noticias.

Samaniego llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Hola, Olivia. ¿Cómo llevas la mañana?

Olivia apartó la atención del dibujo para mirar a la doctora. Llevaba en las manos una bolsa de papel marrón.

—Esto es para ti. La han traído tus padres.

Los ojos de Olivia se abrieron de par en par y se levantó.

—¿Dónde están?

—Abajo, esperando para verte. Pero, me han pedido que te dé esto.

Extendió la mano, ofreciéndole la bolsa, y Olivia la cogió. Entró en el baño y sacó la ropa. Los calcetines eran mullidos y calentitos. Olivia se miró al espejo y una leve sonrisa asomó a sus labios. Salió del aseo, mirándose a los pies enfundados en unas cómodas zapatillas de deporte.

—Te queda bien —mintió la doctora. A pesar de ser la talla más pequeña, la ropa le quedaba holgada—. Estás guapa.

—¿Puedo ver a mis padres?

—En un rato. —La doctora Samaniego se sentó al pupitre y la invitó a hacer lo mismo—. Es bueno que hables, Olivia. Nos ayuda a decidir si estás lista para irte con ellos.

Olivia asintió.

—¿Qué has estado haciendo?

Olivia le enseñó los dibujos. La doctora Samaniego dio la vuelta al folio que estaba en el extremo de la mesa. Entonces vio la representación de una escena muy concreta.

—¿Aquí es dónde vivías? —Olivia asintió—. Y estas luces, y el plato de galletas... Esta escena, ¿es de hace poco?

—Anteayer.

—¿Cómo saliste de allí, Olivia?

—Le pedí las luces a cambio de las galletas. —La doctora Samaniego intentó darle sentido a aquella respuesta—. ¿Mis padres están aquí?

—Sí. Están aquí. Están deseosos de verte.

—Me... —Olivia tragó saliva y desvió la vista a la ventana—. ¿Me buscaron?

—Sí. Nunca han dejado de buscarte. Salían en cada noticiero. Colgaron carteles. Hicieron manifestaciones. Cada año.

—¿Qué año es?

—2024.

Olivia guardó silencio un buen rato durante el cual estuvo haciendo cuentas.

—Nací el 10 de marzo de 2005. Tengo 19 años.

La doctora asintió.

—Olivia. No puedo imaginar lo que has tenido que vivir. ¿Por qué no me lo cuentas?

Olivia señaló el dibujo que la doctora tenía en la mano.

—Eso es lo que viví. —Cogió el último dibujo que había hecho y se lo enseñó—. Y esto es lo que quería.

La imagen era muy diferente. Había tres figuras dibujadas. Dos debían ser sus padres, y otra más pequeña, ella. Los rostros tenían dibujadas grandes sonrisas y había un árbol de Navidad enorme tras ellos.

La doctora Samaniego dejó el dibujo sobre la mesa y la miró a los ojos.

—Olivia. Ese hombre tiene que pagar por lo que te ha hecho.

—Óscar.

—¿Ese es su nombre? —Olivia asintió—. ¿Crees que podrás hablar con la policía para que puedan arrestarlo?

Olivia negó con la cabeza.

A salvo

Preferiría no hablar con ellos. La policía no hizo su trabajo al encontrarme, pero sí lo hará para arrestarme. Porque eso es lo que harán, lo sé. Y yo quiero irme a casa con mis padres y tener una vida normal, como toda esa gente que está ahí fuera. Estoy de nuevo en la ventana, mirando las luces y la vida que hay en la calle, y de repente tengo ganas de echar a correr. Me miro las zapatillas de deporte que me han traído mis padres. Creo que podría. Pero me siento tan débil que estoy segura de que no iría muy lejos.

Lo que tuve que hacer para ser libre requirió mucho de mí. Para empezar, tuve que hacer acopio de una valentía que no creía tener. Luego, hizo falta ingenio para engañar a Óscar, porque para que el plan funcionara, necesitaba su colaboración. Y hacerle colaborar era lo más difícil. Luego, tenía que encontrar el punto justo para que el sabor no me delatara. Porque el plan era adormilarlo lo suficiente como para poder escapar.

Él pensaba que yo no sabía dónde estaban los calmantes que me daba para volverme dócil, pero yo pasaba demasiadas horas sola en casa. Estuve buscando varios días hasta que las encontré. Quise tirarlas, en un primer momento, pero cambié de opinión. Aquellas pastillas me hacían la vida más llevadera allí.

El caso es que, desde entonces, supe dónde las guardaba. Y estuve toda la noche despierta, observando las luces de Navidad y maquinando la forma de añadirlas a sus esperadas galletas sin que él se diera cuenta.

Seguí la receta al pie de la letra hasta que llegué a la preparación del recubierto especial de melaza infundada en especias. Eso camuflaría el sabor de las pastillas. Allí no las notaría. Trituré todas las que encontré y las añadí. Decoré las galletas, preparé el plato y lo dejé en la mesa de la sala de estar. En la misma esquina en que lo he dibujado hace un rato. Estaba ansiosa por que llegara a casa y las probara. Sin nada más que hacer, me senté a esperar.

Requirió la paciencia y el coraje necesarios para coger aquellas pastillas y usarlas, aun sabiendo que si no salía bien, no tendría más oportunidades jamás, ni privilegios. Aquellas luces saldrían de la casa junto a todas mis esperanzas.

Pero Óscar llegó a casa, deseoso de comerse aquellas galletas. Las devoró sin contemplaciones. Hasta llegó a decir que las caseras eran mucho mejores. Era el único halago que me hizo nunca. Y el último. Los calmantes hicieron su efecto bastante deprisa. Se quedó dormido en el sofá. Lo llamé, para asegurarme, pero no contestó. Hice ruido, pero no se despertó. Por último, lo zarandeé. Era mi momento. Si me marchaba ahora, no me cogería.

Entonces me entró un tremendo miedo a fracasar. A que se despertase al oír la puerta y me alcanzase. El terror me inundó y no pude irme. No, sin asegurarme de que no me perseguiría. Mis ojos se clavaron en la tira de luces led. Recuerdo que cuando era pequeña decían que se necesitaba sangre fría para matar a alguien. Yo había hecho aquellas galletas y llevado el plan de escape con sangre fría; sin embargo, para hacer lo que hice después, necesité toda la sangre caliente que tenía dentro. Necesité que mi sangre hirviera de rabia para poder cruzar esa línea tan fuerte de la conciencia.

Agarré temblorosa las luces, aún encendidas, y pensé en todas las palizas y abusos a los que me había sometido. Mientras los repasaba uno a uno, apreté más el cable alrededor de su cuello. No

sé cuánto tiempo estuve así. No se resistió. Y yo no abrí los ojos en todo aquel trance. Solo solté las luces cuando me dolieron las manos. Al liarme el cable en ellas para evitar que se me escaparan, se volvieron un torniquete que me cortó la sangre. Tenía las manos moradas, como el rostro de Óscar. Me deslié las manos del cable con prisa. Quería alejarme de allí lo antes posible. Ni siquiera cogí un abrigo, o me puse unos zapatos. Abrí la puerta de la calle y salí. No recuerdo nada más.

No van a dejarlo correr. Sé que encontrarán a Óscar y me acusarán de asesinato. Volveré a estar encerrada. Aunque esta vez será por algo que yo he hecho. ¡Qué efímera es la libertad!

—Olivia. —La doctora Samaniego llamó su atención. Dejó la ventana y volvió con ella—. ¿Hablarás con la policía?

—Quiero ver a mis padres.

La doctora abrió la puerta y llamó a la enfermera.

—Acompañe a los señores Valentine aquí. Olivia quiere verlos.

La enfermera se marchó y la doctora Samaniego le dedicó una sonrisa y esperó con paciencia, pero demandaba una respuesta a su pregunta con la mirada.

—No hace falta. No le hará daño a nadie más.

La doctora Samaniego frunció el ceño.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque se comió las galletas.

La doctora abrió la boca para responder, pero en ese momento dos personas aparecieron en el umbral de la puerta y tocaron con los nudillos para llamar su atención. Sus caras estaban muy cambiadas, más mayores, pero a Olivia les resultaban tiernamente familiares. Su madre la miró con los ojos inundados de lágrimas y su padre con una mezcla de dolor, alegría y súplica.

—Olivia, hija —dijo. Y se abrazaron. Olivia aspiró su olor, que había olvidado y que ahora le resultaba tan familiar, y se sintió en casa por primera vez en mucho, mucho tiempo. Por fin se sentía a salvo.

Carajillo de coñac

Cuando llevas toda tu vida trabajando en un bar, como Marcela, acabas desarrollando un don, un sexto sentido que te hace conocer a las personas. Sabes si están tristes o contentas, si fingen o si son sinceras y, a veces, hasta si guardan un oscuro secreto. Especialmente con los clientes habituales, con los que, más que la intuición, juega un papel clave la experiencia y el conocimiento de su idiosincrasia.

Aquel invierno estaba siendo frío. En pleno enero el tiempo era especialmente crudo. El sol se escondía tras las nubes como un topo en su madriguera durante días enteros. El viento helado campaba a sus anchas por las calles abiertas, colándose por las capas de ropa y metiéndose en los huesos. Desde su cama miró a la ventana. Negrura. No había amanecido y las temperaturas estaban en la mínima del día. El calor de las sábanas retuvo a Marcela como si la hubieran amarrado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para tirarse de la cama e ir al baño. Lo primero que hizo fue encender la pequeña estufa. Después se puso la bata y preparó su ropa. Una ducha caliente la activó.

Carlos hacía rato que estaba en el bar. Siempre bajaba el primero para esperar al panadero, así que se alegró de que cuando ella llegara no tendría que subir la persiana helada. Al salir a la calle, se arrebujó en el anorak y escondió la nariz bajo la bufanda. Las puntas de las orejas, que asomaban, se le pusieron rojas. La calle estaba desierta, inquietantemente vacía, y no era lo habitual. A aquellas horas siempre se cruzaba con el servicio de limpieza de calles, en su máquina enorme y ruidosa. A menudo el electricista cargaba su furgón y le daba los buenos días, y un par de vecinos sacaban a sus mascotas antes de irse a trabajar. Pero aquella mañana no había ni un alma. Era tan raro que se llegó a preguntar si era festivo y a ella se le había olvidado. Hizo memoria y no, no era festivo. Un mal presentimiento le recorrió la espalda, así que, impulsada por el miedo y el frío, apretó el paso.

Al doblar la esquina, vio el haz de luz que aparecía por debajo de la persiana a medio abrir del bar. No pudo evitar soltar un suspiro de alivio, ni sentirse tonta por ello. No tenía motivos para aquel sentimiento de angustia.

Se agachó para pasar por debajo y accedió al local lanzando un saludo al aire.

—Carlos, ya estoy aquí.

Pero no obtuvo respuesta. Se remangó y empezó la tarea bajando las sillas, que el último turno, después de fregar el suelo, habían dejado sobre las mesas. Al llegar a una de las más cercanas a la barra, escuchó el agua correr. No le había prestado atención hasta que, momentos más tarde, reparó en que había algo raro en aquel sonido. Era normal que Carlos tuviera el grifo abierto; lo raro era que solo se escuchara el agua caer. No lo acompañaba el ruido de platos, ni se escuchaba más movimiento en la cocina.

—¿Carlos?

Dejó la silla en el suelo con cuidado y entró a la cocina. En efecto, el grifo estaba abierto, pero allí no había nadie. Lo cerró y echó un vistazo alrededor.

—¡Carlos! —llamó, intentando no sonar alarmada. Se dirigió al almacén y, en el momento en que iba a entrar, Carlos salió de allí con una caja de azucarillos en las manos. Marcela no pudo evitar soltar un grito. Carlos también se asustó. Se quitó los auriculares, molesto.

—¡Por Dios, Marcela! ¡Qué susto! No te he oído entrar.

—¡Susto el que me he llevado yo! —le recriminó Marcela, dándole un pequeño empujón en el brazo. Luego se llevó la mano al pecho para intentar aplacar los latidos descontrolados—. Te llamo y no contestas, dejas el grifo abierto y sales del almacén sin hacer ruido, como un fantasma.

—Pero mujer, tampoco es para ponerse así —replicó Carlos, ahora más sorprendido que molesto.

—Creí que te había pasado algo.

—¿Y qué me va a pasar, mujer? —se rio, quitándole importancia—. Si vivimos en el barrio más aburrido del mundo. Aquí nunca pasa nada.

—Hasta que pase —sentenció Marcela. Había vuelto al salón a seguir con las sillas—. Estás aquí solo con la persiana a medio abrir, podría haber entrado cualquier ladrón.

—¿A por azucarillos? —se burló Carlos—. A estas horas no, mujer. Si viene un ladrón será cuando hayamos hecho caja.

—Tú bromea, que, como pase, te lo pienso recordar hasta que me quede sin lengua.

Carlos paró de trastear la máquina de café y miró a su esposa con el ceño fruncido.

—Marcela, ¿estás bien? Te noto alterada.

Marcela dejó la última silla en el suelo y se echó la mano al pecho. El corazón le seguía latiendo con fuerza. Miró a su marido y se acercó a él despacio, mientras sopesaba sus palabras.

—No lo sé —concluyó—. Tengo un mal presentimiento.

Carlos abrazó a su esposa.

—No te preocupes, cariño. Todo está bien. Ya verás que cuando empiecen a entrar los clientes y el trabajo ocupe tu mente, te sentirás mejor.

Marcela sonrió.

—Sí, tienes razón.

Se dieron un beso y siguieron con las labores. La hora de apertura se acercaba.

El primer cliente entró en el bar cuando Marcela daba el último sorbo a su café. El más fiel de todos. Un señor mayor, de 85 años, que acudía al bar cada mañana desde que se jubiló. Era viudo y sus hijos vivían en el pueblo. A pesar de la edad avanzada, Salvador tenía una salud de hierro, un carácter bondadoso y entrañable y una vitalidad inusitada. Cada mañana, leía el periódico mientras tomaba un café y una tostada. Luego iba a casa de su hijo, que entraba a trabajar temprano, y Salvador levantaba a sus nietos, los alistaba y los llevaba al colegio.

—Buenos días, Salvador. ¿Lo de siempre?

—Buenos días, Marcela. Ponme el café, pero hoy me apetece más un cruasán a la plancha.

—¡Marchando!

Carlos salió a saludar al cliente y conversó con él de las últimas noticias. Marcela sonreía al ver la situación. A ambos les caía bien Salvador. Carlos le había dicho muchas veces a su esposa que aquel hombre era la clase de abuelo que todo el mundo querría tener, y ella estaba de acuerdo.

Poco a poco se fue llenando el bar y el humor de Marcela cambió. Después de un par de horas, se encontró mucho mejor, al punto de olvidarlo por completo. Aun así, Carlos la observaba con frecuencia para comprobar si todo iba bien; lo había dejado preocupado. En uno de esos vistazos de comprobación, vio la cara de su esposa palidecer y demudar en un rictus de espanto mientras miraba hacia la entrada del bar. Carlos hizo lo propio y entonces lo entendió. No se había cerrado aún la puerta del bar y una mujer rolliza, enfundada en un peludo abrigo,

dejaba una estela de aire helado tras ella. Se trataba de Dolores, una antigua cliente que hacía tiempo que no pasaba por allí. Era vulgar y retorcida, y había causado en Marcela una extraña influencia hacía tiempo. Se había ganado su confianza y se había inmiscuido en sus asuntos con una falsa fachada de altruismo hasta hacerse imprescindible. Luego empezó la manipulación. Marcela era tan poco consciente de lo que ocurría como incapaz de ponerle fin, y mientras, Carlos la veía apagarse por momentos. Tuvo que intervenir él, y solo después de cortar aquella retorcida relación, fue que Marcela tomó consciencia de lo que había pasado. Pero Marcela aún era vulnerable, tanto que se sentía incapaz de echar a aquella mujer de su propio bar.

Carlos se adelantó y se acercó a su mesa.

—Buenos días, Dolores. ¿Puedo ayudarla en algo?

La mujer parecía ausente. No miraba a Carlos, sino a la barra, donde Marcela atendía a otro cliente que acababa de entrar. Cuando la mujer reparó en él, estaba aterida por el frío de la calle. Se quitó el abrigo y los guantes y le pidió el desayuno como si tal cosa. Marcela atendía a Avelino, otro cliente habitual, de forma distraída.

—Carajillo de Baileys, ¿verdad, Avelino?

—No. Hoy me apetece acompañar el café con algo más fuerte —dijo el jubilado.

—¡Pero bueno, Avelino! —dijo Juanito, su amigo, que a Marcela le recordaba un poco a Lucky Luke por lo alto, delgado y desgarrado—. Esto sí que es una novedad. Eres de costumbres fijas. Es que este frío requiere algo más fuerte; si no, no entras en calor.

Marcela había empezado a preparar el café y vio cómo Carlos se apartaba de la mesa de Dolores y se acercaba a tomar el pedido de otra mesa. Se preguntó por qué no la había echado de allí. Miró a Dolores por encima del hombro de Avelino cuando le sirvió el café. Estaba observándola. Esta vez el escalofrío no se limitó a su espalda, le recorrió todas las extremidades.

—Déjalo, hombre —decía otro cliente—, que a su edad es mejor que se caliente bien, no vaya a ser que la espiche.

Acompañó el comentario con una sonora carcajada. Cuando Carlos se acercó a la barra, Marcela le hizo una señal para que se reuniera con ella en la cocina.

—¿Por qué sigue ahí sentada? —susurró enfadada.

—Tranquilízate, Marcela. Va a desayunar. Me ha prometido no dirigirte la palabra, y la voy a atender yo. ¿De acuerdo?

—Pero es que no entiendo por qué no la has echado.

—Es que me ha dicho que...

—¡Carlitos! —llamó Lucky Luke a voz en cuello. Carlos puso cara de fastidio, le hizo un gesto a Marcela disculpándose y volvió al salón. Marcela salió detrás.

—Ponme otro carajillo de esos —Juanito señaló al vaso que degustaba Avelino—. ¡Que estamos de celebración!

—¿Ah, sí? —preguntó Carlos, divertido, mientras le servía—. ¿Seguís celebrando? Si acaban de pasar las fiestas, como aquel que dice.

—Pues por eso. Hemos empezado un nuevo año —dijo Juanito—. Eso, a nuestra edad, es un buen motivo de celebración.

Marcela iba y venía por el bar, haciendo tostadas, sirviendo cafés... pero sabía que Dolores la estaba observando. A veces disimulaba, mientras atendía a las mesas, Dolores miraba hacia la barra, como si mirar hacia otro rincón del bar le resultara incómodo. Pero cada vez que Marcela se encontraba tras la barra, fijaba su vista en ella. El dúo de jubilados iba por el tercer carajillo. Habían estado riendo, criticando a sus vecinos y comentando las noticias.

—En Japón sí que están mal los jubilados, que hasta roban y todo para que los metan en la

cárcel porque no tienen cómo mantenerse.

—¿Ves, Juanito? Otro motivo para celebrar —dijo Avelino, divertido. Dolores hizo una seña a Carlos y este se acercó a su mesa. Marcela vio con disgusto que volvía a tomarle nota. Los cristales de las ventanas estaban empañados y cada vez que alguien salía o entraba, el viento frío se colaba en el acogedor salón.

—Eso aquí en España es impensable. No creo que nadie quiera meterse en una cárcel.

Aunque yo no he visto ninguna, pero supongo que no son hoteles de cinco estrellas. Tú has sido Guardia Civil y habrás visto unas cuantas. ¿Están bien?

Marcela limpiaba una mesa que se había quedado libre y cazó a Carlos al vuelo cuando pasaba por su lado. Le habló en susurros.

—¿Por qué no se va?

—Ha pedido otro café.

—¡Carlos! —le suplicó.

—Pues si las comparas con Guantánamo, no están mal. Pero, hombre, Juanito, como tu casa no es, ya te lo digo yo.

—Marcela, tranquilízate, que no muerde.

—Me gustaría saber qué te ha dicho para convencerte de que no la echas.

—Que viene para hacer algo bueno. Que si al final de la mañana no es así, no viene más. — Carlos se dirigió a la barra y preparó el café. Marcela siguió limpiando mesas, preguntándose qué se escondería detrás de aquellas palabras.

—Ya —dijo Juanito—. Y tú, ¿lo harías?

—¿El qué?

—Cometer un delito para ir a la cárcel.

Avelino soltó una carcajada. Marcela se fijó en que tenía la nariz y las orejas rojas. No debían servirles más alcohol.

—Ay, Juanito, Juanito... Si yo cometiera un delito, que me metieran en la cárcel, no estaría en mis planes.

El salón se fue quedando vacío y, salvo dos mesas de clientes casuales, los únicos que quedaban eran los habituales de la barra y Dolores. La falta de trabajo hizo que el malestar de Marcela volviera. El corazón volvió a bombear descontrolado por culpa de ese presentimiento de que la catástrofe estaba a punto de desatarse. Se escondió tras la barra y se preparó una tila doble. Luego se armó de valor y se sentó frente a Dolores. La mujer la miró un segundo y removió su café, mientras volvía a mirar hacia la barra.

—Seguro que en la cárcel no podrías hacer muchos viajes con el IMSERSO —dijo Dolores, participando por primera vez de la conversación. Juanito se volvió a mirarla y rio divertido.

—¡Es verdad! Te ibas esta tarde de viaje, ¿no? —echó una mano por encima del hombro de Avelino y lo palmeó.

—A Alicante —confirmó—. Pero usted no debería ser tan chismosa, Dolores. Se pasa mucho tiempo en el patio, olisqueando en la vida de los demás.

—¡Qué va, Avelino! Si hace mucho frío para estar en el patio. Es que me lo dijo la Amparo, que la vi ayer en la carnicería y estaba loca de contenta con el viaje.

Marcela le dio un sorbo a la infusión. No entendía el comportamiento de Dolores. La había estado observando y, ahora que la tenía delante, la ignoraba.

—Dolores. ¿A qué ha venido, después de tanto tiempo?

Dolores la miró a los ojos.

—A desayunar.

—Ha desayunado tres veces. Y de normal usted no desayuna ni una, que se le olvida que la conozco bien.

—Siempre hay una razón para cambiar los hábitos. ¿Verdad, Avelino?

Por primera vez desde que se sentó en aquel taburete, Avelino cambió de postura y se volvió para clavar sus redondos y vivos ojillos en Dolores.

—¿A qué te refieres?

—A que la rutina cansa. —Se encogió de hombros—. Cuando siempre se toma Baileys, llega un momento donde uno se dice: ¿y por qué no otra cosa? Para variar. O hacer un viaje a Alicante.

Avelino tardó unos segundos en reaccionar. Marcela vio claro que el coñac se le había subido demasiado. La manía que tenía Carlos de dejar la botella en la barra al gusto del consumidor debía cambiar. Finalmente, Avelino sonrió y se volvió de nuevo. La espina dorsal de Marcela reaccionó a aquella sonrisa. Miró a Dolores, que tenía los ojos clavados en el cogote de Avelino, y se cuestionó sus temores. No estaba interesada en ella, sino en Avelino. Marcela cogió su vaso de tila y se unió a su marido tras la barra.

No sabía por qué, pero Dolores quería algo de Avelino, y lo único que ella podía hacer era advertirlo. Se sintió ridícula de repente. ¿De qué podía advertirle ella? Había sido Guardia Civil, ese hombre sabía defenderse. Casi le daba pena Dolores, si pretendía intentar algo contra él. Si no recordaba mal, sus nietos, que habían ido a la escuela con Marcela, le habían contado que era muy estricto y que dirigía su casa con mano de hierro. Marcela sonrió y sacudió la cabeza. Estaba desvariando, así que se remangó y lavó los platos. Desde la cocina, oyó la conversación.

—¡Carlitos, llena! —escuchó a Juanito gritar.

—No, por Dios, Carlos. Córtales el grifo —susurró Marcela para sí, como una plegaria que su marido pudiera oír telepáticamente. Pero Carlitos les sirvió.

—Y, ¿cómo sigue la Amparo del resfriado? Ayer tosía mucho. No sé yo si lo mejor es que guarde cama, en lugar de irse de viaje.

Avelino soltó una carcajada. Seguía riendo cuando volvió a hablar y las palabras se mezclaban con la risa.

—Tienes toda la razón. Se va a quedar todo el fin de semana guardando cama. No está en condiciones de hacer ningún viaje.

Pronunció la palabra condiciones con un énfasis que a Marcela le resultó peculiar. Cerró el grifo, se secó las manos y salió a la barra. El resto de las mesas se habían quedado vacías. Los cristales de las ventanas se estaban desempañando y los chorreones de agua condensada caían por ellos. Dolores tenía una expresión extraña, intensa, mientras miraba a Avelino, que seguía de espaldas a ella.

Avelino intentaba contener la risa mientras bebía de su café.

—Vaya, ¡cuánto lo siento, Avelino! —dijo Marcela—. Pero, ¿no estará preocupada? Mira que lleva usted aquí más tiempo del normal.

—No te preocupes, niña, que no está preocupada. Te lo aseguro.

—Me quedo yo más tranquila si la llama, que luego, cuando me la cruzo, me regaña —dijo Marcela. No era dada a insistir, pero por alguna extraña razón necesitaba saber que Amparo estaba tan bien como Avelino pretendía. Sabía que no era un hombre cariñoso y no le extrañaría que la dejara pasar una gripe en cama sin atenderla—. Aunque sea, pregúntele si le preparo una sopita de pollo. Que la que yo hago, resucita a un muerto.

La carcajada de Avelino hizo que el café le saliera espurreado por la nariz y por la boca.

—Entonces no, por si acaso —gritó entre carcajadas.

—¡Avelino! Un respeto, que estás hablando de la madre de tus hijos —dijo Dolores. Marcela la observó. El cuerpo entero le temblaba, parecía de rabia o de impotencia.

—Métete en tus asuntos, vieja chismosa —dijo Avelino, arrastrando las palabras. Juanito, que tenía en gran estima a Amparo, agachó la cabeza, avergonzado de su amigo. Todos guardaron silencio a la vez. Marcela miró a Carlos y le pidió ayuda con la mirada. Carlos dejó lo que estaba haciendo y se coló en la barra para retirar la botella de coñac.

—Deja eso ahí, chaval —dijo Avelino—. Todavía no he terminado.

—A mí me parece que sí —dijo Carlos, pero Avelino tenía firmemente asida la botella y Carlos no fue capaz de arrebatarla. Mientras ellos se la disputaban, Marcela se sentó junto a Dolores y le preguntó en tono confidencial.

—Dolores, ¿qué está pasando aquí?

Dolores agachó la cabeza y contestó en el mismo tono.

—Estoy preocupada por Amparo.

—Si este troglodita no cuida de ella, nosotras lo haremos. La voy a llamar.

Marcela hizo ademán de levantarse, pero las palabras de Dolores la frenaron.

—No creo que coja el teléfono.

—Tonterías. Siempre que ve el teléfono del bar, lo coge, porque sabe que es Avelino. Lo cogerá.

—No, niña. No lo hará.

Algo en la seguridad de Dolores provocó que el mal presentimiento le recorriera la espalda de nuevo. Se alejó todo lo posible del salón y de la barra, se metió en el almacén y marcó el número de Amparo.

Los tonos de la llamada retumbaban en sus oídos tanto como sus propios latidos. El frío del almacén se le metió en los huesos, y un frío gélido la recorrió de arriba a abajo cuando terminó la llamada sin respuesta. Entonces marcó otro número y sintió un gran alivio cuando oyó que al otro lado descolgaban.

Cuando Marcela volvió a la barra, el ambiente estaba enrarecido. Juanito apuró su vaso y anunció que se iba.

—¡Quédate, hombre! —le insistía Avelino mientras le echaba dos dedos de coñac más en el vaso.

—Que no, Avelino, que como llegue borracho a la casa antes del almuerzo, la parienta me capa.

—Eso es porque eres un calzonazos y no le has enseñado quién manda en la casa —dijo Avelino, a quien la voz ya le sonaba pastosa.

Marcela miró a Carlos, se le notaba incómodo y mucho más alerta que hacía un rato. Aunque intuía que la preocupación de su esposo se limitaba al problema que podía generar la borrachera, mientras que la de ella se centraba en asuntos más graves.

—Lo que tú digas —dijo Juanito, sacando la cartera para pagar. Dolores seguía a la espalda de Avelino, con sus ojos clavados en él. Ya no temblaba, como si de repente supiera que todo estaba a punto de arreglarse. La puerta se abrió y dos hombres entraron. Uno se sentó en la barra, el otro, en la mesa de al lado de Dolores. Juanito aprovechó la rendija de la puerta, que estaba a punto de cerrarse, para escabullirse al desapacible exterior.

—Café —dijo el de la barra. El de la mesa no habló, pero hizo una seña para indicar que él quería otro. Avelino se giró un momento para mirar al nuevo cliente.

—Vaya... si está aquí la autoridad —se mofó.

—¿No has bebido suficiente? —dijo, cogiendo la botella. Avelino se aferró a ella.

—Eso es cosa mía —dijo. Pero el joven era mucho más fuerte que él y se la arrebató sin dificultad. Eso sí, el jubilado perdió el equilibrio y el joven tuvo que agarrarlo para que no cayera de la silla. Le extendió la botella a Carlos, que la sacó de su vista.

—Carlitos, llévate ese coñac barato y tráete algo bueno, que todavía tenemos que brindar.

—No son horas de brindar —dijo el joven, que había cogido la cartera de Avelino y estaba pagando la cuenta.

—¡Eh! Respeta a tus mayores —dijo Avelino, rojo de rabia y de alcohol.

—El respeto se gana, no se exige —intervino Dolores.

Avelino se volvió y la miró con los ojos inyectados en sangre.

—¡Y tú, cállate, bruja!

—¿Dónde está Amparo? —preguntó la mujer abiertamente.

—Guardando cama —cuando no gritaba, las palabras salían tan pastosas que era difícil entenderlas.

—¿La abuela está enferma? ¿Desde cuándo? —dijo el joven. Dolores siguió hablando y Avelino ignoró la pregunta de su nieto.

—La Amparo se levanta a la hora de las gallinas, hasta cuando está enferma. Todas las mañanas viene a mi casa a por el pan del pueblo que trae el panadero de mi hermano, y que este me trae a mí. Y hoy no ha venido. Cuando he llamado a la casa, no ha contestado nadie. ¿No será que por fin te ha dejado y se ha ido a vivir con tu hija?

—Eso le habría gustado, sí —replicó—. Que se vaya ahora, si puede.

—Buena idea —dijo Dolores, que había perdido la compostura y ahora estaba de pie y parecía querer abalanzarse sobre el viejo—. Aquí tengo la llave que me dejó para emergencias. ¿Y si voy ahora y la ayudo a hacer las maletas?

—¡Que no te metas, bruja! —Si el joven no lo hubiera detenido, Avelino le habría dado un puñetazo a Dolores. Después de reducirlo, le hizo una señal a su compañero. Este cogió la llave que Dolores le tendía y salió del bar.

—Vieja, chismosa —renegaba Avelino mientras se acomodaba en una silla—. Siempre espiando entre las plantas, mientras tendía la ropa. Si hubiera tenido un hombre que la metiera en cintura...

—Deja a Dolores en paz —le dijo el joven. Marcela y Carlos veían la escena con estupor. Carlos, que aún no sabía lo que estaba pasando, miraba a Marcela, interrogante.

—Los he llamado yo —le susurró.

—Has hecho bien —le dijo. Pasaron varios minutos que se les hicieron eternos, hasta que entró una llamada en el teléfono del joven policía.

—Dime. —Lo que escuchó fue devastador. El rostro se le desencajó y los ojos se le llenaron de lágrimas. Miró a Avelino y este lo supo—. ¿Qué has hecho?

—Te dije que estaba guardando cama, pero no que se pudiera volver a levantar —dijo, encogiéndose de hombros.

—Eres una deshonra como hombre y como abuelo.

»Avelino Martínez González, queda detenido por el asesinato de Amparo Burruezo Colmenares.

El joven lo sacó del bar mientras le decía sus derechos y un halo frío llenó el ambiente enrarecido del bar.

—Tú sabías que la había matado —dijo Marcela a Dolores.

—Saberlo era una cosa, pero demostrarlo era otra. Si no se hubiera emborrachado, quizá se

hubiese deshecho del cuerpo y no se le hubiera podido inculpar nunca.

—Pues es posible, pero yo no pienso volver a tomarme un carajillo de coñac —dijo Carlos con la botella en la mano.

La cabaña de la alameda

Capítulo 1

El SEAT Altea circulaba demasiado rápido por aquella carretera local que, además, era la primera vez que recorría. Confiado por la línea recta que formaba el camino, y porque era el único vehículo que la transitaba, había cedido ante la prisa por llegar a su destino. La tarde estaba cercana al ocaso y Manuel no quería conducir de noche. Una nube negra se formaba en el horizonte y, a medida que avanzaba, sintió un escalofrío. El paisaje yermo cambió y la carretera se introdujo en una alameda. Miró el GPS, en quince minutos llegaría a su destino.

La nube negra cubría ahora todo el cielo. Las ruedas del Altea elevaron en el aire el montón de hojas muertas que yacían tranquilas a ambos lados del asfalto. Volaron unos segundos en el aire, para luego volver a descansar en el lugar.

—Llamar a Olivia —ordenó al *bluetooth* y un pitido comunicó la llamada.

«El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Por favor, inténtelo más tarde», escuchó decir a la máquina. Odiaba ese sonido, era lo único que escuchaba desde hacía un mes, cuando dejó de contestar a sus llamadas. Prefería los insultos.

Un trueno retumbó en la tierra y la carretera se iluminó como si fuesen las tres de la tarde. Acto seguido cayó una manta de agua.

—¡Mierda! —exclamó asustado y redujo la velocidad al instante. Encendió el limpia parabrisas, que no daba abasto, y miró al cielo, que derramaba sus reservas sin miramientos—. ¿De dónde ha salido eso?

El bosque se volvía más frondoso y tupido a medida que Manuel lo recorría y, llegado un momento, el punto de su destino desapareció del GPS.

—No, venga ya —exclamó y dio un golpe en el volante. Los relámpagos iluminaban la calzada y los truenos hacían estremecer a la tierra. El siguiente relámpago cayó cerca, vio un chispazo a su derecha y un gran álamo cayó a plomo cortándole el paso. Manuel pisó el freno a fondo y el coche quedó a escasos centímetros del árbol caído.

Respiró hondo y apoyó la cabeza sobre el volante. Se tomó un momento para calmarse y luego miró al frente. La lluvia caía, aunque los relámpagos cesaron. Los faros del coche alumbraban la escena. El árbol, tumbado tan tranquilo, parecía burlarse de él. Y no pudo reprimir la risa nerviosa.

—¿Es cosa tuya, Olivia? —gritó—. Es eso, no quieres verme —rio como una hiena sin control. Golpeó el techo del coche y el salpicadero para soltar la frustración.

La lluvia amainó y la nube negra se disipaba cuando le pareció ver una luz en la alameda. Luego vio la figura del hombre que la portaba.

—¡Eh! —Salió del coche y corrió a su encuentro—. ¡Eh, oiga! ¡Disculpe! —El hombre se giró y lo iluminó con la linterna—. Disculpe, ¿puede decirme si La Cabaña Roja de la Alameda está cerca?

El hombre lo miró con una expresión extraña.

—¿Por qué quiere ir allí? —Ante eso, Manuel no supo qué contestar—. ¿Es uno de los inquilinos?

—He oído que la alquilan como casa rural, quizá pase unos días allí, si no está ocupada.

El hombre apagó la linterna y apoyó la espalda en un árbol. Fue entonces cuando Manuel vio el hacha que portaba el lugareño. La clavó en el suelo, miró fijamente a Manuel y cruzó los

brazos. Las nubes se habían despejado lo suficiente para que el sol alumbrara el cielo y la alameda con una luz cálida que volvía todo naranja.

—Ha hecho un viaje muy largo para un «quizá».

—Bueno. El caso es que la tormenta ha derribado un árbol en el camino y no puedo seguir. ¿Podría ayudarme?

El hombre sonrió.

—Claro. —Cogió el hacha del suelo con decisión—. ¿Dónde está ese árbol?

Manuel lo guio hasta la carretera. Había dejado el coche abierto y con las llaves puestas. No podía creer que hubiera sido tan descuidado. Sacó las llaves del contacto y se las guardó. Para cuando cerró el coche, el lugareño había empezado a hacer leña del árbol caído.

Tardó menos de lo que el hombre de ciudad había supuesto. Apiló los tacos de madera en la linde de la carretera y se limpió el sudor de la frente.

—Hecho, amigo —dijo—. Ya tiene vía libre y yo leña para el invierno.

Se dio la vuelta y se marchó por donde había venido.

—¡Eh! —dijo Manuel y el hombre se giró—. ¿No se lleva la leña?

El hombre se pasó el hacha por detrás de la cabeza y la apoyó sobre sus hombros. Le dedicó una sonrisa a Manuel que a este le pareció como una burla, como la mirada de un jugador experto que sabe las cartas que lleva el contrario.

—No se preocupe, seguirá ahí mañana. Hay pocos vecinos y son muy respetuosos con la propiedad ajena. —Manuel debió poner la mayor cara de pánfilo del mundo, porque el hombre se rio. Se dio la vuelta de nuevo.

—¿Y la Cabaña roja?

—Aún quiere ir ahí, eh. Quizá debería hacer caso a las señales que le mandó la tormenta... —Se rascó la frente y pensó unos segundos durante los cuales Manuel intentaba darle sentido a sus palabras—. Siga recto. El siguiente desvío, a la derecha. Deberá pasar el puente de un río y un poco más adelante, se topará con ella.

—Gracias —dijo Manuel.

—¿Por qué esa insistencia por la Cabaña de la Alameda? ¿A qué ha venido?

Manuel recobró el temple, abrió el coche y antes de entrar sació la curiosidad del lugareño.

—A buscar algo que he perdido —dijo, y condujo con decisión el trecho que le quedaba.

Capítulo 2

La noche caía cuando pasó por el puente de piedra que cruzaba el río. El sol, en su último aliento, dirigió un halo lastimero, rojo y brillante, que iluminó el cauce del agua como un hilo de sangre, y el tejado de la cabaña, que apareció a lo lejos, como si las tejas fueran rojas. Quizá lo eran, y por eso se la conocía como la cabaña roja de la alameda. Pero fue fugaz. El sol abandonó la alameda por el horizonte y Manuel contó con los faros de su coche como única iluminación. Los árboles eran tan frondosos que, la luz de la luna, llena en ese momento, no llegaba hasta el suelo.

Aparcó frente a la cabaña. El viento frío se apoderó del lugar en cuanto la noche fue suya, para correr a sus anchas. Las nubes volvían a arremolinarse en el cielo cuando bajó del coche. El viento frío lo golpeó y se le coló como dagas en los huesos, a través de la ropa.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó a voz en cuello. Las ramas y las hojas de los álamos blancos se mecían con fuerza, y el sonido, como de un mar embravecido, era lo único que Manuel escuchó. No oyó nada dentro; no hubiera podido, pues le costó oír su propia voz cuando gritaba en la entrada. Incluso los golpes en la puerta sonaron como huecos, ante la potencia del viento que, Manuel temía, se volvía huracanado.

Miró por la ventana, con ambas manos en la frente, como si aquello le diera un extra de visión del interior, en el que solo había oscuridad. No se distinguía ni el mobiliario. Ni siquiera una chimenea encendida. Estaba vacía.

Entonces miró al cielo. Las hojas de los álamos volaban en todas direcciones, y, entre movimientos, dejaron ver los enormes nubarrones que se formaban de nuevo en el cielo. «¡No fastidies! ¿Otra tormenta?», pensó.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Dio una vuelta alrededor de la casa en busca de una ventana abierta, una puerta trasera o cualquier resquicio por el que colarse. Pero no hubo suerte, estaba cerrada a cal y canto.

Al recordar la forma tan súbita en la que se había presentado la borrasca anterior, corrió al coche. Antes de entrar cogió la maleta y la dejó en el asiento del copiloto. En cuanto se resguardó, empezaron a caer las primeras gotas. Abrió con dificultad la maleta, pues tenía los dedos ateridos por el frío. Se envolvió entre convulsiones en la manta de sofá que había traído y dejó la vista fija en la cabaña. La visión era borrosa, a través de la cascada de lluvia que caía por la luna del coche. Así que, miraba en aquella dirección más por intuición que porque la viera. Solo pudo ver claramente la silueta de la cabaña cuando un rayo rompió la oscuridad y un trueno acalló al viento. Fueron unos segundos, pero Manuel creyó ver algo. Un bulto, un movimiento, quizá, en el interior. Se envaró en el asiento y se quedó fijo, mirando a la ventana de la cabaña, o, más bien, en dirección dónde pensó haber visto algo, pero, en total oscuridad y con la tromba de agua que caía, le resultó imposible. Permaneció un buen rato a la espera, expectante, sin pestañear, ni respirar siquiera, para no perder detalle. No pasó nada.

«Pero había algo, ¿verdad?», pensó.

Giró la llave en el contacto. Encendió las luces y los limpiaparabrisas y volvió a vigilar, ahora con algo más de luz y claridad a través del cristal.

—Estoy viendo fantasmas donde no los hay —se dijo después de un rato en el que un par de rayos iluminaran el interior de la casa como una radiografía. Solo había muebles—. Nadie podría estar en esa casa en una noche de perros como esta sin encender la chimenea al menos.

Convencido de que el ansia por encontrar allí dentro lo que venía a buscar le había jugado una

mala pasada, apagó el coche, para no gastar batería, aseguró las puertas y se recostó en el asiento. El calor corporal había regresado y el cansancio lo venció. Antes de cerrar los ojos vio una luz parpadeante en el bosque que se movía a lo lejos.

«La gente de aquí debe estar loca, saliendo a la alameda de noche y con este tiempo de perros», pensó. Tocó el frío metal que tenía ceñido a la cadera, para comprobar que seguía ahí, antes de caer en los brazos de Morfeo.

Capítulo 3

Un sonido lo sacó del sueño ligero al que había cedido. Ya no llovía. La oscuridad de la noche había dado paso a la suave luz del amanecer. La cabaña y la alameda seguían impasibles, como dormidas, después de la lucha titánica que habían librado con los elementos. Su aspecto era deplorable, se veían mojados, tristes, pero se mantenían de pie.

Manuel aguzó el oído para distinguir el sonido que lo había despertado, pero no volvió a oírlo. Retiró la manta que lo envolvía y se despezó. El asiento era muy cómodo para viajar, pero no para dormir. Echó de menos su cama, su cafetera de cápsulas y la ducha. Pero todo eso carecía de importancia en aquel momento. Estaba allí con un objetivo, y no se iría ante la primera dificultad.

Quitó el seguro a las puertas y salió del coche. La tierra, todo en derredor, se había convertido en barro y odió manchar sus impolutos zapatos de aquella manera. Cerró de un portazo y se dirigió a la entrada de la cabaña, con cuidado de no resbalar.

A la luz del día, la cabaña resultaba aterradora. Incluso más que de noche. A aquellas horas no podía achacar su aspecto a la oscuridad, a las sombras, al tenebroso vendaval o a la tormenta. Ahora se apreciaban las maderas carcomidas del techo, los cristales opacados por la falta de limpieza y las telarañas del exterior, tan grandes que bien podrían ser de Spider-Man. El interior, en cambio, se veía impoluto y confortable. Parecía como si, al cruzar la puerta, te encontraras en una casa totalmente diferente. A Manuel le resultó interesante que, habiendo gastado tanto dinero en reformar el interior, al exterior no le hubiesen aplicado ni una capa de pintura.

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

—¿Quién es usted? —preguntó una voz de señora mayor a sus espaldas. Manuel se giró con un respingo y miró a la mujer con los ojos como platos, mientras esperaba que el alma le volviera al cuerpo.

Era una señora bajita, rolliza, de pelo largo y cano, recogido en un estirado moño alto. Estaba ligeramente encorvada y llevaba una cesta, a medio llenar, con caracoles. Manuel suspiró aliviado.

—Buenos días, me llamo Manuel —dijo, con una sonrisa en los labios, que la mujer no le devolvió—. Disculpe una pregunta, ¿es esta la casa roja de la Alameda?

—Sí —la mujer lo miró sin pestañear.

—¿La que se alquila?

—Sí.

Manuel frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—¿Y quién querría venir aquí de vacaciones? —preguntó, más para sí, mientras miraba de nuevo la cabaña abandonada.

—Eso mismo me pregunto yo.

Manuel miró a la señora que lo observaba con los ojos, pequeños y vivarachos, entrecerrados. Manuel sintió que podía ver hasta sus más íntimos pensamientos y se incomodó.

—¿Cómo dice? —preguntó. La señora señaló la cabaña con el dedo, sin quitarle el ojo de encima.

—¿Por qué ha venido usted, joven?

—¿Sabe si la cabaña está libre ahora mismo?

—Eso lo sabrá el dueño —contestó con el gesto encogido en una mueca de disgusto.

—¿Y quién es el dueño?

La señora desvió la vista a la cabaña y la dejó allí, en un punto indefinido, mientras pensaba.

—Acepte el consejo de una vieja que ha vivido mucho. Sea lo que sea a lo que ha venido, olvídelo. Y vuelva.

Se giró sobre sí, dispuesta a marcharse, pero Manuel la detuvo.

—¿Qué? ¿Por qué dice eso? ¡Oiga, espere! ¿Cómo puedo encontrar al dueño?

La mujer lo miró con un halo triste y negó con la cabeza.

—Beltrán. —Señaló con la mano, a la izquierda de la cabaña, hacia un camino estrecho que se habría paso a través de la alameda—. La casa al final del sendero.

—Gracias —dijo Manuel. La mujer se marchó en silencio, cargando la cesta de caracoles con pasos torpes, que sonaban como un chupa-charcos cada vez que las botas se hundían y salían del barro. Manuel se preguntó cómo no la había oído llegar.

Capítulo 4

Se adentró en el sendero con dificultad, por el barro, y caminó con esfuerzo. El viento aullaba fuerte en aquel laberinto tortuoso que se abría entre los árboles. Silbaba en sus oídos de tal forma que le resultó imposible oír nada más. Si hubiese tenido ese sentido despejado, habría podido escuchar el mismo sonido que lo había despertado. Se habría dado cuenta de que no era un sonido natural en un bosque, como el de los pájaros, el viento, las ramas y el crujir de las hojas bajo los pies de animales, como conejos y zorros. Pero Manuel era de ciudad, no de campo, así que era muy posible que, aun con todos sus sentidos alerta, no hubiese sido capaz de reconocer el sonido metálico de la pala penetrando en la tierra, de forma rítmica.

Se adentró en el sendero con dificultad, por el barro, y caminó con esfuerzo. El viento aullaba fuerte en aquel laberinto tortuoso que se abría entre los árboles. Silbaba en sus oídos de tal forma que le resultó imposible oír nada más. Si hubiese tenido ese sentido despejado, habría podido escuchar el mismo sonido que lo había despertado. Se habría dado cuenta de que no era un sonido natural en un bosque, como el de los pájaros, el viento, las ramas y el crujir de las hojas bajo los pies de animales, como conejos y zorros. Pero Manuel era de ciudad, no de campo, así que era muy posible que, aun con todos sus sentidos alerta, no hubiese sido capaz de reconocer el sonido metálico de la pala penetrando en la tierra, de forma rítmica.

Se hundió en el barro varias veces, en una de las cuales perdió un zapato. Maldijo, al tiempo que se revolcaba en el fango, como si de un porcino se tratara, buscando su calzado carísimo de marca, hasta que desistió. No estaba. Aquel zapato debió cruzar a un universo alternativo, al fondo del barrizal. No había otra explicación. Cuando se dio por vencido, se palpó el cuerpo para asegurarse de que no había perdido nada más y siguió su camino. Un zapato menos, un humor de perros y media hora después, divisó una cabaña, del mismo estilo que la cabaña roja, en mitad de la alameda.

Con un poco más de ánimo, se acercó al porche, donde un señor de unos cincuenta años, con barriga cervecera, escondía medio cuerpo en el capó de una ranchera con las ruedas, el guardabarros y el lateral llenos de lodo. Resultó obvio que aquel titán de hierro había tenido más suerte en el camino que él; al menos no había perdido una rueda. Del techo del porche colgaba un carrillón que se movía con el viento. Llenaba el lugar con el sonido agudo y sordo de sus chupones chocando entre sí. No era de metal, pero tampoco le sonaba a madera. Aunque, para ser sincero, Manuel no tenía ni idea de cómo sonaría un cacharro de esos de madera, ni de nada... Sin embargo, tenía la sensación de que el material debía ser macarrones o algo así, por el color, pero a aquella distancia no sabría decirlo. A medida que se acercaba al señor, se sintió un intruso invadiendo una propiedad privada. Se reprendió por tonto. Estaba en la calle, y la calle no era de nadie, ¿o sí? Se le pasó por la cabeza la idea de que esas tierras podían tener dueño. Eso tendría sentido si la cabaña roja fuera de aquel señor. Era probable, entonces, que la tierra que la unía a su casa, también fuera suya. Se sintió un usurpador de nuevo. Justo en ese instante el hombre se percató de su presencia, sacó su humanidad del vehículo y lo miró con el ceño fruncido.

—¡Santo Dios! Buen hombre. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha venido nadando por el barro?

Manuel se sintió más relajado ante la broma del lugareño, que, por otro lado, no le había hecho ni pizca de gracia. Se acercó a él intentando reprimir el mal humor y mostrar su mejor sonrisa. Por toda respuesta abrió los brazos y se miró las fachas. Si algo podía sacar de positivo era que el barro que tenía en la cara ocultaba el rubor.

—Ya ve. Me apetecía una mascarilla natural. Dicen que esto es buenísimo para la piel.

El hombre frunció más el ceño y el tupido bigote blanco, que ocultaba los finos labios, se le arrugó en una mueca de disgusto.

Pilló el sarcasmo, y no le gustó.

—¿Es usted Beltrán? —se apresuró a decir, antes de que el lugareño lo echara de allí a patadas.

—¿Quién pregunta? —el hombre se enderezó y puso los brazos en jarra.

—Me llamo Manuel. Me han dicho que aquí vive Beltrán, el dueño de la casa roja de la alameda.

—Le han informado bien. Yo soy Beltrán, ¿qué quiere?

—Me preguntaba si podría pasar unos días en ella.

Beltrán se atusó el bigote con los dedos índice y pulgar. Lo miraba con los ojos achinados. Manuel no sabía si la reticencia se debía a su persona o a otro motivo.

—Ahora mismo está ocupada.

—¿En serio? No lo parece. He pasado la noche frente a ella y no he visto a nadie.

Beltrán arrugó la nariz y dio un resoplido, le volvió la espalda y siguió con su tarea mientras mantenía la conversación con el extraño.

—Pues es lo que tengo entendido. De todas formas todo ese rollo de la casa rural de vacaciones lo lleva mi hijo. Espere, si quiere, y hable con él. Pero si le interesa, tengo una cochiguera en la parte trasera.

A Manuel, embarrado y muerto de frío por el fuerte viento que se le colaba en los huesos y la humedad del pie descalzo, no le hizo gracia; ni la bromita de la pocilga, ni la idea de esperar.

—¿Y cuándo podré hablar con su hijo?

—No debe tardar en llegar. Ha ido a cazar.

—Está bien, esperaré. ¿Puedo? —Señaló a las escaleras del porche. La madera le daría cierto resguardo del frío.

—No. —Lo interrumpió, categórico—. Lo que manche me tocará limpiarlo luego.

Manuel alzó las cejas en un gesto de asombro e incredulidad. Había que ver lo poco empática y hospitalaria que podía resultar la gente. Se cruzó de brazos y posó el pie descalzo sobre el otro, en un intento de retener el calor corporal que le quedaba.

—Este es un sitio muy tranquilo —dijo al cabo de un rato, para romper el silencio incómodo.

—Mucho —confirmó el hombre sin levantar la vista—. Muy tranquilo.

—¿Tienen mucha demanda de la casa roja?

El hombre se secó el sudor y se encogió de hombros.

—La mayoría de la gente prefiere hoteles en los que le sirvan desayuno, comida y cena, y se puedan tomar unos daiquiris en la piscina. Aquí solo viene la gente que se pierde.

—¿Como yo? ¿Que no sé ni donde estamos? —bromeó.

El hombre levantó la vista del motor y lo escudriñó.

—Esto es difícil de encontrar hasta para el que se pierde. No. La gente que viene, lo hace porque quiere. Pero suele querer venir cuando se sienten perdidos.

—Puede que tenga razón.

Manuel estuvo de acuerdo. Miró a sus pies y se sumergió en sus pensamientos.

—¿Por qué ha venido usted?

Manuel levantó la cabeza. Beltrán lo miraba ahora con curiosidad.

—Justamente por eso.

Sonrió. No tenía ganas de contarle a aquel extraño los detalles. No lo conocía, no había confianza. El hombre lo miró inexpresivo, pero el tono en el que le habló, mostraba cierto cariño.

Quizá compasión.

—Yo no sirvo mucho para esto de la psicología, pero, sea lo que sea que pretenda buscar de sí mismo, ¿cree que podrá encontrarlo en un lugar desconocido?

Cuando abrió la boca para contestar, Beltrán fijó la vista en un lateral de la casa. Manuel se volvió y vio la figura del joven de la leña aparecer con un conejo ensangrentado y una pala. ¿Cómo había matado al pobre conejo, a palazos?

—Berto, ya estás aquí. ¡Genial! Hoy comeremos arroz con conejo. Cómo añoro cómo lo preparaba tu madre. Pero, en fin, qué se le va a hacer. A mí tampoco me sale tan mal, ¿no? Y, ¿qué haces con esa pala? Por cierto, este hombre pregunta por la casa de alquiler. Le he dicho que está ocupada. Ha insistido en hablar contigo, así que, os dejo que habléis. Yo voy a preparar el bicho.

Beltrán desapareció con el almuerzo agarrado por las orejas, y los dejó solos en el porche.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! —Berto sonrió. Clavó la pala en el barro, como el día anterior hiciera con el hacha, y apoyó ambas manos en el mango.

—Con que eres Berto. Yo me llamo Manuel.

A estas horas del día, el lugareño del hacha, ahora con una pala, pareció de su misma edad y decidió tutearle—. ¿Por qué no me dijiste ayer que la casa roja era tuya? Según tu padre está ocupada. Si me lo llegas a decir, quizá me habría ahorrado el revolcón en el barro.

El joven soltó una sonora carcajada.

—En primer lugar, no me llames Berto. Solo mi padre me llama así, y lo odio. Rober, mejor. En segundo lugar, no me lo preguntaste. Quise saber si eras un inquilino y no me lo dijiste. Y en tercer lugar, un revolcón en el barro de vez en cuando no viene mal. Es terapéutico. Te hace regresar a la infancia, cuando esas cosas eran divertidas.

—No tiene gracia. He perdido un zapato.

Rober lanzó una sonora carcajada.

—Perdón —dijo sin sentirlo—. Bueno, sobre la casa. Mi padre lleva razón. Está ocupada. —Miró a Manuel, ahora completamente serio—. Pero, es una situación complicada.

—¿Cómo de complicada?

Rober cambió de postura. Sacó y hundió la pala varias veces en el barro mientras pensaba.

—Verás, Manuel. La casa está pagada hasta final de mes. Pero hace más de una semana que no sé nada de la inquilina. No sé si se habrá perdido en un paseo o si decidió ir unos días a un pueblo cercano. Ni siquiera sé si tiene intención de volver. ¿Ves el dilema? ¿Y si te dejo quedarte y la joven vuelve?

Nuestra profesionalidad quedaría en entredicho.

Manuel pensó en aquello unos momentos. Ahora más que nunca sabía que estaba cerca. Que aquello no podía ser casualidad. Debía convencerlo para quedarse en la cabaña.

—¿Qué te parece esto? Me dejas quedarme en la cabaña. Si termino mi estancia aquí y la joven no ha vuelto, te pagaré lo que reste del mes. Si la joven vuelve mientras estoy aquí, yo me las veré con ella. Le devolveré el precio de los días que haya usurpado su alquiler y te pagaré a ti esos días de mi estancia. Así todos ganamos. —Manuel extendió su mano hacia el lugareño. Deseaba con todas sus fuerzas que la jugada le saliera bien. Debía reprimir su entusiasmo, que no se le notara el éxtasis por estar tan cerca de poder conseguir su meta. Rober se lo pensó. Después de unos instantes, le apretó la mano.

—Hecho. Sígueme, anda.

Volvieron por el mismo camino. Pero esta vez Manuel no sintió el viento ni el frío. El calor de la satisfacción lo recorría por dentro. Sonreía para sí. «Sé que no quieres verme, Olivia, pero

estoy más cerca de encontrarte».

Capítulo 5

El calor de la emoción le duró poco. Para cuando llegaron a la cabaña, Manuel se movía con movimientos espasmódicos que casi le hacen caer en un par de ocasiones. Mientras Rober abría la puerta, se acercó a su coche y cogió la maleta y la manta. No pensaba salir de nuevo.

Cuando entró a la casa, no vio a su anfitrión. Dejó sus pertenencias junto al sofá y echó un vistazo.

—¿Rober?

—Un momento, ahora subo —se escuchó a lo lejos, desde el sótano, cuya puerta estaba abierta.

Momentos después aparecía por ella cargado de leña. La dejó junto a la chimenea y cerró la puerta del sótano. A Manuel no se le escapó el detalle de que tenía candado.

Rober encendió el fuego y Manuel, agradecido, se acercó envuelto en la manta y calentó sus pies por turnos. De buena gana le habría dado un beso.

El experto rural le enseñó a encender la chimenea, a avivar el fuego y todo lo que necesitaba saber sobre el tema, pues era la primera vez que Manuel usaba una.

—¿Lo has entendido todo?

Manuel asintió.

—Solo tengo una duda. ¿Qué hago si necesito más leña? He visto que la guardas en el sótano y está cerrado con llave.

—Me la pides.

—¿En serio? ¿Voy a tener que hacer el camino hasta tu casa cada vez que necesite leña? ¿No sería más fácil que me dieras la llave?

—El sótano es la única parte de la vivienda que no forma parte del alquiler. Ahí tengo cosas personales, además de la leña. Así que no.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos, durante los cuales la tensión podía cortarse como un cuchillo.

—Pero podemos hacer otra cosa. —Manuel lo miró atento—. Al lado de la chimenea hay espacio para poner una pila de leña suficiente para varios días. Si no te importa que esté ahí, puedo subirla.

Manuel sonrió.

—Me parece perfecto.

Rober asintió y se dirigió de nuevo al sótano. Después de abrir la puerta miró de nuevo a su inquilino.

—¿Qué número de pie calzas?

—43.

—Veré si tengo algo por ahí para dejarte. Me parece que el calzado que has traído no es muy apropiado para este terreno.

Lo dijo con una sonrisa y se perdió por el agujero negro que bajaba al sótano. Manuel se quedó con la sensación de que, a pesar de su amabilidad, se acababa de reír a su costa.

Poco después apareció de nuevo con unas botas de montaña en las manos. Estaban prácticamente nuevas, aunque se notaba que habían sido usadas.

—Son del 44, pero espero que te sirvan.

—Sí, gracias. Me pondré doble calcetín y listo.

—Genial. Venga, te enseño la casa y tu habitación.

Sin esperar respuesta, cogió la maleta de Manuel y subió las escaleras. Manuel lo siguió a

regañadientes. Se dijo a sí mismo que la chimenea lo seguiría esperando cuando bajara. Se fijó por primera vez en la estancia. Las escaleras eran de madera. Eran nuevas, o habían sido reformadas, pues no crujían al pisar. La baranda, también de madera, era de un estilo sencillo pero soberbio. Los tacos de madera que la sostenían eran cuadrados y lisos, pero el pasamanos estaba biselado y en su término tenía el dibujo de una cabeza de león. Era la única seña artística en la robusta baranda. En la parte de arriba se abría un pasillo que daba a distintas puertas.

—Este es el aseo.

—Bonito. Muy rústico y acogedor. Me gusta el mueble de madera del lavamanos.

—Gracias, lo hice yo.

Manuel frunció los labios y asintió.

Pasaron de largo la segunda habitación y se dirigió a la siguiente.

—¿Aquí qué hay? ¿Otro baño? —preguntó Manuel, ya con el pomo en la mano.

—No. La habitación de la otra inquilina. Así que, prefiero que no entres. No quiero tener problemas con ella si vuelve.

—Cuando vuelva —lo corrigió. Rober entornó los ojos—. Es cierto que podría ser un problema. A mí no me gustaría que nadie hurgara en mis cosas.

Sonrió y soltó el pomo. Rober asintió y dibujó una sonrisa que a Manuel le provocó un escalofrío por las espaldas.

—Muy bien. Esta es tu habitación.

Sobre el suelo de madera había varias alfombras. Dos en los laterales de la cama de matrimonio y otra a los pies.

Frente a la cama se encontraba un armario de dos puertas, y una enorme ventana, frente a la entrada, llenaba la estancia de luz y decoraba las vistas con un bonito cuadro de la alameda.

—¡Oh! ¡Qué chulada! —exclamó Manuel.

—Me alegro de que te guste. Le puse mucho esmero.

Manuel se volvió a él con las cejas enarcadas.

—Pero, ¿es que también lo has hecho tú? —Roberto asintió con orgullo—. ¿Toda la casa? —El dueño volvió a asentir.

—Ha quedado muy profesional, ¿verdad?

—Y tanto. Se nota que eres hábil con el serrucho y el martillo.

Rober soltó una carcajada.

—Sí. Es una de mis muchas habilidades.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué otras habilidades tienes? Aparte de cortar leña y cazar.

Rober sonrió.

—Mejor te las cuento otro día. Ahora tengo que marcharme. Venga, que aún queda algo que te tengo que enseñar.

Bajaron a la planta baja. Al lado de la puerta que bajaba al sótano, se encontraba la cocina.

—El calentador es eléctrico. De este modo, siempre tendrás agua caliente. La hornilla es a gas. Para más seguridad, la bombona se encuentra fuera de la casa. Así que tendrás que acordarte de salir para apagarla y encenderla.

—¿Tendré que salir y darle la vuelta entera a la casa?

Rober sonrió y le puso una mano sobre el hombro.

—Tranquilo, hombre. Solo son unos cuantos pasos. No es como si tuvieras que ir hasta mi casa.

Se notó que hizo grandes esfuerzos por no carcajearse de él, pero a Manuel le molestó como si lo hubiese hecho.

—Claro, claro. Perdona, es que el caminito me ha puesto de mal humor y ya no me apetece salir para nada. Pero lo veo razonable.

—Pues... ya está todo. Ni necesitas algo más, sabes dónde encontrarme. —Se dirigió a la salida—. Y, otra cosa. Si la chica vuelve, por favor, avísame enseguida.

Cerró la puerta tras de sí y la última frase se quedó suspendida en el ambiente. Manuel se sentó frente a la chimenea con la mirada perdida en el lento baile de las llamas mientras lamían la madera y la consumían poco a poco. Puso sus pensamientos en orden. Primero se calentaría un poco. Luego se daría una buena ducha. Después vería qué comer. No había cenado, ni desayunado, y ya notaba las mordidas de las tripas en su interior.

Pero el frío era más fuerte que el hambre.

Estornudó.

¡Lo que le faltaba, pillar un catarro!

Se envolvió en la manta y se quedó allí hasta que entró en calor. Entró en un estado de sopor, inducido por la danza hipnótica del fuego. Si la chica vuelve, por favor, avísame enseguida... seguía oyendo en su cabeza. Eso mismo dijo él a la mejor amiga de Olivia cuando la vio marchar. El último recuerdo de ella era esa mirada dolida, los ojos llenos de lágrimas. Iba preciosa, con su vestido de novia, a pesar de que el llanto le había deshecho el maquillaje. Sus últimas palabras fueron duras. La vio correr y desaparecer entre el destello de las luces de los coches patrulla. No se lo perdonaría jamás. Manuel hundió la cara en las manos y cedió al llanto.

—Lo siento, Livi... Lo siento de veras. Te encontraré y te pediré perdón a la cara. Me perdones o no.

Capítulo 6

Después de la ducha se sintió mucho mejor. Salió del aseo, ya vestido, y, mientras se secaba el pelo con la toalla, los ojos se le fueron a la habitación de Olivia. Era como un imán que lo atraía sin remedio. Así que, entró. Lo primero que percibió fue su aroma fresco, una mezcla de cítricos y flores. Sonrió al ver que seguía siendo una desordenada. Luego negó con la cabeza y recogió la ropa que había tirada por el suelo, sobre la silla y amontonada en la cama. Dobló cada prenda después de olerla y la guardó en el armario. Se tumbó sobre la cama deshecha que aún guardaba su esencia.

—Oliv... —dijo—, ¿dónde estás?

Las tripas rugieron de nuevo y se incorporó. Sería mejor comer algo, o caería desmayado.

Bajó a la cocina y abrió el frigorífico. Olivia tenía poca cosa, pero sería suficiente. Unas lonchas de jamón de York a punto de caducar, yogures y dos manzanas. Tendría que ir al pueblo más cercano a por víveres. Abrió todos los muebles en busca de algo para acompañar. Encontró un chusco de pan duro. Recordó un truco de su madre y dio gracias porque hubiera horno. Mojó el pan en agua y lo calentó. En poco tiempo, tuvo un bocadillo de jamón de York con pan caliente, blandito y crujiente.

Se sentó frente al fuego para disfrutarlo.

No estaba mal. La experiencia, decía. Una cabañita de madera en mitad de la nada, rodeada de naturaleza... Para ir acompañado estaba bien. Pero en soledad podía resultar deprimente. Se conseguía paz mental, pero, ¿descansar? Si hacía falta ir al quinto pino a comprar, en este caso el quinto álamo (sonrió ante su ocurrencia), hacerte la comida y encenderte tú solo el fuego; no se le podía considerar ocio. Aunque sabía de buena tinta que Olivia no había ido allí de vacaciones. Ni él tampoco. Estaba allí para encontrarla y ella, para huir. Dio un largo suspiro y terminó el último bocado. Su estómago pedía más, pero sería mejor racionar los yogures y la fruta. Hoy no pensaba salir de la cabaña. Por fin había entrado y aprovecharía cada segundo. Con menos hambre y algo más de fuerza, se levantó, se sacudió las manos y se centró en el sótano. Lo único que lo separaba de él, era un candado. No tenía mucha práctica, pero sabía que había gente que, con un alfiler o una horquilla, conseguía abrirlos. No tenía alfileres, y mucho menos horquillas, pero sabía dónde podía encontrar alguna.

Subió de nuevo a la habitación de Olivia.

Centró su atención en el escritorio y allí estaban, junto a una pinza de pelo. Cogió una de ellas, en la cual había un pelo enganchado. Dio un largo suspiro. No podía permitir que los sentimientos lo nublaran. Un paso a la vez. El sótano.

Sus ojos se centraron en la toalla con la que se secaba el pelo cuando entró en la habitación. No recordaba haberla estirado sobre el respaldo de la silla. Eso era lo que hacía su madre. “Si la dejas mojada y hecha un higo, tomará olor”, decía. Lo recordaba como si la estuviera oyendo. Cogió la toalla y bajó las escaleras. La puso a secar en otro respaldo, esta vez frente a la chimenea, abrió la horquilla y se dio a la tarea.

Después de soltar varias maldiciones, de secarse unas cuantas veces las manos sudorosas y de pensar en abandonar el maldito trasto, por fin escuchó el clic característico de la cerradura al ceder.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su momento de gloria.

Se asomó por una de las ventanas de la cocina. ¡Mierda! ¡Era Rober! Si entraba y se fijaba en el candado, tendría problemas. Muy a su pesar, volvió a cerrarlo y abrió la puerta.

La ráfaga de aire fresco lo hizo estornudar de nuevo.

—Rober, no esperaba verte tan pronto —dijo, con sorpresa genuina.

El joven dueño estaba frente a él con una bolsa en la que llevaba algo pesado.

—Te traigo la comida, cortesía de mi padre.

Manuel empezó a salivar. El bocata le había sabido a poco, así que el arroz con conejo, del que había hablado Beltrán, le vendría de perlas.

Abrió paso y Roberto se dirigió a la cocina.

—Vaya, ya veo que te has preparado un tentempié —dijo el joven al ver las migas de pan sobre la encimera, junto al blíster vacío de jamón de York.

—No te creas, no me ha dado ni para el hueco de una muela.

Rober se rio.

—Bueno, la paella de mi padre es muy buena. Espero que te deje satisfecho.

—No tenía por qué molestarse —dijo Manuel con una sonrisa y los ojos brillosos.

—Tranquilo, para mi padre no es molestia alguna.

Mientras hablaban, Manuel sacó el plato y los cubiertos, y Rober, el termo. Cuando lo destapó, la cocina entera se llenó del olor del rico plato.

Manuel lo probó. Soltó un gemido de placer que provocó la sonrisa de Roberto.

—Dale la enhorabuena al chef.

—Lo haré. Le gustará saber que lo has disfrutado. —Rober dio una palmada, metió el termo en la bolsa y se dirigió a la puerta. Luego se giró hacia él de nuevo—. Estoy pensando... No solemos hacer esto por los huéspedes, pero me caes bien. Si quieres, por un poco más en el precio, te puedo traer la comida todos los días.

—¡Hecho! —dijo Manuel después de tragar aprisa.

—Muy bien. Mi padre estará contento.

Manuel devoró el plato de pie, mientras veía alejarse a Rober por el camino de la alameda. Aquel ofrecimiento le haría ahorrar tiempo. Así solo tendría que hacer una compra para desayunos y cenas y dedicar todo el tiempo a la búsqueda por la que estaba allí.

Cuando terminó de comer, fregó los platos y recogió la cocina.

Luego sacó la horquilla del bolsillo del pantalón y se metió en faena de nuevo.

Esta vez maldijo y sudó menos. El hecho de haberlo conseguido con anterioridad le dio aplomo. Al final, como esperaba, el candado cedió.

Capítulo 7

Manuel palpó en la oscura madera de la pared hasta que dio con el interruptor y lo accionó. Una luz blanca alumbró la estancia. A diferencia de lo que había supuesto, el sótano se encontraba tan bien reformado como el resto de la casa, además de bien cuidado. Tan limpio como la sala de estar o la cocina. El olor a madera inundó sus fosas nasales. Bajó las escaleras y se encontró en un espacio abierto, cuyas paredes estaban forradas de estanterías. Se fijó en la más próxima. Había cajas apiladas, unas sobre otras. Los mensajes escritos con rotulador rezaban: “Cosas de la abuela”, “Cosas del abuelo”, “Álbumes de fotos” y así por el estilo. Otra de las estanterías estaba llena de herramientas de todo tipo. Desde palas y hachas de diferentes tamaños, hasta pinzas de coche, martillos, escopetas... En otra estantería se encontraban colocadas, de mayor a menor, una serie de botas de montaña de la misma marca que Roberto le había prestado. Unas de la talla 38, que bien podían ser de un joven o de una mujer, otras del 37 y otras del 35. Estas últimas, sin duda, eran de una niña, pues habían sustituido los cordones por lazo de color lila, y tenían la puntera decorada con brillos.

Al fondo, bajo una ventana que la bañaba de luz, había una mesa de trabajo. Tenía trozos de madera, un cepillo de carpintero y en la superficie y por el suelo, abundaba el serrín.

Al lado, una puerta llamó su atención. Se acercó y miró a través de la ventana. La alameda estaba frente a él. Desde allí no se veía el camino, ni su coche, ni nada. Daba a la parte trasera de la casa.

—Así que tienes otra entrada... —murmuró—. ¡Qué listo eres!

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Desistió del intento de abrirla y le dio la espalda. Se fijó entonces en el suelo de la habitación. Había creído que lo abrigaba alguna especie de hormigón, pero se dio cuenta de que no estaba cubierto. La tierra de la alameda lo sustentaba. Como si con aquel hallazgo la cabaña le hiciera saber que aquel terreno era tan salvaje e indómito como el lugar que lo rodeaba. Algo llamó su atención en el centro. La tierra se veía de un marrón más oscuro. Al acercarse y pisar se dio cuenta de que, además, también era más blanda. Como si la hubieran removido no hacía mucho. Pasó la punta de la bota sobre el suelo y este se levantó sin dificultad. Hizo lo mismo en una zona más alejada, pero allí la tierra era compacta. Para levantarla era necesario una herramienta. La curiosidad lo llevó a buscar con la punta del calzado el perímetro exacto de la tierra removida. Era un rectángulo de aproximadamente dos metros de largo y uno y medio de ancho.

Se agachó y hundió la mano en la tierra. Una sensación de pánico, como un mal augurio, lo sacudió desde dentro y las lágrimas brotaron de sus ojos. Cerró la palma de la mano, agarrando la arena como si de esa forma pudiera asirse de lo que temía que estaba debajo. Los latidos del corazón bombeaban sus oídos con fuerza. Rezó por que no fuera ella quien se había unido a la alameda. No podía ser ella. No se lo perdonaría nunca. Golpeó el suelo con el puño tembloroso, que se negaba a soltar el sustrato y, como un animal, empezó a cavar un hoyo con sus propias manos. Soltó un grito desgarrador al tiempo que escuchaba unos pasos sobre su cabeza. Paró en seco, se limpió las lágrimas y los mocos con la manga de la camisa mientras abría los ojos de par en par y los concentraba en el techo como si esperara ver a través de él. Aguzó sus sentidos y se esforzó por acallar los latidos de su corazón para poder escuchar algo más.

Los pasos sobre la madera no volvieron. La oscuridad se hizo en el sótano y la puerta se cerró.

—¡Eh! —gritó Manuel mientras corría escaleras arriba—. ¡Déjame salir!

Agarraba el pomo cuando escuchó el clic del candado.

—¡Eh! —golpeó la puerta con fuerza.

—¡Shhh! —escuchó al otro lado. Y los pasos sobre la madera se alejaron, se escuchó un golpe en la sala de estar y después el silencio.

No sabía por qué obedeció. Quizá era el miedo, que lo había paralizado, porque se quedó frente a la puerta, a oscuras y temblando, a la espera.

Tenía la respiración agitada y le impedía prestar atención a los sonidos externos. Cuando escuchó la puerta de la calle aguantó la respiración.

—¿Manuel? —la voz de Rober sonó al otro lado. La primera reacción fue la de pedir ayuda, pero luego recapacitó. Si el casero se enteraba de que había entrado a curiosear a su sótano, tendría problemas. Recordó el agujero que había tras él y la habilidad del joven con el hacha. Además de otras muchas cualidades que, para ser sincero, a Manuel no le apetecía descubrir.

Así que guardó silencio. No se oyó de nuevo su voz, aunque sí sus pasos. Se oyeron lejos, acompasados. Manuel sospechó que había subido a la planta superior. Frunció el ceño. “¿Qué rayos hacía en las habitaciones?”

Los pasos cesaron, no sabría precisar durante cuánto tiempo, hasta que volvieron a oírse cerca. Fueron a la cocina y, luego, a la salida. Después de cerrarse la puerta, no volvió a oírlos.

Manuel soltó todo el aire que retenía y se sentó en el último escalón. Apoyó la cabeza en la pared y cedió al llanto. Demasiadas emociones juntas. Una vez que se serenó, dio gracias a Dios porque ninguno de sus compañeros presenciara aquel momento de debilidad.

No supo cuánto tiempo más pasó, pero fue suficiente para serenarse y empezar a pensar. Si Rober entraba y veía lo que había hecho en el sótano, sería peor que si lo pillaba curioseando. Debía dejarlo todo como estaba. Bajó y muy a su pesar tapó el agujero que había hecho.

—Te juro que volveré.

Esta vez no oyó los pasos acercarse, ni el trasteo del candado. Solo el clic del cerrojo al abrirse. Se puso en pie, empujó la puerta y esta cedió.

Estaba solo.

Capítulo 8

Lo primero que hizo Manuel fue mirar por la ventana. Unos nubarrones negros tapaban la luz del sol, como si de un ocaso prematuro se tratara. Ni rastro de Rober. Miró a su alrededor y se fijó en la silla en la que había puesto la toalla a secar. Ambas estaban tendidas en el suelo. Por muy poco no las acariciaba el fuego. Colocó bien la silla y recogió la toalla mientras suponía que aquel debió ser el ruido que escuchó justo antes de abrirse la puerta de entrada. Se quedó un momento pensativo. Se concentró al máximo por recordar todo lo que había oído o creído escuchar. Lo primero, ¿qué fue? Los pasos, la puerta, el candado. Después alguien lo mandó callar. ¿Era una voz de hombre o de mujer? ¿Podría haber sido Rober? No podía ser... ¿Qué sentido tendría encerrarlo, luego mandarlo a callar y por último llamarlo por su nombre? Ninguno, se dijo. Rober debió ir allí por otro motivo. Acababa de irse, ¿no? Entonces, ¿Por qué volvería?

Recordó entonces que la última estancia en la que había entrado era la cocina. Se dirigió allí, sin pensar, con la toalla aún en la mano. Un termo, como el de mediodía, reposaba en la cocina. A su lado, en una nota arrancada de una libreta, decía: «Este es el plato de mañana. Es conejo frito con ajos y menestra. Espero que no te importe repetir conejo, mi padre lo aprovecha todo».

Al lado de la nota había un bolígrafo. Al parecer no la trajo escrita de casa, sino que la improvisó en el momento. ¿Eso explicaba que subiera a la planta de arriba? Metió la comida en la nevera y subió las escaleras, sigiloso como un gato. Miró a ambos lados y se percató de que la puerta al final del pasillo estaba abierta. Despacio se acercó y entró. Se trataba de un despacho. Los muebles eran antiguos, la pared estaba forrada con papel pintado y las cortinas recargaban el ambiente de aquel espacio y lo volvían poco funcional.

Era la única estancia que guardaba la esencia de la casa habitada que había sido. Sobre el escritorio había una libreta abierta con una página arrancada. Manuel suspiró. Un misterio menos. Rober debió subir allí para dejarle la nota. Un poco más relajado salió de la habitación. Se sentó al pie de la escalera y rio a carcajadas. Se llevó las manos al pelo y apoyó la espalda en la pared.

—Me estoy volviendo loco —dijo, y soltó otra carcajada. Pero su mente no lo encerraría en el sótano, ni le chistaría—. ¡Venga, sal! Ahora estamos solos.

El silencio inundaba la casa, salvo el chisporroteo de la chimenea y las gotas de lluvia que comenzaron a caer sobre el techo de madera. Se quedó allí sentado, esperando, no sabía muy bien qué. Un rayo llenó de luz y sombras la casa. Una de esas sombras se movió, o eso le pareció a Manuel. Se levantó con dificultad, pues tenía los músculos ateridos por el contacto con el suelo frío, y fue a la habitación de Olivia. Había visto allí la sombra, ¿verdad?

Pero al llegar no había nada.

—Oliv, ¿eres tú? —gritó, pero el trueno que sucedió al relámpago, apagó su voz.

Entró en la habitación. Todo estaba como lo había dejado. Se pasó la mano por la cara y suspiró. “Son las ganas de verla”, se dijo. Cerró la puerta al salir y el frío lo obligó a bajar las escaleras y refugiarse en la chimenea. El fuego daba coletazos. Echó otro tronco y lo avivó. Las llamas abrazaron la madera con ansia y la devoró con fruición. Manuel, envuelto en la manta, se sentó frente a él. El vaivén de las llamas le recordó de nuevo las luces de los coches patrulla aquel fatídico día. Fue el día más infeliz de su vida y de la de Olivia, aunque por distintas razones. Sabía que no le perdonaría que se llevara a su prometido detenido antes de decir el sí quiero. La mirada de reproche y odio que le dedicó, se le clavó en el alma. No podía vivir si ella no lo perdonaba. No podía vivir con su desprecio. Siempre cuidó de ella, siempre la adoró.

Intentó abrirle los ojos de muchas maneras, pero no hubo forma. Ese hombre no le convenía y ella no era capaz de verlo. Hacerlo en plena boda fue cruel, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas, ¿verdad?

Otro trueno sacudió la casa y lo sacó de sus pensamientos. Debía tener cuidado y ser más listo. Alguien allí jugaba con ventaja. Se acabó el papel de chico torpe de ciudad.

Apuró el calor de la chimenea hasta que se apagó el fuego y subió a su habitación. Después de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada y de que nadie podría entrar sin que él lo oyera, dejó la placa y la pistola en la mesita de noche y se metió en la cama. El arrullo de la lluvia lo sumió en un sopor que lo hizo caer rendido en cuestión de segundos. Demasiadas emociones juntas.

Capítulo 9

La noche dio paso a una mañana lluviosa. La oscuridad no parecía querer irse y la escasa luz del sol oculto tras el manto de nubes daba un aspecto triste a la alameda. Era como si el nuevo día, sumido en una gran melancolía, no quisiera despertar. La lluvia contribuía. Era como el llanto callado y resignado de quien acepta un mal destino.

Manuel escuchó el repiqueteo de la lluvia en los cristales antes de abrir los ojos y maldijo para sí. A Olivia siempre le habían gustado los días de tormenta. Al contrario del resto del mundo, cuando el cielo tronaba, se dibujaba en su rostro la sonrisa más bella del mundo. ¡Cómo la echaba de menos! Tenía un gran efecto en él. Podía volver el peor día de su vida en el mejor con solo una de sus sonrisas. Pero hoy no la tendría. Hacía tiempo que no se las dedicaba. Era su castigo por querer lo mejor para ella. Algún día lo entendería. No había hombre en el mundo que la mereciera.

Soltó un suspiro y se levantó de la cama. El cuerpo parecía pesarle el doble. Se restregó la cara con las manos y se acercó a la ventana. ¡Genial! La alameda estaba hecha un barrizal. Debía haber estado lloviendo toda la noche. Un escalofrío lo tentó de volver al calor de las mantas, pero hizo de tripas, corazón, y se vistió deprisa. Una vez que se puso los zapatos, cogió la pistola y su credencial y salió. Al pasar frente a la puerta de Olivia se sintió tentado de entrar. Era lo más cerca que había estado de ella en el último mes. Pero necesitaba la cabeza despejada. Ahora no podía ser Manuel, debía ser el inspector. Así que, desvió la mirada y bajó a la planta baja. El fuego estaba apagado. Mientras refunfuñaba, puso unos cuantos troncos y los prendió como había visto hacer a Roberto. Se quedó de pie. Podría pasar allí la mañana entera, pero el estómago demandaba su gasolina. Estuvo tentado de desayunarse el conejo. Sin embargo, la idea de quedarse sin almuerzo lo detuvo. Debía salir a comprar y lo haría. Preparó una lista con lo que necesitaba, cogió las llaves del coche y salió.

La calefacción del vehículo lo convirtió en un espacio cálido y agradable del que no apetecía salir. Nota mental: debía comprar un chubasquero, o en su defecto, un paraguas. Aunque el chubasquero era mejor.

Cruzó de vuelta el puente por el que hacía dos días había pasado y en pocos minutos llegó a la carretera. No recordaba haber visto ningún pueblo cuando vino, así que la civilización más próxima debía estar en la otra dirección. Continuando por la carretera por la que había llegado. Y así fue. No tardó mucho en llegar a una población pequeña y pintoresca. El cartel de madera rezaba: Alama del río. El pueblo eran dos calles que daban a una plaza común, redonda, con el suelo empedrado, jardines y un balcón con vistas a una enorme poza artificial del río que cruzaba el pueblo.

De uno de los edificios, salió un hombre cargado con una bolsa de rafia que le tapaba la cara.

—No te preocupes Cándida, no me corre prisa —dijo, y se perdió por la calle de arriba.

Manuel se quedó mirando a la puerta de donde había salido. Una joven de unos doce años salió en ese momento y, gritando a voz en cuello, llamó al cliente que, en dos zancadas, ya se había plantado al final de la calle.

—¡Jacinto! ¡Que se olvida el chorizo!

El tal Jacinto, entraba en ese momento en la que Manuel supuso que sería su casa y se esfumó. La niña frunció el ceño y puso los brazos en jarra.

—¡Genial! Ahora la abuela me hará llevárselo. ¡Ni que yo fuera de un servicio de mensajería!

Desde luego, ningún chico guapo merecía el castigo de pasar un mes en el pueblo de la abuela. Y menos en aquellas condiciones. Ese imbécil de Marcos no volvería a liarla para pasar

el fin de semana con él y mentir de nuevo a sus padres. Ya la habían pillado una vez, y el chaval no le gustaba tanto como para repetir castigo.

Se dio la vuelta para volver a la tienda y entonces se fijó en Manuel.

—Hola. ¿Usted es un vecino nuevo? No lo había visto antes por aquí. Y todos en el pueblo vienen a comprar a la tienda de la abuela.

Manuel sonrió. La chica era directa y sincera. Le gustaba.

—No. Estoy de vacaciones —contestó—. He venido a comprar unas cosas.

—¡Pues vaya lugar ha escogido! Yo no vendría aquí ni loca —dijo la niña. Manuel soltó una carcajada—. ¡Oh! No me malentienda —se ruborizó—. Me encanta pasar tiempo con la abuela. Es lo único bueno que tiene el pueblo. Eso y el río.

—Vine porque alguien me habló de este lugar y quise conocerlo. Pero —bajó la voz— creo que tienes razón. Aunque es mejor no ofender a tu abuela y al resto de los vecinos.

La niña asintió.

—Me llamo Verónica —sonrió.

—Y yo Manuel.

—Anda, pasa, Manuel. Si quieres comprar algo, mi abuela lo tendrá.

—¿Seguro?

—¡Claro! Tiene de todo, y es la única tienda del pueblo.

Manuel la siguió adentro.

La tienda era pequeña. Realmente había de todo. Era mercería, droguería, supermercado, ferretería y papelería. Estaba ordenado con cuidado y por categorías. Sin duda, la mujer era eficiente. Salió de la trastienda y Manuel se quedó mirando el familiar rostro de la mujer que tenía delante. De aspecto rollizo y bajita, con el largo pelo cano, peinado en un estirado moño. Lo único diferente era que no llevaba las botas de agua y la cesta de caracoles estaba en la zona de alimentación, no en sus manos.

Ella también pareció reconocerlo.

—¡Ah! Es usted. Ya veo que no hizo caso de mi consejo.

—¿Qué consejo? —preguntó la niña.

—Tu abuela me sugirió que me marchara nada más llegar.

—¿Por qué? —preguntó la niña mirando a su abuela con interés.

La abuela la ignoró.

—Debió hacerlo —negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo con la cabaña roja de la alameda, o con sus dueños?

Al escuchar el nombre, la niña se llevó las manos a la boca y ahogó un grito.

—¡No debes quedarte ahí! ¡Te pasará lo que a ellos! —gritó.

—Verónica —la apremió la abuela con voz firme.

—¿Ellos, quienes? ¿Qué les pasó? —animó Manuel a la niña, a pesar de la negativa de Cándida.

—Esa familia. Murieron todos. Los mataron.

—Verónica —gritó Cándida de nuevo—, basta.

—Pero es verdad —protestó—. Y esa chica ha desaparecido. Tú misma me lo dijiste.

—Se acabó. Llévale ese chorizo a Jacinto y deja el chisme.

El tono de la abuela era implacable y a Verónica no le quedó más remedio que marcharse a regañadientes.

—No haga caso a esa niña. Es demasiado fantasiosa.

Manuel sonrió.

—Ya... Bendita imaginación.

—¿Qué necesita?

Manuel puso la lista sobre el mostrador.

—Y, además de todo eso, necesito un chubasquero. No contaba con que aquí llovía tanto en estas fechas.

La mujer se movía sin prisa pero con destreza, apilando todos los productos sobre el mostrador. Manuel aprovechó la ocasión.

—Su nieta puede que sea fantasiosa, pero la advertencia que usted me hizo es real. —La mujer siguió a lo suyo sin contestar—. Me gustaría saber por qué.

—No tiene caso, si usted decidió quedarse —dijo, sin mirarlo siquiera. No me gusta propagar chismes.

—No parece usted la típica chismosa, ni yo soy el típico curioso —dijo Manuel.

La señora lo miró a los ojos, como si de aquella manera pudiera ver su interior o sus pensamientos. Al cabo de unos minutos, suspiró.

—No. No hay pruebas de nada, y yo no hablo mal de mis vecinos.

—Se lo pondré fácil, Cándida —dijo poniendo su placa sobre el mostrador—. Estoy aquí por la chica desaparecida, y me vendría muy bien su ayuda. —La mujer abrió los ojos de par en par y retrocedió un paso—. No me dejaré llevar por habladurías, no pretendo perturbar la paz del pueblo, pero si hay alguien en peligro, debo saberlo. ¿Qué pasa en esa cabaña?

—Está bien —se resignó. Se dirigió a la puerta de entrada, dio vuelta al cartel que ponía abierto y echó el pestillo a la puerta—. Verónica no ha dicho ningún disparate. El primer incidente fue el de aquella familia.

La señora se dirigió a la trastienda y sacó dos sillas. Tomó asiento en una y le hizo un gesto a Manuel para que hiciera lo mismo. Si iba a contar la historia, lo haría bien. Y que Dios la perdonara.

Capítulo 10

Cándida suspiró. Dedicó unos momentos a ordenar sus ideas, frunció los labios y enlazó los dedos de sus manos sobre su regazo. Entonces empezó a hablar.

—Primero creo necesario que conozca a los dueños de la casa. Para que pueda tener una visión amplia del asunto y no juzgue a la ligera. —Manuel asintió y le hizo un ademán con la mano para que continuara—. Bien. Lo que usted conoce como La cabaña roja de la alameda, era la casa de los padres de Beltrán, que en paz descansen. Eran muy queridos en Alama del río. Querían a Bertito con locura. Imagínese, era su único nieto. Nació con una luz especial, tenía ángel. Y a la vista está que lo sigue teniendo, porque ya ve cómo ha dejado la casa de los abuelos. Todo con sus propias manos. Es todo un artista. Incluso aprovecha los huesos de los animales que caza para comer y hace objetos decorativos. Es difícil trabajar el hueso, pero él lo hace con habilidad. —Manuel pensó en el móvil que colgaba del porche de su casa. En ese momento, llamaron a la puerta. Cándida se asomó y vio a Verónica. Estaba empapada. En un abrir y cerrar de ojos, la abuela abrió y la chiquilla entró.

—Anda, Vero, ve arriba, date una ducha caliente y ponte ropa seca antes de que pilles una pulmonía.

La niña se marchó refunfuñando entre dientes. Como a Marcos se le ocurriera acercársele, era capaz de abalanzarse como un gato con mala leche. Se perdió en la trastienda y Cándida volvió a su asiento. Fijó la mirada en un punto indefinido de una de las estanterías con el ceño fruncido.

—¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Pues eso, que Bertito es muy habilidoso. Era el ojito derecho de su madre y la mano derecha de su padre. Cuando Encarna murió fue un golpe muy gordo. Nadie sabía que estaba enferma. Pero la vimos consumirse poco a poco. Pensábamos que comía poco y trabajaba mucho. Pobre mujer, que en paz descanse. Era todo corazón. En aquellos tiempos, Berto se había ido a la capital a estudiar. Heredó de su abuelo el gusto por trabajar la madera y de su madre la parte creativa. Cuando ella faltó, volvió. Más por su padre que por él mismo. A Beltrán le costó aceptarlo. Creo que aún no lo acepta, el pobre. En fin, que Berto dejó sus planes a un lado para quedarse con su padre en este rincón perdido. De algo había que vivir, así que se le ocurrió la idea de transformar la casa de sus abuelos en cabaña para alquilar.

El sonido de la lluvia aumentó en intensidad y un trueno interrumpió la conversación. Cándida se acercó a la ventana.

—Debería irse antes de que empeore —dijo.

—Entonces vaya al grano —dijo sin levantarse de la silla.

La señora suspiró y se sentó de nuevo en la silla.

—Muchos en el pueblo dicen que la casa está maldita. Otros, que los abuelos no quieren que su casa esté llena de extraños. Y los más maliciosos, que el ángel de Berto no es de luz sino oscuro.

—¿Por qué dicen eso?

—La cabaña no tardó en tener clientes. Una familia al completo, ¿Sabe? Padres y dos niños. Un retiro familiar que resultó ser un misterio. Estuvieron por el pueblo dos semanas. El hombre era muy simpático y hablador, mientras que la esposa era callada, apenas sonreía y cuidaba que los niños no tocaran nada en la tienda, pobrecitos. Como si se les ocurriera hacerlo. Eran muy buenos. No se separaban de las faldas de su madre.

A las dos semanas de estar aquí, se marcharon. No se despidieron, no avisaron de que se iban. De hecho, la última vez que vinieron a comprar, se llevaron bastante comida como para otra semana más. Pero al día siguiente, se habían marchado.

Manuel se incorporó y apoyó los brazos sobre sus rodillas. Miraba a Cándida con interés.

—El caso es que sí, que podía haber recibido una llamada del trabajo o de algún familiar, que les hiciera abandonar el pueblo de forma tan abrupta, pero —miró a Manuel con la expresión de quien percibe un olor desagradable— eso no explica que Jacinto viera el coche hundiéndose en el lago al día siguiente.

—¿Está segura de eso?

—¡Jacinto no es hombre de chismorreos! Lo vio, y puede estar seguro de que es cierto.

Manuel se recostó en la silla y se pasó la mano por la cara, donde la barba de dos días empezaba a molestarle.

—¿Notó usted algo raro en las dueños de la cabaña los días siguientes?

—Sí —frunció el ceño—. Estaban contrariados, como todos. Oiga, quiero que entienda que, a pesar de las habladurías, Beltrán y su hijo son muy queridos aquí. Son buena gente. Pero tenga cuidado con a quién pregunta, no se deje influir. Porque a la gente le gustan las historias escabrosas. Van pasando de boca en boca y, como el teléfono roto, al final la historia no tiene nada que ver con el suceso real.

—¿Conoce usted el refrán “Cuando el río suena, agua o piedras lleva?”

—Sí, lo conozco. Y ya le he hablado de las piedras y el agua de este río. Pero mi madre siempre decía que los rumores los crean los envidiosos, los riegan los chismosos y los creen los idiotas.

Manuel sonrió.

—¿Y qué me dice de la chica?

Cándida suspiró.

—De ella no tengo nada que decir. Solo que siempre venía los martes a hacer la compra de la semana y llegó un martes en que no vino.

—¿No dijo que se marchaba?

—A mí, no.

Manuel entornó los ojos.

—¿Y por casualidad Jacinto no vio también su coche hundirse en el lago?

—No me gusta lo que insinúa, inspector. La joven vino en taxi a este pueblo, y venía a comprar andando. Pero si usted es de los que escucha las habladurías de pueblo, déjeme decirle que, si se les hiciese caso de verdad, habría mucho inocente en la cárcel.

—¿Y no piensa que haya algo de verdad en las insinuaciones sobre Roberto? Quiero decir, yo también he notado algo en él. No sé describirlo... como un halo oscuro.

—Esa sensación es la que provoca los rumores, soy consciente. Pero hay personas a las que cuesta entender. Que parece que saben lo que te pasa por la cabeza, y eso asusta. —Un nuevo trueno cruzó el cielo—. Debería irse ya o se quedará atascado en el barro. —Se levantó de la silla y le preparó la compra en bolsas. Después de pagar y despedirse le dio un último consejo—. ¿Por qué no habla con Berto directamente? Pregúntele lo que quiera saber.

Manuel se puso el chubasquero, cogió las bolsas y le dedicó a la señora una sonrisa.

—Muchas gracias por todo —dijo y salió por la puerta.

Cándida lo miraba marcharse cuando Verónica se acercó a ella.

—¿Por qué no le has dicho lo que viste en el sótano cuando fuiste a limpiar?

—Porque no me ha preguntado. Y tú, no escuches conversaciones ajenas. Venga, vamos a secarte el pelo antes de que pilles una pulmonía.

Capítulo 11

Para su mala suerte, la señora llevaba razón. Se había quedado atrancado en el barro justo después de pasar el puente de piedra. Soltó una maldición y golpeó el volante con ambos puños. Más que por rabia, por frustración. Por quedarse allí en medio de la tormenta, en lugar de estar frente a la chimenea, calentito y seco; y porque en los estériles intentos de sacar de allí el coche había salpicado de barro sus bonitos tapacubos y hasta los cristales.

Respiró hondo. No tenía caso pagarlo con el coche. Él solo iba por donde lo llevaba, pero claro, eso de echarse la culpa a él mismo...

Se recostó en el asiento y miró al cielo a través de la luna delantera. El agua caía a manta y los limpiaparabrisas no daban abasto. Esa Cándida debía ser bruja... Había acertado en lo del barro. ¿Sería cierto lo que defendía, que con esos dos hombres no pasaba nada malo? Pero no podía ser. Una familia entera desaparecida, un coche en el lago, una joven, su Olivia, esfumada, algo enterrado en el sótano... Su instinto de policía le decía que algo perturbador pasaba en aquel lugar. De hecho, estaba casi seguro de que, no Beltrán, sino Rober, era el culpable. La misma señora le había contado los hechos, incluso el detalle del vehículo, a pesar de que era consciente de que ponía a sus vecinos en la mira.

Un golpe en la ventana lo sobresaltó y lo asustó. De forma instintiva se llevó la mano a la cadera.

—¿Necesitas ayuda? —Roberto, bajo un chubasquero azul que le daba un aspecto inquietante, le hacía señas con unos trozos de madera en la mano.

Manuel se relajó, apartó la mano del arma y bajó del coche. El estruendo de la tormenta los obligó a mantener la conversación casi a voces.

—Te lo agradezco —dijo Manuel, mientras se colocaba la capucha y daba la vuelta al coche para ver dónde estaba el problema. La rueda delantera había quedado atrapada en un socavón. El agua de la lluvia había barrido la tierra que hubo bajo ella. Sin embargo, un trozo de roca impedía seguir avanzando. Con cada intento de subirlo, el barro del fondo se había desplazado y el escalón se había hecho más grande.

—Empuja el coche hacia atrás —indicó Roberto. Mientras Manuel empujaba sin rechistar, él colocó los trozos de madera bajo las ruedas. Una improvisada rampa desde el socavón hasta lo alto del escalón. Esperaba que sirviera—. Venga, súbete al coche y arranca.

Manuel obedeció y aceleró a fondo. Le costó un poco, pero con la ayuda de Roberto, que empujó desde atrás, consiguió salir. Recorrió un par de metros durante los cuales gritó de alegría y alzaba los puños al techo. Por el espejo retrovisor vio la figura azul y difuminada por la lluvia, de su arrendatario. Hizo una mueca con los labios y suspiró mientras se desabrochaba el cinturón. Abandonó el refugio de su Altea y le hizo una señal a Rober. Este no tardó en correr al vehículo con los trozos de madera de nuevo en la mano. Ambos entraron en el coche.

—Gracias —dijo Rober. Manuel lo miró un segundo, lo suficiente para ver la sonrisa que le dedicaba. Desde luego el chaval tenía carisma.

—A ti por ayudarme. Si no llegas a aparecer, no sé cuánto habría tardado en llegar a casa.

—Un placer, inquilino. —Manuel giró la cara para que no viera la mueca de su rostro. Algo en su forma de hablarle, no sabía si arrogancia, soberbia, el sentimiento de que jugaba con él como quería, lo molestaba mucho—. ¿Y cómo es que has salido con este temporal?

—Necesitaba comprar algunas cosas. —Manuel miró de reojo al lugareño. Casualmente, pasaba gran parte de su vida deambulando por el bosque y no sabía muy bien con qué objetivo. Quizá debía hacer caso de los consejos de Cándida y preguntar. Le serviría para saber si se

encontraría con un sospechoso hermético o colaborador—. ¿Y tú?

—Me pilló la tormenta en la alameda. Volví a casa cuando te vi atascado en el barro. Así que me dirigí a la linde de la carretera, donde dejé la madera el otro día, y traje los trozos más finos que encontré.

—Pues te lo agradezco mucho —dijo Manuel sin entusiasmo, casi parecía lo contrario—. Es una suerte que nos hayamos encontrado. El último tramo a casa lo harás a cubierto.

—Cierto. Quid pro quo —respondió Roberto, con la sonrisa en los labios—. ¿Y has encontrado todo lo que buscabas?

La pregunta le produjo un escalofrío por la espalda. Manuel siguió la mirada de su acompañante hasta los asientos de atrás, donde había dejado las bolsas.

—Casi todo —respondió con una sombra en la voz que no pudo ocultar—. Pero no tardará mucho.

—Eso espero. —La mirada incisiva de Roberto le dolía en la piel y la sonrisa había desaparecido de su rostro.

Manuel tuvo un mal presentimiento. Era como si Rober supiera el motivo de su estancia allí. A ratos le parecía un joven extraño y algo excéntrico, pero simpático. Otras veces, el halo oscuro lo envolvía y tenía la sensación de que jugaban al gato y al ratón. Lo que no tenía claro era quién era el gato, y quien el ratón.

—¿Qué me dices de ti? —Hizo un segundo intento. En el primero lo había toreado con mucho arte, pero no abandonaría tan fácil—. ¿Has terminado lo que habías ido a hacer al bosque?

Rober dio un suspiro y se recostó sobre el asiento.

—No lo sé. —Extendió las palmas de las manos hacia arriba y se quedó mirándolas con el ceño fruncido—. Conozco este bosque como la palma de mis manos, pero últimamente me da la sensación de que no soy capaz de descifrarlo. —Hizo una pausa durante la cual, Manuel aprovechó para pensar en sus palabras. No estaba seguro de haberlo entendido—. Es curiosa esa expresión... Como la palma de mi mano. —Se rio y observó atentamente sus manos—. No conozco el dibujo de las líneas de mi mano en absoluto. Quizá lo que quiere decir el refrán es que cada uno, en su limitación, cree saberlo todo sobre lo que lleva mucho tiempo en contacto. ¿No estás de acuerdo?

Manuel supo a lo que se refería. Había crecido con Olivia, la conocía mejor que nadie, pero a la vez era un profundo misterio que ella no le permitía descubrir. Desde que el padre de él se había casado con la madre de ella, habían vivido como hermanos. Él tenía diez años y ella ocho. Y quedó prendado de ella. Le producía una rara sensación, como la que se experimenta ante un carísimo artículo de diseño precioso que temes tocar por si se rompe. Siempre la protegía, siempre cuidaba de ella, y cuando su padre murió, tomó ese papel. Pero Olivia no parecía llevarlo bien. ¿Quizá era demasiado protector? Desechó esa idea de la cabeza. En cuestión de seguridad y amor, nunca es demasiado.

—Sí, creo que tienes mucha razón.

Habían llegado a la casa de Beltrán. Roberto sonrió de nuevo.

—Gracias por traerme —dijo. Abrió la puerta del vehículo y bajó—. Te dejo estos trozos de madera por si los necesitas.

Antes de que Manuel tuviera tiempo de contestar, cerró la puerta de golpe y corrió hacia la casa. Cuando dio la vuelta y salió de nuevo a la carretera, vio la figura erguida de Roberto observándolo desde el porche. Luego desapareció tras la alameda. El escalofrío volvió a recorrer su espalda.

—¡Que le pregunte directamente! —espetó, elevando su voz sobre la lluvia. Ese hombre era como una ostra. Después de preguntarle dos veces, no había conseguido averiguar qué actividades le ocupaban tanto tiempo en el bosque, ya fuera de noche, con lluvia o frío. Llegó a la cabaña y corrió al interior con la compra. El fuego estaba tan vivo como cuando se marchó. Detalle que en aquel momento le pasó inadvertido, pero que se registró en su mente para prestarle la atención debida en un momento u otro. Después de colocar la compra, calentó el plato de conejo y se lo zampó junto al calor del hogar.

A ver, por partes, se dijo. Cargarse a una joven es una cosa, pensó. El esófago se le cerró ante la idea y la bola de carne se abrió paso de forma lenta y dolorosa hasta el estómago. Los golpecitos que se dio en el pecho sirvieron para poco.

Una familia entera, sin embargo, resultaría más difícil y requeriría de mucha frialdad.

¿A qué se refirió cuando dijo que no era capaz de descifrar aquel bosque? Recordó la sonrisa burlona y la mirada penetrante. Se envolvió en la manta. No supo si fue por las emociones, o por la copiosa comida, pero lo embargó un sopor que le obligó a cerrar los ojos. No supo cuánto tiempo pasó. No escuchó el ruido de las llaves del coche, cuando las cogieron de sobre la mesa. El sonido de la puerta al encajar fue leve, pero lo alertó. Con los sentidos aletargados, se levantó y salió de la cabaña al tiempo que escuchaba el motor de su coche ponerse en marcha.

—¡Eh! —gritó. Se abalanzó sobre el vehículo. A pesar del mareo y el desconcierto, logró agarrarse de la manivela de la puerta del acompañante. No pudo ver quien conducía. El largo abrigo oscuro con capucha le cubría el cuerpo y el rostro. El conductor aceleró a fondo, pero fue inútil. Manuel había conseguido subirse y tiró del freno de mano. El coche patinó en el barro y se estampó contra un árbol. Los faros del coche alumbraban la lluvia mientras caía. Manuel hizo un intento de detener al ladrón, pero la oscuridad le sobrevino y se desplomó.

Capítulo 12

El primer sentido que se le despertó fue el oído. Todo estaba en completa calma. Ya no se oía la lluvia, solo el crepitar del fuego. Al abrir los ojos se mareó. Todo estaba borroso y lleno de luz.

La visión parecía necesitar más tiempo para volver, así que cerró los ojos e intentó incorporarse. Sus manos tocaron el mullido pelo de la alfombra, pero no tenían fuerzas suficientes para levantarlo. El dolor del hombro se agudizó y el mareo le avisó de que aquella acción era temeraria. Así que solo se puso de lado sobre el hombro bueno y esperó. Era paciente, era una de sus virtudes. Aprovechó el tiempo de recuperación para intentar recordar lo que había pasado.

Lo primero que vino a su mente fue la conversación con Cándida. ¿Se habría desmayado en la tienda? La vergüenza de sentirse una carga para la señora, lo apremió y abrió los ojos de nuevo. Poco a poco, como cuando una cámara enfoca el objetivo antes de hacer una fotografía, la nitidez de la visión volvió. Se encontró frente al fuego de la chimenea y los troncos de madera que Roberto había dejado. Estaba en la cabaña. Se fijó en que la pila de leña había menguado. Pero, ¿cómo había llegado? Le dolía la cabeza y se sentía mareado, pero se obligó a pensar. El barro. Se había quedado atascado en el barro. Roberto lo ayudó y... Una náusea lo sacó del recuerdo. Llegó a casa, eso lo recordaba, pero cómo había acabado en aquellas condiciones. Sintió la boca seca. Hizo un nuevo intento de incorporarse y esta vez se quedó sentado. Era un avance. Entonces, como un torrente, los recuerdos lo inundaron.

—¡Mierda! ¡Mi coche! —gruñó en voz alta. Las palabras le salían con esfuerzo, no sabía si por la sequedad o por el efecto de algún narcótico. Se recordó a los yonquis que se excusaban cuando los detenía. La misma voz pastosa y lastimera. Eso debía ser, le echaron algún tipo de droga o medicina. Lo último que tomó fue el conejo. Claro, la comida llevaba algo. Roberto, Beltrán o los dos. Pudo darle tiempo, ¿no?, a robarle el coche. Lo había dejado allí, en el porche, y no lo vio entrar a la casa. Lo imaginó corriendo por el bosque, como el lobo de Caperucita, a través de un atajo hasta la cabaña. Esperar hasta que hubiera caído en el sueño planeado y así, ¿robarle el coche? ¿Con qué objetivo?

Se levantó con dificultad.

—Como esté en el fondo del lago, se entera —espetó.

Se asomó a la ventana. No sabía qué prefería, que estuviera durmiendo, arropado por el agua y las algas, o empotrado contra aquel álamo enorme. El árbol parecía no haberse inmutado, pero el morro del Altea se llevaría una buena pasta en arreglos. Quiso gritar maldiciones de todo tipo, pero la boca seguía como la suela de un zapato, así que se dirigió a la cocina y bebió agua. Ni un camello había bebido tanta agua antes.

Llamaron a la puerta. Se llevó la mano a la pistola y se asustó al ver que no estaba. Se palpó el cuerpo mientras buscaba con la mirada. Estaba sobre la mesa, junto a su placa. Aliviado, se abalanzó sobre ellas mientras preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy Beltrán. ¿Está todo bien?

—Un momento.

Se terminó de colocar la ropa, asegurándose de que el arma estaba bien oculta y se dirigió a la puerta.

—Buenos días —dijo.

—¡Santo Dios! ¿Qué le ha pasado a tu coche? ¿Resbaló en el barro?

Manuel pensó en el tirón del freno de mano que lo hizo patinar.

—Algo así —contestó.

—Ya... —Hizo el gesto de empujar el codo—. Sé lo que es eso. Hay poco que hacer por aquí. Pero mejor sentadito frente a la chimenea, no me seas burro y no cojas el coche, que podía haber pasado una desgracia.

—Gracias por el consejo —dijo con el tono de “no necesito a una madre”—. ¿A qué debo su visita?

El hombre levantó la bolsa que llevaba en la mano para dejarla bien a la vista.

—La comida, que supongo que ya tendrás hambre. —Mientras hablaba, se dirigió a la cocina—. Disculpa la hora, pero es que se me ha complicado la mañana. Roberto está indispuesto y he tenido que hacer mis tareas y las tuyas.

Un montón de preguntas se le apelotonaron en la mente.

—¿Tarde?

—Bueno, no sé a qué hora suele comer usted, pero para mí, las tres y media es tarde.

—Las tres y media... —repitió con el ceño fruncido. Miró a la ventana. El tiempo allí cambiaba de forma brusca de un momento a otro, pero, ¿tanto? Miró la fecha en su móvil. Había estado inconsciente casi un día entero. Con razón tenía más sed que el que se perdió en el desierto, con una lata de anchoas y un paquete de pipas. Beltrán seguía a lo suyo.

—Muy bien. Pues ahí te dejo el guiso de caracoles. Ese sí que me sale mejor que a mi Encarna. Ya verás. Te vas a chupar los dedos —dijo, lleno de orgullo—. Bueno, yo me voy, que tengo mucho que hacer. Me llevo los cacharros del día anterior. Ya veo que los has fregado. Se nota que también vives solo.

Recupérate pronto, hijo. Y hazme caso, la copita está bien, pero en casita y a dormir la mona. Nada de coche.

Manuel sonrió. Después de todo, se notaba que Beltrán era un buen padre. Se comportaba como tal. Mientras lo veía marchar, sintió la certeza de que aquel hombre no tenía nada que ocultar. Le resultó bastante curioso que, después de lo pasado el día anterior, Roberto se encontrara indispuesto. Su padre siempre decía que «las casualidades no existen» y también, «piensa mal y acertarás». Así que estaba casi convencido de que, de lo que fuera que hubiera pasado en aquel lugar remoto, Roberto tenía la culpa.

Seguía con el móvil en la mano y se sintió tentado de volver a llamar a Olivia. Si el móvil seguía en la casa, quizá sonara. Mientras pulsaba el botón de llamar, se acordó que la última vez estaba apagado, separó el móvil de la oreja, dispuesto a colgar, y entonces le pareció escuchar una música en el piso de arriba. Solo un par de segundos, luego cesó. Se llevó el móvil a la oreja de nuevo, pero la llamada había finalizado. Subió las escaleras y llamó de nuevo. Esta vez, el silencio se hizo con toda la planta de arriba. Una voz en su oreja le avisaba de que el móvil al que llamaba, estaba apagado o fuera de cobertura. Entonces entró en su habitación para echarse en la cama. Aquella historia lo estaba volviendo loco. Fue en ese momento cuando se encontró con una nota sobre su mesita de noche:

«Deja de buscar a Olivia. Ella no quiere verte».

Capítulo 13

El corazón le dio un vuelco y un escalofrío se extendió por sus extremidades. Odió sentirse vulnerado en su propia habitación y leer aquella nota de advertencia sobre Olivia. Su Olivia. Una vez que el corazón volvió a su ritmo normal, el escalofrío se volvió un hormigueo, pues ya no eran el miedo o la sorpresa lo que lo recorría, sino la rabia. Con la nota aún en la mano, bajó las escaleras.

—¡Berto! —gritó. Utilizó el apelativo con el que más incómodo se sentía su arrendador. Tenía la vena del cuello hinchada y los puños apretados. No estaba allí. Llegó a esa conclusión después de registrar cada habitación como un torbellino. El despliegue de adrenalina lo había despertado del letargo en el que llevaba sumido desde el día anterior. Se quedó mirando la nota con el ceño fruncido y los labios apretados y estuvo tentado de tirar aquella maldita bola de papel al fuego. Manuel lo habría hecho, pero el inspector de policía que llevaba dentro se lo impidió.

«Que es una prueba, imbécil», se dijo. «Que como tienes tantas, estás para deshacerte de la única que se te ha presentado por ahora. Anda, guárdatela en el bolsillo y cálmate». Le dio la espalda al fuego, para evitar la tentación y respiró hondo. Estiró la nota cuanto pudo y se la guardó en el bolsillo del pantalón. «Muy bien», le dijo el inspector, «ahora, piensa».

La única persona que había podido hacer todo aquello era Roberto, sin duda. Debíó aprovechar que lo dejó K.O. para dejar la nota.

«Considérate afortunado», le dijo su lado policía, que era la única parte de él que estaba despierta y cavilaba. «Podrías haber acabado durmiendo acompañado en el sótano, en lugar de solito ante la chimenea; y con la tierra cubriéndote, en lugar de una manta».

Pero eso, en lugar de calmarlo, lo embraveció más. Salió de la cabaña como una exhalación; Roberto se las vería con él.

Evitó mirar hacia el lugar donde su Altea agonizaba en los brazos de aquel gran árbol y se encaminó a paso ligero hasta la casa de Beltrán. Esta vez, a pesar de que el camino estaba embarrado, no perdió ningún zapato, ni se resbaló.

Beltrán lo vio llegar. Se limpió el sudor del rostro, pues a pesar de las temperaturas, el trabajo lo hacía sudar como un gorrino. Se acercó a él con la sensación de que algo había pasado. Todas sus dudas se esfumaron cuando, sin contestar a su saludo, pasó de largo e irrumpió en su casa preguntando a voz en cuello:

—¿Dónde estás? ¡Roberto!

—Pero, ¿qué demonios haces? —se impuso Beltrán cortándole el paso con los puños y la mandíbula apretada—. ¿Qué formas son esas de entrar en una casa ajena? ¿Es que tus padres no te enseñaron educación, muchacho?

Manuel recapacitó. Se dio cuenta, entonces, de que había allanado su morada delante de sus narices sin explicación alguna. Estaba pensando qué decir cuando la puerta de la habitación se abrió y apareció la figura de un Roberto ojeroso y envuelto en una manta de sofá. Observó la escena con expresión aturrida.

—¿Se puede saber por qué tanto grito? Se me va a ir la cabeza.

Beltrán se apresuró a sostener a su hijo, que se había apoyado en el marco de la puerta.

—Berto, vuelve a la cama, todavía tienes fiebre.

—Está bien, papá. Volveré cuando Manuel explique por qué ha entrado como un miura gritando mi nombre.

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó Manuel, conteniendo la ira todo lo que pudo.

—¿De qué hablas? —preguntó Beltrán.

—Papá, déjanos solos —terció Roberto.

—Pero no estás en condiciones de...

—Por favor —se irguió y lo miró con decisión—. Será un momento.

—Prometo no intervenir —dijo Beltrán—. Pero estáis locos si creéis que os voy a dejar a solas. Tú estás demasiado airado y tú demasiado débil. Sea lo que sea, lo resolvéis aquí.

Beltrán se cruzó de brazos y se apoyó en la mesa. Después de un momento, en el que ambos jóvenes asimilaban la situación, Roberto se cruzó también de brazos y miró a Manuel con seguridad.

—Yo no le he hecho nada a nadie —dijo despacio y de forma contundente.

Manuel negó despacio.

—Empezamos mal si me mientes.

—Empezamos mal, sí, pero porque tú desconfías. Yo no miento. —Roberto sacó un pañuelo del bolsillo y se sonó la nariz. “El mejor momento para acatarrarse”, pensó. Manuel entornó los ojos.

—¿Qué curioso! ¿No necesitas preguntar quién es ella?

—No. Sé que hablas de Olivia.

—Eso no hace más que alimentar mis sospechas.

—¿Por qué? Solo he llegado a esa conclusión.

—¿En serio? —Manuel se empezaba a divertir. A ver qué trola le contaba. Estaba seguro de que era el autor de aquella nota. Tenía curiosidad por saber con qué le saldría. Roberto asintió.

—El primer día dijiste que venías a buscar algo que habías perdido. Lo único que un extranjero podía haber perdido aquí, era algo de fuera del pueblo. Solo ha desaparecido una cosa ajena al lugar estas últimas semanas. Nuestra inquilina.

Manuel apretó los labios y bufó para sus adentros. O había tenido mucho tiempo para pensar esa explicación, o el chaval era listo, muy listo.

—Muy inteligente. Pero no explica esto —le enseñó la nota. Roberto no podía ver lo que había escrito a aquella distancia. Tendió la mano para cogerla, pero Manuel la retiró—. Como se te ocurra romperla, te mato.

Manuel le tendió la mano y le ofreció la nota, mientras miraba de reojo a Beltrán, que, ante la última amenaza, se había incorporado y se mantenía alerta. Con cautela se llevó la mano hasta la pistola.

La nota empezó a temblar en sus manos y una risa nerviosa lo obligó a escurrirse por el marco de la puerta hasta acabar sentado en el suelo. La risa se le mezcló con tos y no podía parar.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Manuel. Roberto le devolvió la nota e hizo todos los esfuerzos para controlarse.

—Muchas cosas. Una de ellas, especialmente. Cosas mías, no te preocupes. Pero estás muy equivocado. Pero mucho, chaval.

—¿Ah, sí? —dijo Manuel, perdiendo la paciencia—. Ilústrame.

—Antes de eso, contéstame. Eres su hermano, ¿verdad? —Manuel asintió—. Pues entonces, en el fondo, sabes que yo no te he mandado ese mensaje. ¿Por qué no te marchas y dejas de buscarla? Según la nota, ella no quiere verte.

—No me iré sin saber qué le ha pasado, por qué ha huido.

—Eso lo debe decir ella. —Los ojos de Roberto se clavaron en el suelo y Manuel percibió una sombra en su voz al decirlo.

—Aún no me has dicho lo que te parece tan gracioso.

Roberto levantó la vista de nuevo y una media sonrisa pícara asomó a sus labios.

—Tú has visto antes mi letra. Te dejé una nota con la comida. ¿Cómo de bien conoces la letra de tu hermana? —Manuel miró la nota con los ojos abiertos como platos. ¿Cómo había sido tan tonto? ¡Era la letra de Olivia! Roberto estalló en una carcajada al ver su cara de pánfilo—. ¿A que tiene gracia? Los dos buscándola como idiotas y ella escondida ante nuestras narices.

Manuel salió de la casa como había entrado.

—¡Eh! Pero, ¿no querías saber por qué huyó? —gritó Roberto, aunque para Manuel lo primero era Olivia. Ya se encargaría de él más tarde.

—Hijo, ¿qué está pasando? —preguntó Beltrán con voz temblorosa.

—Coge las llaves de la cabaña roja —respondió mientras se ponía el anorak.

Capítulo 14

Manuel corrió por el camino de vuelta con la esperanza de encontrarla. Tenía que verla y comprobar con sus ojos que estaba allí, estrecharla entre sus brazos para saber que era real. A los cinco minutos de carrera, se dio cuenta; no había garantías de que lo que Roberto decía era cierto. Bien podía haber dicho aquello para ganar tiempo y escapar. Pudo haber falsificado la letra de Olivia para tenderle una trampa y, si era así, había caído como un idiota. Aun así, la necesidad de aferrarse a la idea de que Olivia estuviera viva, ganaba la lucha interna. Ya veía la cabaña. Estaba cerca de ella, de su Olivia. Abrió la puerta de un golpe y la llamó con el poco aliento que le quedaba. Se dobló con las manos apoyadas en los muslos, cogiendo aire a bocanadas. Una vez recuperó el aliento, volvió a llamarla. Su voz retumbó en la casa y provocó que una bandada de pájaros emprendiera el vuelo. El sol estaba cayendo y los rayos anaranjados entraban por las ventanas, dándole un ambiente cálido al hogar. Pero era una sensación pasajera. Porque aquella cabaña no era un hogar y encerraba secretos oscuros en sus entrañas. En cuanto la luz del sol la abandonara, se vería tal y como era.

Manuel recorrió la casa. Entró en cada habitación repitiendo su nombre una y otra vez, pero no obtuvo respuesta.

—Olivia, venga, enana. Si estás aquí sal de una vez. Ya somos mayorcitos para estos juegos.

En ese momento le llegó un mensaje al móvil. Miró la pantalla, era de Olivia.

«¡Lárgate!», decía.

—Venga, déjate de tonterías. Se me está acabando la paciencia. ¿Sabes lo preocupado que me has tenido? —gritó. Otro mensaje sonó en su móvil.

«Estás obsesionado conmigo. Déjame vivir».

Manuel leyó el mensaje con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo puedes decir eso? —la voz sonó quebrada—. Siempre te he protegido. He cuidado de ti. Sé que la última vez fue demasiado para ti, pero no pude encontrar pruebas antes, y no podía esperar a que dieras el «sí, quiero».

«No me hagas reír. Tú metiste esa droga en el baño.»

—¿Qué? ¿En serio crees que haría algo así?

«Ya me lo advirtió Pedro. Necesitas un profesional que te ayude con esa obsesión insana.»

«¡Aléjate de mí!»

—¿Eso te dijo? —«El muy desgraciado... Intentó curarse en salud», pensó—. Te equivocas. Yo...

La frase quedó inconclusa. Sintió un fuerte dolor en la base del cráneo y todo se volvió oscuro.

Un sonido lo despertó. Parecía el de un gato rascando en una caja de arena. Pero debía ser un gato enorme, y lo que intentaba tapar, demasiado grande, porque el ruido no cesaba. Abrió los ojos y vio a Roberto con una pala. La hincaba en el suelo y la arrastraba, como distraído. Estaba sentado en los últimos escalones del sótano. Manuel intentó moverse, pero no pudo. Bajó la cabeza y vio las cuerdas que lo ataban antes de cerrar los ojos por el dolor que le sobrevino. Llevaba las manos a la espalda. Intentó alcanzar la pistola, pero no la llevaba encima.

—Vaya, ya te has despertado —dijo Roberto, con una sonrisa triste. Manuel intentó hablar, pero estaba amordazado—. Perdona las formas, pero me da la sensación que en tu casa lo arregláis todo huyendo o atacando, y yo necesito que no hagas ni una cosa, ni la otra. A ti, Olivia, te he curado esa herida tan fea y he decidido no negarte tu libertad. Espero que con este

gesto, estás más dispuesta a escucharme esta vez.

Manuel giró la cara y vio a su hermana sentada sobre la mesa de carpintero, con los pies apoyados sobre la leña. La sensación de alivio que sintió, lo hizo llorar de alegría. Quería saltar a sus brazos y sacarla de aquel antro, pero no podía. Ella, sin embargo, no pareció reparar en él, tenía los ojos fijos en Roberto.

—¿Escucharte, qué? Sois todos unos mentirosos —dijo ella con expresión fría.

—¡Qué curioso! —dijo, hincando la pala en la tierra y levantándose—. Tu hermano también me ha llamado mentiroso hace un rato. —Anduvo hasta el centro de la sala y continuó cavando el hoyo rectangular que ya llevaba por la mitad. Hundía la pala en la tierra con fuerza—. Cree el ladrón que todos son de su condición —bramó mientras trabajaba.

—¿Qué piensas hacer? —dijo ella en un hilo de voz. Rober hizo ademán de sonreír y negó con la cabeza.

—¿Me creerás si te lo digo? No estoy seguro, porque soy un mentiroso, ¿verdad?

Bajó la vista hacia su tarea. Los ojos asustados de Olivia lo hacían sentir un miserable.

—Tu hermano, te quiere, Olivia. A pesar de lo que te haya hecho, sé que te quiere. Cuando supuso que te había matado y servido en el arroz, no dudó en venir a enfrentarme. Eso deberías agradecerlo —dijo—. Aunque un poco de obsesión sí que veo... ¿No te habrás enamorado de tu hermanita?

Manuel lo miraba con los ojos entornados y negaba con la cabeza.

—¡Cállate! —espetó Olivia. Entonces miró a Manuel—. Siento mucho que te hayas visto involucrado en esto. ¡No podías dejarme en paz! —Se acercó a él y Roberto levantó la pala y la interpuso entre ellos.

—Solo la mordaza —dijo.

Manuel sintió un escalofrío cuando su hermana se la quitó. Todo en ella era frío... las manos, la mirada, la voz... Apenas la reconocía.

—¡Esta vez la has hecho buena, Bertito! Has agredido e inmovilizado a un agente de la ley. Se te va a caer el pelo.

Roberto sonrió.

—Me parece bien. De hecho, he dado instrucciones a mi padre para que los avise en una hora. Mientras tanto, ¿qué os parece si aprovecháis que yo estoy ocupado para arreglar vuestras diferencias? Es mejor que cuando yo acabe, estéis en paz, porque entonces se acabará vuestro tiempo y será mi turno.

El silencio se hizo en la habitación, salvo por las paladas y el sonido de la tierra, acumulándose cerca de las estanterías.

Capítulo 15

Manuel miró a su hermana y la observó con detalle. Había perdido mucho peso, la cara estaba tan demacrada que parecía haber envejecido diez años de golpe. Aparentaba estar sana, salvo por el vendaje del tobillo derecho.

—Olivia, ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Ella lo miró durante un momento mientras pensaba si responder con sarcasmo, mandarlo al cuerno o contestar sin más. Cuando ya Manuel perdía la esperanza de mantener una conversación con ella, contestó:

—Sí, estoy bien. Solo es un rasguño.

—¡Ja! —Ambos dirigieron su mirada hacia Rober, que se limpiaba el sudor de la frente con una sonrisa enorme—. ¡Y luego soy yo el mentiroso! Si no llego a curarte, para cuando llegaras al hospital te habrían tenido que amputar el pie.

—¿Te importa? —Manuel, con cara de miura a punto de atacar, hizo un movimiento de cabeza hacia Olivia y luego miró de nuevo a Roberto. Este cerró una cremallera imaginaria en sus labios y le dio paso con un movimiento ceremonioso de mano. Acto seguido, siguió con su tarea—. ¿Cómo te has hecho eso?

—Con una trampa para conejos.

—Por Dios, Oliv... debiste ir con más cuidado.

A pesar de que su voz sonó preocupada, a Olivia le molestó.

—¡Perdone usted, don Perfecto, si no prestaba mucha atención al suelo mientras huía despavorida!

—¿Huías? ¿Este cavernícola te hizo algo?

—¡Eh! Vas a insultar a tu madre, imbécil —protestó Roberto lanzándole una pala de arena con ímpetu. Dejó la afilada hoja de la herramienta de acero en alto, y el temblor tenso que se extendía desde las manos hasta la mandíbula, dejaba ver el gran esfuerzo que estaba haciendo por contenerse. La rabia que sentía Manuel no era menor. Pero se contuvo de decir algo más, pues estaba en clara desventaja. Entonces, Roberto respiró hondo y bajó lentamente la pala—. Menuda comunicación de mierda tenéis. No me extraña que no os enteréis de la mitad de la misa. Vosotros mismos, pero yo ya casi he terminado.

Olivia lo miró con pánico en los ojos. Se mordió los labios y miró al suelo.

—¿Por qué lo hiciste? —Manuel dejó de vigilar al tío de la pala y miró a su hermana—. Lo de Pedro.

—Era un camello, Oliv. No pude decírtelo hasta que tuviera pruebas, y mis compañeros las consiguieron el mismo día de la boda. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué habrías hecho tú? ¿Dejo que os caséis y luego te doy el palo, justo antes de la luna de miel?

—¿Me juras por tu padre que tú no tuviste nada que ver?

Manuel dio un largo suspiro y la miró con los ojos llenos de lágrimas. Sus dudas, su falta de confianza, le dolían.

—Livi, te lo juro. Yo solo hice mi trabajo, como policía y como hermano que te quiere. Metí a un delincuente en la cárcel. Nada más. Y sí, no me pesó hacerlo. Por protegerte lo haría mil veces. Pero te juro que me dolió muchísimo que sufieras. —Olivia se echó a llorar. Se limpió las lágrimas y los mocos con la manga y enterró la cara entre las manos—. No puedo creer que pensaras tan mal de mí. Sé que quizá me pase un poco de protector, te lo concedo, sobre todo después de la muerte de papá. Pero de ahí a creer que yo... podía sentir por ti algo diferente... ¡Eres mi hermana, mi enana! ¡Casi una hija!

Solo imaginarlo le daba náuseas.

—Lo siento mucho, Manu —dijo, y se le colgó al cuello llorando.

Manuel cedió a las lágrimas, también. Pero, esta vez, de alivio. Había recuperado a su enana. Ahora podía dedicar sus cinco sentidos a salir de aquel atolladero.

Echó un vistazo a su alrededor. Las armas habían sido retiradas de su lugar y ya no estaban a la vista.

—Mucho cuidadito con intentar desatarlo, bonita. Os vigilo —dijo Rober.

Manuel frunció el ceño y escondió la cara en el cuello de Olivia. Ella apretó el abrazo cuando él susurró:

—Escúchame, Oliv. Tienes que marcharte.

—Es imposible.

—No, escúchame. Yo me encargo de él. Sube las escaleras y...

—Shhh. Beltrán echó el candado.

—Rompe la ventana.

—Beltrán espera fuera.

Manuel iba a darle otra opción, pero Olivia se separó de él. Sabía que no había escapatoria y no quería cabrear al de la pala. Que, por cierto, ya había terminado.

No tenían forma de saber la hora, pero en el exterior reinaban la oscuridad y las estrellas. El ulular del viento hizo que Roberto mirara por la ventana con preocupación.

—Bueno, no demoremos más esto —dijo—. Ya he terminado mi trabajo. No sé ya cuantas veces van a ver estos la luz. Parece que ninguno se resigna a su destino. Acércate, Manuel. Ven. Seguro que a ti te impresiona menos que a Olivia.

Manuel se levantó y se acercó al filo del hoyo con cautela. Lo que vio lo dejó pasmado. Fue la primera vez que sintió miedo de verdad ante el hombre que tenía delante, que lo miraba con una expresión entre triste y cansada. Tenía una media sonrisa dibujada en la cara que le daba un aspecto siniestro bajo la bombilla Led, de luz fría. En la tumba artesanal se encontraban los restos de cuatro personas. Al menos había cuatro cráneos, aunque los huesos estaban colocados de cualquier manera. Dos de ellos eran niños.

—Maldito psicópata hijo de —masculló el inspector, pero el joven lo frenó antes de que terminara la frase.

—Vamos a dejar a las madres fuera de esto —dijo en un tono que sonaba más a amenaza que a súplica—. Te presento a los culpables de todo lo que está pasando. Los que vinieron a complicarme la existencia. Los culpables de que tu hermana se me escapara entre la alameda. Los culpables de que haya pasado las últimas semanas buscándola como un loco por los alrededores, preocupado, sin dormir, esperando a que la policía llamara a mi puerta, mientras ella se escondía cómodamente, ¡en mi casa!

Ellos. Los Bermúdez.

La policía no tardará en llegar, y os juro que antes de irme preso, nosotros tres vamos a ajustar cuentas. Atentos los dos porque no lo voy a repetir.

Capítulo 16

—¿Qué les hiciste? —preguntó Manuel, preocupado, no tanto por los Bermúdez sino por él y su hermana.

—Te encantaría que te dijera que los maté. ¿Verdad, poli? Oírme confesar que los maté uno a uno y me deshice de ellos. Pero no te lo voy a poner tan fácil.

Manuel miraba a Roberto sin perder detalle, con tal concentración que podría notar el aleteo de una mosca al fondo de la habitación. La vena de la frente daba testimonio del estado de tensión en el que se encontraba.

—No esperaba que nos lo pusieras tan fácil, pero tranquilo, encontraremos las pruebas.

Roberto soltó una risotada, más por nervios que porque le hiciera gracia.

—Claro, no podía ser de otra manera. El sabueso concienzudo, el buscador implacable que encontró a su hermana, encontrará pruebas de lo que se proponga. Solo cuentas con que los cuerpos están en mi casa, pero no puedes probar que yo puse el dedo en el gatillo que disparó la bala que los mató.

—Te equivocas. Con las pruebas que tengo aquí delante, serás tú quien lo tenga chungo para demostrar que no lo hiciste.

Roberto lo miró con el brillo en los ojos de quien se guarda un as en la manga.

—¿Y si te dijera que yo no los maté? ¿Que el señor Bermúdez mató a su familia y luego se suicidó?

—Venga ya, tío —protestó Manuel—. Eso no hay quien se lo trague.

—Mi padre me creyó —dijo, encogiéndose de un hombro.

—No lo dudo. Muchos padres están dispuestos a confiar en cualquier cosa que sus hijos amados les cuenten. Todo antes que reconocer que su hijo es un asesino. Pero, ¿Sabes? He detenido a unos cuantos en mi vida y puedo asegurarte que todos ellos eran hijos de alguien.

—¿Qué tendría que hacer para convencerte de que esa es la verdadera historia y, cómo no, la que contar a tus compañeros polis?

—No me malinterpretes, no es algo personal. Pero no puedo confiar en la palabra de un hombre que me ata, me amenaza, y sí, es solo un detallito, tiene cuatro cuerpos escondidos en un sótano.

—No te lo tomes tan a pecho, Manu. Luego te invito a unas cañas y pelillos a la mar. ¿Qué tal si te cuento dos versiones y luego tú decides la que le darás a tus compis? Eso sí, ten en cuenta que de la decisión que escojas dependen vidas. La mía y la vuestra.

Manuel lo miró en silencio. Como no dijera nada, Roberto habló de nuevo.

—Fueron mis primeros inquilinos. Enrique Bermúdez y su familia. Una preciosa familia... Su mujer, Antonia, era todo lo contrario a él, callada, tímida y seria. Siempre era Enrique el que hablaba y mostraba un excelente humor. Los hijos, Belén y Álvaro, eran más bien como su madre, callados, introvertidos.

Una familia normal, como otra cualquiera —se restregó los ojos— hasta aquella mañana.

»En aquel entonces no se me ocurrió que alguien que viene con su familia a pasar unos días de vacaciones, pudiera bajar a un sótano extraño, coger un arma ajena, limpiarla, prepararla y descerrajarle un tiro a cada miembro de su familia.

»O sí. Quién sabe. A lo mejor, como soy un loco psicópata, me inventé toda esta historia mientras los mataba uno por uno.

El silencio se hizo en el sótano.

—Espera, espera... ¿Te estás quedando conmigo? ¿Tu versión es que el padre de familia se

los cargó?

—Te estoy diciendo que ese tío, de casi dos metros, mató a sangre fría a su mujer, a su hijo de once años y a su pequeña —la voz se le quebró— Belén, de siete, sin pestañear siquiera. —Después de unos instantes en los que volvió la cabeza para que no lo vieran llorar, continuó—. Aunque, bueno, en realidad no sé si pestañeó o no, yo no lo vi, si no, habría intentado impedirlo. De todas formas, la cabeza quedó irreconocible, después del tiro que se pegó en la boca.

La reacción de Roberto, lo puso en una encrucijada. O era el tío más listo y loco con el que se había topado, o decía la verdad. Parecía profundamente afectado al recordar todo aquello. Aunque conocía a unos cuantos dignos de un Oscar en la cárcel.

—Es una historia conmovedora, sin duda. Pero no me corresponde a mí decidir cuál de las dos es cierta. Cuando vengan mis compañeros, que se encarguen del asunto.

—¡Sí, claro! Que fácil para ti.

—¿Fácil? —Manuel se levantó.

—Vienes a mi casa, te cuelas en una habitación privada y pones todo mi mundo patas arriba.

—Buscaba a mi hermana.

—¿Bajo tierra?

—Cosas más raras he visto.

—Sí, como la familia *Monster* que vino a terminar sus días en mi casa. ¡Me cago en mi mala suerte!

—La de esta gente resultó peor.

Roberto lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—No te lo discuto. Pero ellos ahora descansan en paz, y a mí me van a dar viento.

El sonido de sirenas se escuchaba a lo lejos.

—Dejemos a los Bermúdez donde estaban. Y olvidemos el asunto.

Manuel negó despacio con la cabeza.

—No quería hacer esto, pero no me dejas opción, entonces.

Robert soltó la pala y sacó una escopeta de detrás de una caja. Acto seguido se dirigió a Olivia y la trajo hacia sí con poca delicadeza.

—¡Suéltala, maldita sea! —Manuel se abalanzó sobre él con la intención de darle un cabezazo en el estómago y hacerlo caer, pero Roberto se giró y Manuel tropezó con la estantería.

—Tu hermanita, por los Bermúdez.

—No seas imbécil, Rober. La policía estará aquí en un santiamén.

—Si yo caigo, ella conmigo. Tú decides.

Manuel notó el sudor bajar por su frente. Las sirenas sonaban más cerca. Pensaba cómo ganar tiempo, cuando la puerta se abrió. Beltrán entraba azorado. Tardó unos segundos en procesar lo que veía.

—Berto, hijo. ¿Te has vuelto loco? Suelta a la chica y la escopeta —dijo con autoridad—. Ahora.

—No puedo, padre —se sorbió los mocos y las lágrimas—. No iré a la cárcel.

—No vas a ir a la cárcel. Baja el arma.

—No puede asegurar eso, Beltrán —dijo Manuel.

—Tú cállate y no metas más leña al fuego —le espetó. Luego miró a su hijo y continuó—. Hazme caso, Rober. Sé lo que me digo.

Las luces de los coches oficiales se arremolinaron tras la puerta abierta y la ventana. Las sirenas cesaron y un ejército de uniformes verdes entró en tropel por la puerta.

Roberto lloraba mientras lo reducían. Beltrán tranquilizaba a su hijo y ayudaba a desatar a

Manuel. Olivia aún no se creía lo que había pasado y tardó bastante en reaccionar.

Fue la noche más larga que jamás se vivió en la alameda. Y, curiosamente, la más tranquila. No aulló el viento, no se mecieron los árboles, el trueno no rompió el silencio y, al marcharse los vehículos oficiales, las hojas se posaron al filo de la carretera de nuevo, tranquilas, silenciosas y quedas.

Epílogo

Una hora antes...

Beltrán miraba a su hijo y a Manuel. Aquella conversación no le gustaba. Roberto estaba débil y Manuel cabreado. No le gustaba el tono con el que amenazó a su hijo y el cuerpo se envaró en respuesta. Pero no hizo nada más porque vio el movimiento de Manuel de acercar su mano a la parte trasera de la cadera, dónde Beltrán supuso que llevaba un arma.

No sabía qué decía la nota que acababa de enseñarle a su hijo, pero lo que fuera, provocó la hilaridad de Roberto, que mezcló las carcajadas con la tos de perro.

Al poco, Manuel salió de la casa como había entrado.

—¡Eh! Pero, ¿no querías saber por qué huyó? —gritó Roberto, aunque el poli no le hizo ni caso.

—Hijo, ¿qué está pasando? —preguntó Beltrán con voz temblorosa.

—Coge las llaves de la cabaña roja —respondió mientras se ponía el anorak.

—¿Por qué? —preguntó mientras obedecía.

—Es Olivia. Está en la cabaña.

Beltrán se paró en seco y cuando reaccionó, Roberto ya subía a la camioneta. Tuvo que correr para alcanzarlo.

—Espera. ¿La otra inquilina es hermana de este? —Rober asintió—. ¿Pero por qué no lo dijo al llegar?

—Porque desconfía de nosotros.

—¿De qué desconfía?

—Cree que la hemos matado.

—Bueno, si la encuentra allí, resultará obvio que no le hicimos nada.

—Sí, pero es que ella también desconfía de nosotros.

Beltrán clavó la mirada en su hijo. Era tan profunda e inquietante que se revolvió en la camioneta.

—¿Por qué?

—Porque la riada removió la tierra de la alameda, donde estaban los Bermúdez, y sacó los cuerpos a la superficie. Así que los recogí y los enterré en el sótano de nuevo. Ella me vio.

Beltrán se restregó la cara con la mano. En ese momento Rober paró el motor. Habían llegado.

Al entrar, encontraron a Manuel con el teléfono en la mano y gritando al viento, manteniendo una conversación con nadie visible. Tan ensimismado estaba, que no los oyó acercarse, ni vio venir el golpe.

—¡Papá! ¿Con qué le has dado?

—No te preocupes, se despertará en un rato. Mejor lo dejamos atadito y amordazado. Así será más fácil que escuche y más difícil que nos descerraje un tiro.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Rober.

—Ahora encontramos a la chica, que quizá necesite ayuda, y llamamos a la policía. Esto ha durado mucho ya. Vamos a darle a esta familia digna sepultura.

—¡Que nos van a mandar a chirona!

—Confía en mí, hijo. El inocente no tiene nada que temer.

Beltrán encontró a Olivia escondida en una de las habitaciones. Tenía una herida muy fea y mal vendada en la pierna que no consentía que le tocaran. Al final no le quedó más remedio que

dejarse hacer.

Entre los dos bajaron a Manuel al sótano y una vez allí, los cuatro quedaron en silencio. Manuel inconsciente, Olivia aterrada y padre e hijo pensando en el marrón que tenían encima.

—¿Estás seguro de que quieres llamar a la policía?

Beltrán suspiró y asintió.

—Escúchame. Voy a casa a buscar pruebas que nos ayuden. Llama a la policía. Estaré de vuelta pronto.

—No. Yo me quedo vigilando a estos. Llama tú a la policía. Pero dame una hora. Así tú tienes más tiempo de encontrar algo y yo intento convencer a estos dos.

Después de despedirse, salió por la puerta y entró en la camioneta. Dio un puñetazo en el salpicadero y arrancó.

Una vez en casa, cogió un estuche, lo abrió y comprobó lo que había dentro. Luego se sentó frente al retrato de su esposa.

—Cariño, sé que no querías escándalos en la alameda, pero ya no es posible taparlo más. Reconozco que llevabas razón. Teníamos que haber llamado a la policía cuando todo pasó, pero agua pasada no mueve molinos. Nunca le hablé de esto a Roberto, por no preocuparlo. A ti tampoco, hasta poco antes de tu muerte, y la promesa que te hice la he cumplido hasta hoy.

No he vuelto a hacerlo. No me he dejado llevar ni una sola vez más. Cuando el impulso era demasiado fuerte, veía este video para calmarlo. Pero solo han sido un par de veces desde entonces. Por ti, no he vuelto a hacerlo. Hoy me despido de ti, y de Roberto. Porque cuando sepa que yo maté a los Bermúdez no querrá volver a verme nunca más.

Como tú siempre decías, valor y al toro.

Agradecimientos

A mi marido, mi gran apoyo y mi ancla, que siempre cree en mí. Y a ti, querido lector, que me has acompañado en todas estas historias.